



O. G. TAVINI

**MALA
PASION**

O. C. TAVIN

MALA PASION



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLA
Madrid, 1958
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

COLECCION F. B. I.

NUMEROS PUBLICADOS

100. Yo, Director del F. B. I. (1).
200. F. B. I. contra Crimen, S. A. (1).
222. Aprendiz de policía (30).
225. Muerto en la carretera (4).
226. Sangre de periodista (23).
230. Uno contra todos (28).
232. Oscura traición (41).
234. Sólo existe un dilema (9).
235. Legión extranjera (30).
238. El triunfo del bien (42).
240. Los sospechosos (40).
244. Puente de traidores (17).
249. Un caso policíaco (4).
250. Caza del hombre (44).
251. En la brecha (17).
252. Galería de condenados (4).
253. Vidas truncadas (44).
257. Última pena (5).
260. El astuto Rubén (40).
261. La Policía lo sabe (3).
262. ¡Perseguido! (28).
264. Callejón sin salida (5).
267. ¡Pánico! (4).
269. La banda de los buhos.
270. Inspector especial (42).
272. Tres muertos para tres (48).
273. Huyendo del pasado (30).
274. Manos sucias (4).
275. El elefante blanco (49).
276. Al margen del deber (21).
277. Al servicio de la Ley (42).
279. Tres ramas de un mismo tronco (3).
281. El fiscal asesinado (9).
282. Valija diplomática (30).
283. Misterios de Chicago (4).
284. ¡Expulsado! (37).
285. Diamantes rojos (42).
288. El último asalto (30).
290. Le muere al volante (48).
292. Grow Street (47).
297. Cuando la ciudad duerme (5).
298. Dakin «el Guapo» (42).
300. National 71177 (21).
301. La amenaza de Morris (4).
302. Yo te defiende (28).
303. El humo llevaba sangre (9).
310. Sobra un hombre (21).
311. ¡Yo no lo maté! (44).
312. Duelo en las sombras (28).
313. Falsa coartada (30).
314. Rehenes (4).
315. Noche sin amanecer (5).
316. El inspector Dirac investiga (42).
317. Exterminio (30).
323. El renegado (5).
324. El testigo amordazado (3).
325. Por la espalda (44).
326. Ayer fui asesinado (4).
327. De cebo, un «gangster» (28).
328. Barrera de odio (42).
329. La caza de Bucky (5).
330. Happy sabe cumplir (17).
331. Doble enigma (30).
332. Acusa el testigo (21).
333. El «boss» está servido (4).
334. El robot y la muñeca (37).
335. El castigo del mal (42).
336. ¡Y no soy culpable! (3).
337. Niebla en el pasado (28).
338. Chantaje en Tokio (50).
339. ¡Logan vuelve! (30).
340. Ella y el «gangster» (17).
341. La bestia (5).
342. Descenso al abismo (37).
343. Tras el telón de bambú (51).
344. El verdugo soy yo (4).
345. En muerto un valiente (37).

846. El pequeño «boss» (28).
 847. Amarga victoria (28).
 848. Una gota de sangre (21).
 849. Trágica obsesión (42).
 850. «Gangsters» de ring (5).
 851. La novia se viste de luto (41).
 852. Pistolero de hielo (28).
 853. Batida en el arrabal (52).
 854. Destino implacable (3).
 855. El loco (42).
 856. Ex agente especial (23).
 857. Bajos fondos (30).
 858. Espera desesperada (4).
 859. Por encima de todo (17).
 860. Músculos y cerebro (53).
 861. Con bandera falsa (8).
 862. La muerte suelta la presa (28).
 863. Esclavos del delito (23).
 864. Desafío a la muerte (41).
 865. Sin miedo (5).
 866. Canal sangriento (23).
 867. Sepultado entre llamas (40).
868. Mi cabeza está en juego (4).
 869. A zarpazos (17).
 870. Máscaras del delito (28).
 871. Huracán de odios (40).
 872. Secuestrados en el infierno (52).
 873. «Magnun» contra «Luger» (5).
 874. Hampa internacional (35).
 875. Testigos: mis ojos (4).
 876. Veinticinco encarnado (54).
 877. La prueba de fuego (4).
 878. La búsqueda silenciosa (3).
 879. Rumbo a la muerte (44).
 880. Tú eres el asesino (21).
 881. Puerto de Nueva York (9).
 882. Cruel alternativa (5).
 883. Corrupción (4).
 884. Momento decisivo (38).
 885. Acepto tu reto (28).

AUTORES

- | | | |
|---------------------|---------------------|----------------------|
| (1) Alf Manz. | (22) Dana Yonell. | (40) Herman Tell |
| (2) Fred Baxter. | (23) Al Gallard. | gon. |
| (3) Frank McFatr. | (24) Chester King. | (41) Anthony Cunt- |
| (4) Eddie Thorny. | (25) Josep Tell. | ler. |
| (5) O. C. Tavin. | (26) Med Ryman. | (42) Anthony Ben- |
| (6) Alar Benet. | (27) Lou Dark. | son. |
| (7) A. G. Murphy. | (28) Jan Hutton. | (43) Albert Lazar. |
| (8) Lewis Haroc. | (29) Richard Jack- | (44) Fred William |
| (9) J. L. Martyn. | son. | son. |
| (10) Jack Brooklyn. | (30) Jim Murray. | (45) Ray Jones. |
| (11) Thomas Settee. | (31) Sand Burt. | (46) Richard Har |
| (12) John Nebot. | (32) Joe Greig. | vey. |
| (13) Thomas Wan- | (33) Bill O'Creigh. | (47) Ben Martyn. |
| ton. | (34) Don Lassister. | (48) Leo Mason. |
| (14) F. N. Graw. | (35) John Est. | (49) Billy McLean. |
| (15) Robert Deaf. | (36) Edward Good- | (50) Ralph F. Re- |
| (16) Alan Carson. | man. | mery. |
| (17) Aiv Cortroa. | (37) Angelo de Par- | (51) M. Sadvrovitch. |
| (18) Jack Grey. | turis. | (52) F. Spey. |
| (19) Edgar Ford | (38) Gary Belsan. | (53) A. Riepp |
| (20) Andre O'Sun | (39) Paul Costev | (54) Eugus Noss. |
| (21) Fei Marty | | |

CAPÍTULO I



L avión «D. C.

6 B»

de la Atlantic Air Line, que hacía el servicio de Amsterdam-Nueva York, con escalas en Islandia y Terranova, estaba ya a la vista del aeródromo internacional de Idlewild. Desde la torre de mando del aeropuerto neoyorquino se observaba su toma de tierra, que fué completamente normal. Minutos después, el aparato llegaba lentamente ante el edificio central y se detenía. Se puso a escala y comenzaron a bajar los sesenta pasajeros.

Claire Ketcham, la azafata del aparato, quedó dentro del avión, con la tripulación, para revisar los asientos y ver si alguno de los pasajeros se dejó algo olvidado y si todo estaba en orden. Los siete tripulantes bajaban también. El piloto la preguntó si se quedaba

todavía.

—Un momento nada más —contestó la azafata—. Voy a recoger mi maletín y voy enseguida. No me esperen, Scott; gracias.

Quedó sola en el aparato. Fué a la pequeña cabina de aseo y se quitó el gorriño azul claro. Claire Ketcham tenía una abundante cabellera rubia, ondulada, naturalmente. Ante el espejo, se peinó aprisa, dejando en el centro de la cabeza, en la parte superior, una especie de hueco, en la que depositó un paquetito de plástico que durante todo el viaje había llevado entre la faja y el estómago, bien sujeto.

Cogió el gorriño, parecido a un quepis, con visera corta, y se lo puso de nuevo, siempre mirándose al espejo, pero algo ladeado hacia la izquierda. De esta forma, el paquetito de plástico quedaba apretado sobre el cráneo, sin moverse, aunque se inclinara mucho hacia abajo.

Tomó su maletín, tocó el quepis por última vez y después bajó la escala que daba a tierra. Claire Ketcham tenía una figura elegante, pues era mujer esbelta, muy bien formada y de alta estatura. Era el tipo clásico de azafata exigido por las compañías aéreas: poco peso, bonita, alta, elegante y distinguida, y aquellas condiciones morales de extrema amabilidad, seriedad, sangre fría y eficiencia. Y luego, varios idiomas y cierta cultura para responder a cuantas preguntas se formularan para dejar contento y tranquilo al pasajero.

Con su paso reposado, contoneándose graciosamente, consciente de su belleza rubia, entró en la sala donde había varios mostradores, en los que los agentes de Aduanas verificaban el registro de equipajes de los pasajeros y comprobación de documentos.

Se detuvo la joven ante uno de tales mostradores y dejó su maletín abierto, en tanto sacaba un cigarrillo de un estuche de oro de su bolso y lo encendía. Un agente de Aduanas, sonriente, se acercó a ella.

—¡Hola, señorita Ketcham! —dijo con voz amistosa, sin tocar el maletín, inclinándose hacia la joven—. ¿Qué tal el paseo? Creo que han sido vapuleados, ¿no?

—Infernal —contestó la azafata, sonriendo y dejando ver una dentadura magnífica de regularidad y brillo—. Ha sido una de las pocas veces que he pasado miedo, señor Greene. Un huracán de

cara que paraba la marcha, niebla, lluvia y nieve después... Da gusto ahora ver el sol y que todo es maravilloso. Bueno, mire eso, por favor —señaló el maletín.

—¿Algo prohibido? —preguntó jocosamente el empleado, cerrándolo y entregándoselo a la azafata—. Supongo que lo de siempre: cigarrillos ingleses, cosméticos franceses...

—Y brillantes de Amsterdam —replicó ella riendo, mientras cogía el maletín—. Gracias, señor Greene. Hasta el sábado.

—Adiós. Tal vez para el próximo viaje le pida que me traiga un poco de tabaco holandés especial, que aquí no encuentro ahora. Que lo pase bien.

—Lo que quiera, ya lo sabe, menos una vaca holandesa, un molino de aspas o un campo de tulipanes. Están ahora maravillosos allá; no se puede dar idea. Debiera conocer Holanda, señor Greene. Merece la pena. Bien, adiós.

La muchacha salió a la parte destinada a los taxis, autocares de las compañías aéreas y coches particulares, que había a centenares. En el claro cielo, muchos aparatos despegaban o tomaban tierra en medio de gran estruendo.

Se dirigió rectamente a un coche azul claro y blanco, un enorme «De Soto», aparcado cerca de la puerta. La portezuela del lado derecho se abrió cuando ella se acercaba y entró. Ante el volante estaba un individuo alto, delgado, muy bien trajeado.

—¡Hola, Claire! —dijo el del volante, sonriendo, sin tenderla la mano.

Puso en marcha el motor y arrancó suavemente el coche.

—¡Hola! —respondió ella, secamente—. ¿Alguna novedad por aquí?

—Nada, que yo sepa. ¿Lo traes?

—Sí. Pero he tenido miedo de que cayera al mar, conmigo y todo, aparato y pasajeros incluidos —contestó la joven, sonriendo cansadamente—. Bien lo creí así, Franz, palabra. Hasta mis compañeros estaban ya desconcertados y confiaban más en un milagro que en otra cosa. Ha habido momentos en que la velocidad no pasaba de las cien millas por hora, y perdíamos altura más y más...

—Cochino oficio —comentó, con acento extranjero, el llamado Franz—. ¿Viento de cara, acaso?

—Sí, y niebla, lluvia, ráfagas terribles de todos lados. Y yo, animando a los papanatas para que se estuvieran quietecitos. Mal oficio, en efecto. Si no fuera por lo otro... —Volvió a sonreír, tocándose el quepis con un gesto expresivo.

Estaban ya en la carretera Wan Wick Expressway, de cuatro andenes, que conducía, a través de Brooklyn, hasta el East River, cruzándolo por el puente de Queensboro para entrar en Manhattan por su parte media.

—Todo tiene su compensación, en efecto —murmuró Franz con un gesto amistoso—. Sin embargo, hay algo que debo decirte y que es un poco desagradable. No es que te echas a temblar, claro, pero...

—¿Algo anda mal? —preguntó la azafata, entornando sus grandes ojos verdes y arrugando un poco el labio superior—. ¿Qué es ello?

—No es que haya algo que ande mal, precisamente —replicó adustamente Franz, guiando su coche con mano segura entre los muchos vehículos que transitaban por aquella vía, siempre con gran tráfico—. Mira: si supiéramos con certeza qué es, no estaríamos seguramente tan intranquilos como lo estamos al sentir esa extraña sensación de peligro, que no se sabe de dónde proviene, si es cierto...

—Pero, bueno, habrá algo que os haga suponer que existe ese peligro, supongo —interrumpió la joven, con impaciencia—. Cierta vigilancia, alguna resistencia por parte de los distribuidores, que creen saber algo...

—De todo eso hay algo —contestó Franz, mirando al frente fijamente—. Pero los que tienen miedo no saben tampoco por qué lo tienen. Se muestran muy temerosos en admitir las piedras. Dicen que se sienten vigilados...

—¿El

F. B. I.?

—preguntó ella, inclinándose hacia él y bajando la voz, como si temiera ser oída por alguien, pese a que ellos dos eran los solos ocupantes del coche.

—Bueno..., el caso es que para este asunto, no siendo los aduaneros, que te pesquen un día el alijo, tiene que ser el

F. B. I.,

el que nos inspire cuidado. Sí; los intermediarios y los que compran las piedras temen al

F. B. I.,

a qué negarlo. Pero tal vez todo sea una falsa alarma.

—Tal vez. Otras veces ha ocurrido esto, y luego ha resultado que no había motivo para temer. ¿Y qué dice Grahame?

—¡Hum! —Franz Van Damm lanzó un reniego en holandés, su idioma de origen—. El jefe, como es el que más tendría que perder si todo se viniera abajo, es el que más teme. Pero hay que seguir, pese a todo, porque de otra manera los competidores ocuparían nuestro lugar y se harían millonarios.

—Yo he traído una buena partida esta vez —expuso la joven, sacando otro cigarrillo del estuche y encendiéndolo—. Unos cuarenta quilates, en diez piedras. Son magníficas, desde luego. Y baratas, porque en el mercado había cierta depresión, y lo aproveché bien.

—¿Qué tal el viejo Zancrift? —preguntó con interés Franz, sonriendo con malicia—. En mi vida he visto un hombre más listo que él para el negocio de las piedras. Ha engañado a verdaderos peritos, vendiéndoles brillantes de segunda categoría. Sumergía las piedras en un líquido misterioso que ocultaba las fallas, de momento, y prestaba un brillo especial y una pureza que no tenían.

—A mí no creo que me lo haya hecho nunca, ¿eh? —preguntó la joven, un poco alarmada.

—No, no. Ya le dije yo, cuando iba a venir aquí, que tuviera mucho cuidado con tratar de engañarnos. Le conviene a Zancrift no jugárnosla, porque sabe que le costaría muy caro, y también porque somos compradores fuertes y pagamos bien.

—En fin, el caso es que parece que hay pánico, sin saber por qué —resumió Claire, suspirando—, y que por eso las ventas habrán flojeado, ¿no es eso?

—Algo de eso, en efecto. Pero pasará y volveremos a hacer buenos negocios. Los clientes no pueden estar perdiendo ventas indefinidamente, y por eso se irán tranquilizando. La avaricia es audaz, no lo dudes.

Pasaban el puente de Queensboro, y entraron en Manhattan, dirigiéndose hacia el Sur, en busca de Greenwich Village. Ahora el holandés Van Damm ponía más cuidado en dirigir el coche por las

abarrota das calles. Claire Ketcham guardaba silencio para no distraerlo.

—Déjame en las oficinas de la Atlantic, como siempre —pidió la joven a Van Damm—. Toma las piedras.

Se quitó el quepis, y luego, inclinándose hacia adelante, para que los transeúntes o los que fueran en otros coches no vieran la maniobra, arrancó de entre el sedoso cabello rubio el paquetito de plástico. Van Damm tendió la mano, sin mirarla, atento a guiar el vehículo, lo cogió y se lo guardó en un bolsillo.

—Tienes que ir después a casa del jefe —advirtió el holandés, entrando en Broadway, donde hubo de acortar aún más la marcha—. Toma un taxi, pero ya sabes. Que no pare delante de la casa de Grahame.

—Ya lo sé —contestó con mal humor Claire—. A veces, los excesos de precauciones acarrearán más disgustos que la naturalidad. ¿Qué diría el jefe si tuviera que hacer lo que yo? Estar hablando con los oficiales de Aduanas, que en cualquier momento pueden recibir la orden de hacer registrar a las azafatas, y todo se acabó... No creas que no se me pone carne de gallina cada vez que vengo aquí con mercancía.

—Tienes la gran ventaja de que eres muy conocida por todos los de Aduanas y no sospechan de ti. Por otra parte, con esa carita que tienes, creo que ninguno de ellos te negaría un favor, si tú se lo pides de cierta manera.

—Pudiera ser, pero te advierto que hay funcionarios que cuando están de servicio se dejan el corazón en casita, y por eso me vería muy mal si un día me miraran el quepis —sonrió la muchacha, halagada por las palabras del holandés—. Bueno, yo he llegado. Dile al jefe que cuando salga de las oficinas iré a verlo. Ten cuidado con las piedras.

Se bajó rápidamente del coche, en una pausa entre las señales de los semáforos, parando la marcha de los vehículos, y caminó por la acera con su airoso paso, haciendo que varios transeúntes se volvieran para admirar a aquella hermosa mujer, con un uniforme azul claro, hechura sastre, con falda corta, y que con el quepis le daba un aire militar muy atractivo.

Entró en las oficinas de la compañía Atlantic, como tenía que hacerlo al regreso de los viajes y antes de emprender la marcha

hacia Europa.

Estuvo una hora, redactando el informe, relleno la documentación y haciendo las cuentas, y luego quedó libre hasta el viernes por la noche, en que tendría que volver para tomar órdenes antes de partir, el sábado, rumbo al viejo Continente.

El gerente, un hombre de unos cincuenta años, cuando supo que la azafata estaba allí, ordenó a un botones que la hiciera entrar en su despacho tan pronto acabara su trabajo rutinario después de cada viaje.

Claire, al recibir aquel recado, quedó unos instantes pensativa. Por lo general, el jefe de la agencia en Nueva York no solía llamarla, y solamente si por casualidad la veía, la saludaba alegremente, con deferencia, pues Claire estaba considerada como una de las atractivas y eficientes azafatas de la compañía. Ahora, el que la llamara el señor Liezer, holandés, la intrigaba un poco. Solía entenderse el gerente con el capitán del avión, el copiloto o algún tripulante, pero no con ella, para todo lo que afectara al servicio.

Llamo a la puerta del despacho del señor Liezer, dando dos golpecitos discretos.

—¡Pase, señorita Ketcham! —dijo una voz fuerte, al otro lado de la puerta cristalera.

Entró la muchacha. Estaba el gerente sentado ante su mesa, con muchos papeles sobre ella. Liezer era robusto, de rostro sanguíneo y ojos azules claros, alegres en su mirar. Se levantó cuando ella avanzó y la tendió la gordiflona mano, mientras sonreía.

—Me alegro de verla y saludarla, señorita Ketcham dijo, en un inglés casi perfecto. —Siéntese, haga el favor— la indicó un sillón de piel color café, y él se sentó de nuevo ante su mesa, poniéndose las gafas de concha. —Ya me he enterado de que el viaje ha sido especialmente penoso esta vez... Todos hemos estado pendientes de los informes de Idlewild desde que el aparato salió de Islandia. Demos gracias a Dios que todo salió bien, ¿verdad?

—En efecto, señor. Esta travesía es de las que le hacen a una pensar seriamente en dejar el oficio —contestó la joven, sonriendo hechiceramente—. El aparato parecía una lancha a la deriva, en un mar embravecido, pero aún peor. Bien, el caso es que no ocurrió nada, sino el susto.

—Lo lamento mucho, señorita Ketcham —murmuró el gerente,

ofreciendo un cigarrillo a la azafata, que lo aceptó con una sonrisa —. La compañía, ya lo sabe usted, pone cuánto está de su parte por evitar que los pasajeros tomen miedo a volar y se retraigan de hacerlo, prefiriendo el barco, pero como dijo no sé quién, nosotros no podemos nada contra los elementos. Supongo que habrá sido una broma eso de que piensa en dejar el oficio...

—Cuando estaba dando cabezazos contra las paredes del aparato, más tiempo sobre el suelo que en pie y teniendo encima que tranquilizar a los pasajeros, confieso que pensé dejarlo, señor Liezer. Se ve muy cerca la muerte, soy joven, tengo ciertas ilusiones... —Hizo un gesto la joven de comprensión—. Pero como todo ha pasado y los que volamos debemos no acordarnos nunca de lo pasado, creo que debo seguir.

—Así me gusta. Su jefe me ha dicho que se portó usted maravillosamente en los momentos en que perdía velocidad y altura el aparato y se pedía apostar doble contra sencillo a que la catástrofe iba a surgir. Los pasajeros se tranquilizaron mucho. Bueno, yo daré un informe excelente sobre usted a la dirección, descuide. Un personal de vuelo que sepa no perder la cabeza en circunstancias críticas, es inapreciable. Ahora hablemos de otra cosa, señorita Ketcham.

—Gracias, señor Liezer. Mi comportamiento puede decirse que nació del mismo miedo que tenía. Quise darme valor a mí misma. Una azafata debe saber ocultar siempre lo que siente en momentos en que todos esperan de ella algo así como un milagro. Ahora, usted dirá...

—Sí, señorita Ketcham. Ante todo, ¿ha sufrido usted, al llegar, un registro personal, a fondo, por parte de los oficiales de Aduanas? —inquirió el gerente, cruzando ambas manos sobre la carpeta de piel y mirando a la joven con fijeza especial, a través de las gafas.

—¿Un registro personal? —contestó Claire, abriendo mucho los ojos, asombrada—. Ciertamente, no, señor Liezer. Desde hace bastante tiempo no me ocurre tal cosa. Puedo decir que desde que empecé a volar en los aparatos de esta compañía. Era la novedad, tal vez; me veían llegar, sin conocerme, y por eso lo harían. Luego, al venir una vez a la semana, ya todos me han ido conociendo, y como nunca he tratado de pasar nada...

—De acuerdo. Sin embargo, señorita Ketcham, sus compañeros

son incluso más antiguos que usted en este recorrido; son amigos de los aduaneros, y hoy han sido llevados a las cabinas de registro personal, les hicieron quitarse las ropas y las examinaron muy minuciosamente, así como sus carteras de mano, sus zapatos... Creo que hasta miraron por rayos X los zapatos. Algo insólito, dado que son tan conocidos por los oficiales de Aduanas.

—¡Vaya! —exclamó la joven en su rostro reflejado el asombro y un poco de indignación—. Y ¿qué explicaciones dieron los aduaneros para justificar tal conducta?

—Ninguna. Ya sabe usted que no dicen nunca nada. Era una orden recibida, y la cumplían sin más remedio —contestó el gerente, encogiéndose de hombros—. Pero esa conducta está en abierta contradicción con el trato que usted ha recibido de ellos.

—Desde luego. Yo siempre pongo mi maletín abierto ante los aduaneros, y nunca lo miran. Uno de ellos, el señor Greene, bromea conmigo porque dice que se sabe de memoria lo que llevo dentro. Cigarrillos ingleses, cosméticos franceses, perfumes... Nada que se salga de lo legal. Por eso creo que no se molestan en mirar, y menos en registrarme.

—Ya, ya. —Lieber se rascó el mentón grueso, sonrosado, bien afeitado—. Indudablemente, hay algo que no es normal, con respecto a este vuelo, señorita Ketcham. Tal vez temían algo, sobre la introducción de cosas prohibidas. También los pasajeros sufrieron gran rigor en los registros. Eso es molesto siempre.

—Una falsa alarma, sin duda —comentó la muchacha, dando una chupada a su cigarrillo—. En Europa suele ocurrir eso con frecuencia, por las divisas, el oro.

—Sí, y se explica. Pero lo raro es que se hayan metido con ustedes, el personal del aparato, y al llegar aquí. Si me guarda el secreto más estricto, señorita Ketcham, le diré algo que tal vez explica esto de los registros. Ha de guardar el secreto...

—¡Oh, señor Lieber, qué fascinante es todo eso! —exclamó la joven, riendo alegremente—. No me dirá que andan buscando a contrabandistas de drogas o piedras preciosas... Bueno, tiene mi palabra de no decir a nadie lo que usted me confíe. ¿Qué es ello, jefe?

El señor Lieber se levantó lentamente del sillón, dio la vuelta a la mesa y fué a sentarse en un diván, muy cerca de sillón donde estaba

sentada Claire, que se volvió a él, en su rostro reflejado un cómico interés exagerado, aparentemente, como si la hiciera gracia todo aquello.

—Escuche: Hace dos días se presentó aquí un individuo —comenzó el director, con voz queda y confidencial—. Quería saber algunas cosas...

—¿Pertenecía a la Policía, al

F. B. I.?

—inquirió Claire, interrumpiéndole.

—Al

F. B. I.

Me mostró su carnet —siguió Liezer, después de mirar a la muchacha y hacer un gesto admirativo por su penetración—. Era un agente especial, o como los llamen. Quería saber algunas cosas, reservadamente, sobre el personal de vuelo de nuestros aviones...

—¿No le explicó por qué semejante investigación? Eso se hace, creo yo, cuando se sospecha que hay algún contrabando —volvió a interrumpir la azafata, con gran sangre fría.

—Pues no dijo escuetamente y con claridad por qué hacía tales preguntas. Sonreía simpáticamente, porque ese individuo es joven, correcto, muy cortés... Preguntaba, y al parecer no le gustaba ser preguntado. Me dijo que era un trámite de rutina, y que solía hacerse con todas las compañías de navegación aérea intercontinentales, para saber qué clase de personal tenían. Ustedes los americanos son algo especiales en esto —sonrió Liezer, irónicamente.

—Ya... —Claire sonrió forzosamente, la mano bajo el mentón gracioso, con un hoyuelo en el centro—. ¿Y qué más, jefe? ¿Qué idiotas preguntas le hizo sobre nosotros? Desde luego, mis compatriotas se pasan muchas veces de listos. Especialmente el F. B. I., créame. Han tomado tan en serio su papel que muchas veces no dejan en paz al contribuyente, metiendo la nariz en su vida privada, en sus asuntos más diáfanos, viendo siempre peligros espantosos... En fin, dígame, señor Liezer. Estoy llena de curiosidad.

—En realidad, preguntas tontas —aseguró el director, encogiéndose de hombros con displicencia—. Forma en que entraron ustedes en la compañía; cuánto tiempo hacía; comportamiento oficial y particular; ideas políticas; clase de vida

que hacen cuando están libres de servicio... Ingresos que tienen por todos conceptos. Qué sé yo. El hombre se pasó una hora apuntando datos, siempre, sonriendo, como si la cosa fuese, en efecto, una simple rutina, a la que no debía dar yo importancia.

—¡Qué simpático! —exclamó la joven, arrugando el ceño—. Meterse hasta en nuestra vida privada... ¿Y no le hizo ninguna pregunta especial, tal vez relacionada con la posibilidad de que nosotros podamos hacer contrabando sobre algo?

—No, no. Sobre ese extremo no me preguntó nada. Ya le indiqué yo que en nuestra compañía se considera como grave falta el que nuestro personal de vuelo haga contrabando, y que el que lo hace, es expulsado sin remisión —contestó el director, con energía—. Bueno, el que lleve encima alguna cosilla, que incluso los aduaneros dejan pasar, no es falta grave —sonrió el director, maliciosamente—. Pero le di la seguridad de que nuestro personal es incapaz de salirse de la Ley.

—Sin embargo, señor Liezer, hoy han sido registrados minuciosamente mis compañeros —objetó la muchacha, mirando fijamente a su jefe—. Luego algo sospechan...

—Más bien creo que se trata de meter miedo de cuando en cuando a los tripulantes de los aviones intercontinentales para que se abstengan de intentar nada en ese sentido, de contrabandear. Eso sucede en todas las fronteras y aeropuertos de todas partes. También cuando se sospecha de que algo extraño sucede.

—Eso es lo que más bien supongo yo. Habrán tenido confidencias de que se hace algún contrabando, y el

F. B. I.,

toma sus medidas —afirmó Claire.

—Es posible. Bien; el caso es que yo quería advertirle, señorita Ketcham, de todo esto, para que extreme su circunspección en cuanto a eso... Quiero decir que no meta en su maletín nada que pueda dar origen a que los del

F. B. I.,

adopten con usted una conducta desagradable, y que, de rechazo, nos perjudicaría a todos. He hecho esta advertencia a sus compañeros.

—¡Yo no he traído jamás cosa alguna que pueda ser considerada como un contrabando descarado, ni por la naturaleza ni por la

cantidad! —exclamó la joven, con dignidad—. Siempre abro mi maletín ante los aduaneros, y ellos saben de memoria lo que traigo, y me lo dejan pasar sin hacerme la menor reconvención. Precisamente, hoy, el señor Greene, uno de los oficiales de Aduana, me ha encargado le traiga el próximo viaje un poco de tabaco holandés, que dice no encuentra aquí. Eso es idiota...

—De acuerdo. Pero yo cumplo con hacer esta advertencia a usted. Y nada más, señorita Ketcham —se levantó el director, sonriendo afablemente y tendiendo su mano a la joven, que también se levantó—. Perdone que la haya entretenido. Y no diga nada de esto a nadie, por favor.

—¿Le pidió el agente del

F. B. I.,

que fuera reservado? —inquirió la joven—. ¡Ridículos, infantiles! ¡Con lo caro que nos cuesta sostenerlos!



EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. — WINCHESTER — EXTRA-OESTE
NOVELISTAS DE HOY — VALIENTES
AVENTURAS del F. B. I. — JÉQUE BLANCO
MENDOZA COLT — RECORTABLES
WALT DISNEY

CAPÍTULO II



L taxi que llevaba a Claire se detuvo una manzana anterior al 125 de W. 10th Street, en Greenwich Village, donde vivía Harris Grahame, el jefe de la banda de contrabandistas a la que la joven pertenecía.

Se bajó del vehículo la muchacha, y entró en el lujoso portal de la casa, que no era de moderna construcción, aunque sí de traza elegante, con amplios ventanales, fachada de ladrillo barnizado, con grecas y columnatas encima del portal, que adoptaba la forma de porche de estilo griego.

Un lento ascensor, antiguo, pero elegante, confortable, la dejó en el piso tercero. Claire llamó a la puerta, de cuarterones verdosos sobre una madera del resto color nogal, y Franz Van Damm la abrió, sonriendo amistosamente.

—Pasa —dijo a la azafata, mirándola de pies a cabeza, con extraña expresión—. Oye, observo que cada día estás más estupenda...

—Siempre tan amable —contestó ella, despectivamente—. Eso no entra en nuestros negocios, Franz, y, por lo tanto, no tienes obligación de decir majaderías. ¿Dónde está Harris?

—En el gabinete —murmuró Van Damm, con voz resentida—. Se me olvidó decirte también que, si cada día estás más hermosa, también progresas en lo de ser antipática, desdeñosa y orgullosa. Cualquiera diría que nadie, si no es un Rockefeller o un Morgan, tiene derecho a decirte una galantería...

—Bueno, dile al jefe que estoy aquí, y no sigas por ese camino, haz el favor —replicó, adustamente, la joven—. ¿No ves que nos conocemos mucho, rico? Tú no dices galanterías, sino groserías, porque piensas groseramente de mí, y eso no es agradable nunca. Soy lo que soy, y nada más.

Llamó Van Damm a la puerta del gabinete dando un golpecito, y una voz dura, seca, indicó que entraran.

Estaba en pie Harris Grahame, con la pipa en la boca y en actitud expectante, mirando hacia la puerta. Era de mediana estatura, de unos cuarenta años de edad, y su aspecto era particularmente duro, fuerte, rollizo, sin llegar a la obesidad. Vestía elegantemente un traje de entretiempo, de mezclilla color gris. Sus ojos eran azules oscuros, de mirada penetrante, dura, inquisitiva.

—Pasa, encanto —dijo Grahame, tendiendo su mano a la joven, que avanzó hacia él con una sonrisa entre burlona y despectiva—. ¿Qué tal el viaje? Ya me ha dicho Franz algo. Bueno, lo importante es que has llegado. Siéntate, bebe un trago y hablemos.

Van Damm preparó unas bebidas, que sacó de un mueble-bar.

—Falta me hace —dijo ella, cuando apuró el primer trago de «whisky» con hielo—. ¿Qué te han parecido las piedras? Diez, y de primera clase.

—No están mal. Algo pequeñas, no obstante. Ya sabes qué las quiero grandes, aunque no sean, en realidad, muy puras —advirtió Grahame, mientras la observaba con atención excesiva—. Que sean tan bonitas como tú, Claire. Cada día más espléndida...

—Gracias, pero te digo lo que a Franz —respondió ella, con aire de fastidio—. Estoy con vosotros para este asunto; pero en cuanto a

mi pobre corazón, es que ni se ha fijado en vosotros. Lo siento. Es lamentable que confundáis los términos de nuestra alianza, porque eso enfría las relaciones.

—Bien, bien. —Grahame arrugó el ceño, disgustado—. Ya me conoces lo suficiente para considerar que ningún otro hombre te podría dar lo que yo. Dinero, caprichos, coches, pieles, joyas...

—Si me das todo eso sin hablarme de amor ni intentar tocarme un solo dedo, encantada —contestó la joven, riendo—. Pero si he de tolerarte como marido, por ejemplo, ni con millones te acepto. Soy así de franca, y harás bien en no seguir adelante: Ahora, prepárate a oír algo que no te va a gustar lo más mínimo. Ya me ha dicho Franz que hay algún pánico entre vosotros porque os creéis vigilados.

—Algo de eso hay, aunque yo no creo pase de ser una alarma infundada —refunfuñó Harris molesto por las palabras de desprecio de la muchacha—. ¿Es que sabes tú algo más?

—Ya lo creo. Apenas he llegado, y ya sé mucho más que vosotros. El

F. B. I.,

está ocupándose de nosotros, investigando lo que hacemos los tripulantes de nuestra compañía. No sé si lo hará con otras compañías, pero lo cierto es que investiga.

Van Damm y Harris se miraron, evidentemente alarmados. Claire sonrió y acabó de beber su «*whisky*» con hielo, sorbiendo ruidosamente con la paja:

—¿Sí? —inquirió Grahame, tendiéndola un paquete de cigarrillos, del que la muchacha extrajo uno, encendiéndole con el mechero que Franz la ofreció con solicitud—. ¡Vaya una noticia! A ver, explícate, cariño. ¿Cómo lo has sabido?

Claire refirió a Grahame y a Franz, que se había sentado al lado de su jefe, la entrevista sostenida con el director de la agencia de la Atlantic en Nueva York, sin omitir detalle.

—Esto me hace suponer que en el

F. B. I.,

están enterados, o sospechan, que se hace contrabando de piedras preciosas, o de otras cosas, que vienen de Holanda. El que hayan registrado a mis compañeros a la llegada es una confirmación de ello, aunque no hayan sido los del

F. B. I.,

los que lo han hecho. ¿Qué os parece la noticia?

—¡Hum!, —rezongó Grahame, levantándose con aire preocupado, las manos en los bolsillos del pantalón y el cigarrillo en la boca—. No me gusta nada, nena. Absolutamente nada.

—Lo extraño es que hayan registrado a fondo a tus compañeros y a ti no te hayan molestado —murmuró Van Damm—. Será que no creen que tú seas precisamente el angelito que trae las piedras. No está mal, en medio de todo.

—No digas tonterías, Franz —saltó, coléricamente, Grahame, yendo a sentarse en su sillón, y llenando nuevamente los vasos de «*whisky*», añadiendo unos trocitos de hielo—. ¿No se te ocurre pensar que eso es para no alarmarla, darla confianza y que siga viniendo «cargada»?

—Tal creo —afirmó la muchacha, arrugando el ceño, mientras miraba su vaso, en la mano, y en la izquierda sostenía el cigarrillo humeante—. Siempre han tenido conmigo los oficiales de Aduanas muchas atenciones, es cierto; pero ahora puede ser para...

—¡No lo creo! —exclamó Van Damm, lanzando un juramento en holandés—. Si tuvieran sospechas de Claire, especialmente, no habrían registrado a sus camaradas. ¿No creéis que, haciendo eso, tú —señaló con el índice a la muchacha— te alarmarías, como es natural? Yo voy creyendo que eso del registro es consecuencia de una rutina que hacen, como ha afirmado tu jefe de la agencia, de cuando en cuando en todas las Aduanas.

—O cuando sospechan que se filtra contrabando —rebatía Grahame, en tono de voz despectivo—. Lo cierto es que has escapado de buena, cariño. Y yo, porque esas diez piedras valen lo suyo.

—Tal vez he escapado al registro, porque he estado en el avión después de que salieron mis compañeros y fui sola a la sala de inspección. Creo ha sido por esa casualidad por la que no me dijeron que entrase en las cabinas de registro personal con alguna matrona de mal genio. El señor Greene nada me dijo al respecto. Me dijo, eso sí, que le trajera tabaco de Holanda en mi próximo viaje. Es un hombre muy amable. En fin, yo no sé, pero creo que sería conveniente no traer nada en los dos o tres próximos viajes, no sea que el

F. B. I.,

nos eche la zarpa por ser excesivamente confiados.

—¡Muy bonito para ti, hermosa; pero no te das cuenta, de que dos viajes sin traer unas piedras me suponen miles de dólares de pérdida! —barbotó Grahame, mirando a la muchacha coléricamente—. ¡Pronto te acobardas!

—¡Más pronto te acobardarías tú si tuvieras que traerlas, como yo lo hago! —saltó la joven, iracunda—. ¿Crees que estoy dispuesta a dejarme cazar como una boba, sabiendo que el

F. B. I.,

anda curioseando y que puede saber mucho más ya de lo que nosotros creemos? No me importa lo más mínimo que pierdas unos miles, la verdad. Yo también tendré pérdidas; pero prefiero eso a perder mi hermosa libertad.

—Tiene razón Claire, jefe —intercedió Van Damm, en tono apaciguador—. Esperemos a ver si en el próximo viaje siguen registrando los aduaneros. No te das cuenta de que si lo hacen y pescan a la chica con el paquete encima, pierdes también, perdemos todos, y a ella la fastidian para varios años.

—¡Y vosotros no tenéis en cuenta que si yo me retiro del asunto durante tres semanas, o un mes, los de la competencia, encantados, me suplantán, y luego tengo que ofrecer las piedras más baratas para recuperar la clientela! —exclamó Grahame, excitado, mirando duramente a la muchacha y al holandés—. Y a eso no estoy dispuesto a llegar.

—Eres encantadoramente egoísta, querido —contestó Claire, en tono irónico, despectivo—. Tu amor es especial, por lo que veo. El caso es que yo te traiga más piedras, y si me pescan alguna vez, irás a la cárcel a llevarme cigarrillos, por ejemplo, mientras te das una vida regalada... Pues mira lo que te voy a decir: yo no traigo de Holanda ni una piedra más en tanto no se pase esta alarma. Si las quieres, vas tú por ellas.

Grahame observaba a la muchacha con una mezcla de ira y asombro. Se levantó, pálido, apretados los puños, y fué a colocarse ante un ventanal, mirando al exterior distraídamente. Van Damm, atónito también, observó a Claire y luego a Grahame, sin decir una palabra.

—¿Te das cuenta de lo que dices, Claire? —preguntó Harris, volviéndose de repente hacia la joven y mirándola fríamente—. ¿Es

que crees que puedes, a estas alturas, romper un convenio con esa facilidad que indicas, por miedo a algo que no puede suceder, ocasionándome pérdidas considerables?

—Lo que no puedo hacer, Harris —contestó ella, con energía—, es jugarme la cabeza por ganar unos cientos de dólares, o miles, y no tantos como los que ganas tú, cuando, veo que hay peligro de perder todo, y sólo por egoísmo tuyo. Mi convenio contigo no llega hasta ese punto. Haz lo que quieras, pero yo no traigo piedras hasta que pase esta alarma.

—Claire, no se trata, simplemente, de perder unos miles de dólares. —Grahame se volvió a sentar en su sillón, con un gesto de resignación—, sino de evitar que los competidores me den de lado, y cuando quiera yo volver, me digan los clientes que no me necesitan ya. Sería mi ruina, nuestra ruina, compréndelo. ¿No es así, Franz?

—No sería una situación tan grave, me parece, como la que se plantearía si Claire fuese atrapada con un paquete encima —contestó Van Damm, adustamente—. Malo para ella, para ti, para mí... Creo que conviene estar parados en tanto la cosa no se aclare. Por otra parte, podríamos investigar qué es lo que ocurre en el F. B. I.,

y ver si, en realidad, es tan serio.

—Yo a eso lo llamo miedo —refunfuñó Grahame, y bebió un buen trago de «*whisky*», carraspeando después—. Dices que investigar en el

F. B. I.,

y ver si tienen algo contra nosotros... ¿Y cómo se hace eso? Confieso que no se me ocurre cómo abordar a algún agente especial y sonsacarle. Son bastante misteriosos, según creo. Uno no sabe en qué se pueden conocer...

—Son hombres como otros cualesquiera —contestó la muchacha, sonriendo—. Los más modernos, los recién ingresados, son jóvenes apuestos, guapos a veces, interesantes. Mi director me dijo que el que fué a interrogarle era uno de esos muchachos jóvenes, atléticos, de rostro simpático. ¡Ay si yo pudiera ser presentada a ese tipo!

—¿Qué quieres decir? —inquirió Grahame, arrugando el ceño—. No me irás a decir qué harías de vampiresa y le sonsacarías a fuerza

de miradas voluptuosas y gestos románticos. Eso está bien en las películas.

—Claire tiene razón, jefe. Ella sería la más indicada para sonsacar a uno de esos hombres jóvenes, que es de suponer estarían encantados con ser amigos de ella. ¿Hay nada mejor para nosotros que contar con una espléndida mujer que se proponga volver loco a un hombre y hacerle decir hasta lo que no quiera? Claire es irresistible, ciertamente —dijo, riendo, Van Damm, mirando a la joven con malicia.

—Si lo hiciera, sería para mi propio beneficio, no por el tuyo —contestó ella, con arrogancia—. Y no creas que te puedes burlar de mí como lo haces, cual si pusieras en duda que no valdría para eso. Otros hombres —miró a Grahame, y sonrió burlonamente— harían muchas barbaridades por mí...

—Bueno, tampoco te creas tú que yo las haría por ti —murmuró Harris, despechado—. Me gustas mucho, no lo niego, pero no hasta el punto que tú te figuras. Hay otras muchachas... —Se encogió de hombros—. En fin, tu plan, encanto, es irrealizable, por la sencilla razón de que sabemos quién es el agente que fué a husmear sobre ti y tus compañeros. Pensemos otra cosa.

—¿Crees que si me lo propongo no daría con ese tipo arrogante del

F. B. I.?

—inquirió ella, ahora a su vez despechada—. Si lo pagas bien, yo lo intentaré, y me saldré con la mía.

—También podría resultar que cayeras en una buena trampa, hermosa —replicó Grahame, con aire de suficiencia—. No es todo la belleza, como tú crees. Esos hombres del Gobierno, según me han dicho, son astutos, inteligentes. Te expones a que él sepa quién eres y lo que te propones y se haga el inocente para hacerte caer en el garlito.

—¡Eres imposible cuando te da por rebajar los méritos de los demás y hacer ver lo infalible que eres tú! —exclamó la joven, con despecho—. Además de bella, ¿no me reconoces un poco de inteligencia y astucia? Sabrás que las mujeres, por naturaleza, somos mucho más astutas que los hombres.

—Haya paz —terció Van Damm, sonriendo—. Harris, deja que la chica sondee la manera de hacerse amiga de ese tipo del

F. B. I.

Si lo consigues, todos saldremos ganando. Si fracasa, ella será quien más pierda, porque será quién de la linda, cara. Claire sabe muy bien que si se va de la lengua, no llegará a vieja. La traición, entre nosotros, se paga muy cara.

—¡Bah! —Grahame hizo un gesto de fastidio, mientras vertía «*whisky*» en su vaso—. Esta nena se ha creído que podemos exponernos a un serio revés, todo porque se cree una irresistible. Vanidad y orgullo, Franz. Nos arrastraría en su fracaso...

—¡Idiota! —exclamó Claire, enrojeciendo de ira—. Yo diría que tienes celos, y nada más. Que temes que otro hombre... —Se levantó y se puso el quepis cuidadosamente, mirándose en un gran espejo que había frente al ventanal—. Bueno, me marcho a mi casa a tomar el «*lunch*».

—Ven a la tarde, hacia las seis —dijo Grahame, mirándola extrañamente—, para hablar de lo que has de hacer, al fin, en el próximo viaje.

—Ya te lo he dicho. No traigo nada de Holanda en tanto esta situación de incertidumbre no se aclare. A mí no me cogen con un puñado de brillantes sobre la cabeza, como si fuese una maldita e idiota palurda. Si los quieres, ve por ellos. O que vaya Franz. Es muy bonito el traerlos la mercancía mientras vosotros os dais aquí buena vida.

—Vuelve luego, Claire —medió de nuevo Van Damm al ver el gesto de cólera de Grahame—. Y ten quieta la lengua. No hay necesidad de insultar ni menospreciar a los que trabajamos con tanto peligro como tú. Anda, lárgate.

—Sí, vete —refunfuñó Grahame, con voz ronca, alterada—. Te olvidas con demasiada frecuencia de que el que manda aquí soy yo, y mis órdenes no se discuten. No creas que porque me gustes puedes tomarte esas confianzas, nena.

—Hasta luego —replicó, adustamente, la joven, dirigiéndose hacia la puerta—. Si no te gusta como soy, tal vez puedas encontrar otra mucho más lista, bonita y dócil que te sirva mejor. He recibido ofertas de otros...

Salió del piso, dando un fuerte portazo. Van Damm y Harris se miraron dubitativamente.

—¿Será verdad eso que ha dicho? —preguntó Grahame,

intrigado—. Que otros la han hecho ofertas buenas...

—Ya sabes que la competencia no descansa, y que todas las artimañas son buenas —contestó Van Damm, filosóficamente—. Es posible que sea cierto. También puede haberlo dicho por despecho; para hacerte creer que no la importaría nada que la despidas, o que está dispuesta a marcharse si no la tratas mejor.

—Esa chica es idiota —sonrió torcidamente Grahame—. Cree que se podría marchar con un competidor con la misma facilidad que si estuviera empleada en una oficina y pide la cuenta y se larga porque le da la gana. No sabe que el intentarlo nada más le costaría la vida.

—No lles las cosas hasta ese punto, Harris —murmuró Van Damm, en tono sosegado—. La chica se resiste a trabajar si ve que la pueden echar la zarpa y meterla en la cárcel. Es natural que sea así. A ti te pasaría lo mismo. Hay que dejarla que se tranquilice un poco, aunque eso suponga cierto quebranto económico. Más daños nos produciría a todos si fuera descubierta con una carga de piedras. En el

F. B. I.,

saben hacer cantar hasta a los mu —dos, según creo... Déjala que durante un par de viajes no se comprometa. Ella no es mala, al fin y al cabo, con nosotros.

—Ya veremos —gruñó Grahame, en tono resentido—. No me ha gustado nada eso de que otros de la competencia quieran llevársela. ¡Tendría que matarla y matar a quien intente llevársela! ¡Yo no soy de esos que se dejan arrinconar por un majadero que se cree más hombre que yo! ¡Y para quitarme a Claire nada menos!

—Eso ha sido una baladronada de ella, no lo dudes, para que la trates mejor. Tal vez quiera más dinero, en razón a que hay más peligro en traer las piedras. Y déjala que intente saber quién es el agente que fue a preguntar por ella y los otros del avión. Mira que si tuviera la habilidad de ganarse la simpatía de un hombre del

F. B. I.,

y estuviéramos al tanto de lo que hacen con respecto a nuestros asuntos...

—¡No me gusta que ella haga cucamonas a otros hombres, Franz! —exclamó Grahame, con fiereza—. Sé muy bien el precio que ella tendría que pagar para conseguir confidencias de un

hombre de éstos. ¡Y si no es para mí, tampoco lo será de otro! Esto no se lo puedo decir a ella, porque se creería en el derecho de pisotearme las tripas, creyéndome un fantoche en sus manos, pero lo cierto es que... —Apretó los puños con rabia—. ¡Lo peor que le puede suceder a un hombre es enamorarse de una mujer sin corazón, y Claire no lo tiene!

Van Damm hizo un gesto de disgusto, y luego sonrió astutamente, mirando de reojo a Grahame, que bebía de nuevo «*whisky*» a tragos grandes, pálido el rostro, de dura expresión.

—¿Cómo quieres que sienta algo por ti, si la tratas como si fuese un instrumento para satisfacer tu ambición de dinero? Ella cree que a ti no te importa el que la puedan detener, correr serios peligros para engordarte la bolsa. La dices que debe traerte más mercancía, a sabiendas de que la pueden fastidiar, y eso no te hace simpático, ni mucho menos, a sus ojos. Te odia y desprecia porque dices que la quieres, pero, por otra parte, la lanzas al peligro, como si quisieras más al dinero que a ella.

—Tal vez tengas razón —murmuró Grahame, suspirando—. Existen las dos cosas. La quiero con toda mi alma, pero también deseo tener millones lo antes posible, y para eso ella me sirve bien. No me entiendo, la verdad...

Van Damm hizo un gesto afirmativo sin que su jefe lo advirtiera.

—Claire es una alhaja, una piedra preciosa de incalculable valor para lo que nosotros deseamos. Tiene razón al decir que ella es la que más se expone, porque en cada viaje se juega mucho. Y la pagas mal, y la tratas peor aún, Harris —dijo el holandés, con aire paciente—. Nosotros nos limitamos a entregar la mercancía a personas que viven aquí, que no tienen ningún interés en fastidiarnos, y no nos exponemos apenas. Tú te llevas el cincuenta por ciento de las ganancias, y ella un veinticinco, y yo otro tanto...

—¡He expuesto mi capital, he formado la clientela, dirijo el negocio y soy el que más responsabilidad tengo, diablos! —chilló Grahame, levantando las manos con aire de indignación y sufrimiento—. ¡Por eso me llevo la mitad de las ganancias! En fin —se levantó del sillón y dio varios pasos por la estancia, pensativo—. La trataré mejor, sí. Tengo que conquistarla, hacerla mi esposa —sonrió con vanidad—. Tendrá más dinero, joyas abrigos de visón, coche... ¡Ah, pero también tiene que servirme bien!

—Lo hará, no lo dudes. Déjala que haga eso del agente del F. B. I.

No creas que ella pondrá su corazón en el asunto. Es de hielo, no temas. Lo que hace falta es que el tipo ese pierda la cabeza por ella, y lo conseguirá. Tú trátala bien y te la llevarás. Quizá hasta te tome cariño —la sonrisita de Van Damm tampoco la vio Grahame, que le estaba escuchando de espaldas a él, mirando por la ventana—. Dale más cuerda larga.

—¡Sea! Esta misma tarde, cuando venga, me encontrará muy cambiado. Pero no la pongas tú en antecedentes —se volvió Harris para mirar duramente al holandés—, porque entonces ella tendrá todas las ventajas. Franz, no sabes lo que la quiero... ¡Si todo cuanto quiero ganar será para ofrecérselo, a cambio de que se case conmigo! —terminó, cínicamente.

—Claro que sí. Pero es difícil compaginar tu cariño con tu egoísmo, amigo. La quieres, pero la expones a que la metan entre rejas por varios años... No la evitas peligros, ni disgustos, ni desprecios, como si fuera una mula a quien hay que sobrecargar para ahorrar portes. Aunque reviente...

—¡Basta, sermoneador del diablo! —gritó Grahame, furioso—. ¿No te digo que desde esta tarde todo va a cambiar? La dejaré que busque a ese chico bonito del F. B. I...

—¡Qué canalla eres! —murmuró quedamente Van Damm.



¡EMOCION! ¡INTRIGA! ¡AMOR!

Son las cualidades que encierran los trepidantes argumentos sobre el Oeste americano de nuestra Colección

EXTRA-OESTE

Con más de 400 títulos publicados continúa siendo la preferida de los lectores de España y América.

CAPÍTULO III



LAIRE, en su piso de departamentos en un moderno edificio de Killary Street, en Brooklin, esquina al bonito parque de Mac Laughlin, se preparaba un almuerzo en la cocina electrificada. Un pollo asado, en conserva, se calentaba lentamente, y, mientras tanto, preparaba una tarta de manzana y un puré de patatas.

Estaba de bastante mal humor la azafata después de la tempestuosa entrevista con Grahame. También influía en su ánimo, no poco, el temor a lo que pudiera derivarse de la actuación del F. B. I.,

que parecía haber fijado su atención en la entrada ilegal de piedras preciosas en Nueva York, y los pasos que daba, investigando quiénes podrían verificar tal contrabando.

Odiaba a Grahame (siempre lo odió por su egoísmo, su

tacañería, y hasta por pensar que ella podría amarlo, sin más ni más), y su resentimiento aumentó después de haber hablado con él aquella mañana.

La trataba como si fuese un simple instrumento para colmar su ambición de dinero, sin importarle un ardite el que ella corriera un serio peligro al verificar más contrabando de piedras en tanto el F. B. I.,

estaba husmeando sobre el asunto. Era demasiado egoísmo el suyo, solamente comprensible al pensar que se llevaba la mitad de los beneficios. Y todavía decía que la quería...

Estaba ya la comida a punto, y, pese a su mal humor, despachó la mitad del pollo, la mitad del puré y una ración de tarta, todo ello regado con café con leche. Cuando acabó la colación se disponía a fregar los cacharos, pero el sonido del teléfono la hizo detenerse, escuchando.

Fué al gabinete. Tal vez fuera el execrado Harris, con nuevas órdenes impertinentes. Descolgó el micro teléfono y dijo, con voz agria, resentida:

—¡Hable!

—Soy Franz, querida —la voz pastosa del holandés sonaba quedamente—. Escucha. ¿Vas a salir ahora? ¿Ya has comido?

—He comido, sí. Y pensaba dormir un rato, así es que me molestaría mucho tener que salir o recibir visitas. ¿Me necesita ese idiota de Harris? ¿Todavía no ha dicho todas las sandeces que guarda en su cerebro privilegiado?

—Calla, hermosa. Está aquí, en su alcoba, durmiendo —contestó, siempre quedamente, el holandés—. Mira, aunque te fastidie un poco, quiero ir a verte a tu casa. Tenemos que hablar de algo urgente e importante. Te interesa escucharme, ¿comprendes?

—¿A espaldas del jefe? Me parece, Franz, que eres como un bicho de esos que se arrastran y que se llaman reptiles... —comentó, con voz ofensiva, la muchacha, sonriendo con sarcasmo—. Bueno, ven y hablaremos, pero no me comprometo a nada, ¿estamos?

—Dices cada cosa, nena... —comentó, acerbamente, Franz—. Bien, dentro de un rato estoy ahí. Hasta luego.

Colgó la muchacha el aparato y se sentó en un pequeño sillón, sacando un cigarrillo de un estuche, sobre una mesita. Lo encendió

y expelió una bocanada de humo, pensativa. El tal Franz también tenía sus «virtudes», pensó, sonriendo con malicia. Era de esos tipos que ante el jefe se humillan, lo adulan y reciben sus palos con una sonrisa falsa de humildad, mientras odian con toda su alma lamiendo la mano que los pega. ¿Qué quería ahora aquel tipo repugnante?

Volvió a la cocina y fregó los cacharros en pocos instantes. Se lavó y acicaló un poco, poniéndose una bata elegante francesa, de seda color malva, muy escotada. Se sentó en el sillón del gabinete y cogió un periódico local que había comprado en el aeropuerto de Idlewild, haciendo tiempo hasta que llegara Franz desde el lejano Greenwich Village, en Manhattan.

Media hora después sonó el timbre de la puerta. Claire se levantó y la abrió. Franz, con un ramo de hermosas rosas color salmón, entró, sonriente, muy elegante en su traje azul marino con delgadas rayas blancas.

—¡Vaya! —exclamó la joven cogiendo el ramo que él, con una inclinación completamente europea, muy galante, la ofrecía—. Son preciosas... Pero, pasa, pasa.

—¡Hola, encanto! —dijo él, todo zalamería, mirándola con extraña expresión—. ¡Qué bata tan bonita y qué bien te está! Siempre he pensado que aunque estuvieras cubierta de harapos estarías bella, encantadora...

—¡Suelta de una vez todas las tonterías que se te ocurran! —exclamó ella, riendo, íntimamente halagada por la galantería del holandés, a quien odiaba bastante menos que a Grahame siquiera porque era más atento que el jefe, más solícito y parecía quererla más sinceramente que el otro—. Pasa, siéntate y bebe un trago de..., ¿de qué?

—Lo que des tú es puro néctar, nena. Aunque fuera cicuta —respondió él, sonriendo, feliz al ver que ella reía y parecía agradecerle sus galanterías.

Claire sacó de un mueble bar dos botellas, una de «*whisky*» escocés y la otra de ginebra holandesa, juntamente con dos copas de cristal tallado, poniendo todo sobre la mesita donde estaba el aparato telefónico.

—¿Qué quieres? —preguntó, mirándole con cierta simpatía fingida, pues todavía no sabía con qué fines la visitaba él.

En cuanto a moralidad, concedía una igualdad casi absoluta a Franz y a Harris. Los dos la querían, pero de una forma muy especial.

—Ginebra, por favor —contestó él, arrellanándose en el sillón, frente a la muchacha, y devorándola con la mirada—. Gracias —cogió la copa llena y miró el licor, sonriendo—. Bueno, bueno —bebió un poco, paladeándolo—. A tu salud, nena querida.

—A la tuya, Franz. Y ahora, suelta la lengua, pero ahórrate decirme bobadas. Me las sé todas de memoria, te lo advierto. ¿De qué se trata?

—¡Siempre hablando de cosas materiales; de dinero, de intrigas, de piedras preciosas, que no son para nosotros aunque las tengamos en las manos!... —murmuró Franz, en tono lastimero—. ¡Esto es asqueroso, repugnante! ¿No te parece, hermosa?

—¡Oh, sí, pero tan necesario! —exclamó la joven, remedando el acento de Franz, mientras ponía los bellos ojos verdes en blanco—. En fin, bajemos a lo vil y dime qué te trae por aquí.

—Harris me ha hablado de ti en términos tales, que he tenido que contenerme para no romperle la cara —comenzó él, en tono confidencial, pero enconado, dejando traslucir el odio que sentía por su jefe—. No sabes...

—Harris es muy simpático, desde luego —contestó ella, sonriendo con ironía—. Me quiere de tal manera, que me dejaría morir a cambio de un puñado de piedras falsas si con ellas obtuviese una ganancia. Nada nuevo, Franz. Quiere que traiga piedras, pese a todo, ¿verdad?

—Exactamente. Quiere que traigas piedras, pero en más cantidad, por si el

F. B. I.,

nos desbarata el asunto. Y como supone que te vas a negar, ¿sabes lo que hará, pensando que querrás dejarnos?

—Tiene un corazón tan noble, que si me niego, sería capaz de liquidarme, ¿no es así? —murmuró la joven, apretadas las mandíbulas y mirando fijamente al holandés.

—Eso mismo —contestó Franz, tras fingir sobresalto—. Te liquidará sin la menor vacilación. Considera que si te dejara vivir serías un mal enemigo, que se pasarla a los competidores o lo denunciarías al

F. B. I.

—Eso es lo que haría él en mi caso, y por eso piensa así —contestó la joven, en tono despectivo—. Pues no creas, que se lo merecería. Bueno, pues ya sé lo que he de hacer, a la vista de lo que dices...

—Mira, Claire: yo he venido a hablar contigo muy claramente —murmuró Franz, después de beber un sorbo de ginebra—. ¿Me das un cigarrillo de los tuyos, holandeses? Me recuerdan a la patria querida... Gracias —cogió uno de un estuche que ella sacó del mueble bar—. Sí. He venido a decirte algo muy claro, aunque muy... duro también. Eres fuerte, templada, hecha a la acción, y no te desmayarás por lo que te diga.

—¿Vas a insinuar que soy como una pantera, o algo así? —sonrió ella fríamente—. Vamos, di qué se te ha ocurrido con respecto a Harris.

—Fíjate bien, Claire, en lo que te voy a decir, aunque lo sepas ya. Harris se lleva el cincuenta por ciento de los beneficios, y eso cuando hace las cuentas claras, que son muy pocas veces. Nosotros, el otro cincuenta por ciento. Dice que él expone su capital, que organiza las ventas y que es el que discurre, como si nosotros fuésemos asnos que tiran de su carro...

—No está mal. Harris puso diez mil dólares por todo capital, y luego los ha transformado en, digamos, quinientos mil, o más. Ha hecho la clientela, dice, cuando lo cierto es que tú y yo le ayudamos...

—¡Yo soy el que reparte las piedras, querida, porque él tiene miedo a exponerse, y solamente por teléfono habla con los intermediarios! —exclamó, con indignación Franz—. Mientras yo llevo y traigo paquetes él duerme hace números... o se va con alguna amiguita de juerga. Eso es lo que él aporta al negocio. Tú te juegas el tipo cada vez que vienes, pobrecita, y encima te exige ahora que sigas haciéndolo, mientras prepara la huida por si el

F. B. I.,

nos descubre.

—Sí. Es cierto —afirmó la joven, bostezando—. Le estamos cebando, aunque luego no seremos nosotros quienes lo devoremos. Seguir así sería una imbecilidad por parte nuestra. Además, tiene con respecto a mi ideas un tanto malignas —sonrió

despectivamente, dejando caer la ceniza de su cigarrillo en un cenicero.

—Mira, Claire: yo he venido a decirte que seguir así, en efecto, es una idiotez, y por lo que a ti respecta, un peligro evidente. Grahame, ya lo sabes, es muy capaz de asesinar si eso le conviene. Si te niegas a traer de Holanda piedras ahora, no doy por tu vida un centavo. Alquilaré un pistolero, y cuando menos lo pienses, vas a volar, pero será para siempre, ya entiendes...

—¡Canalla! —exclamó Claire, asustada de veras, incorporándose en el sillón y avanzando el busto hacia Van Damm—. Sería capaz...

—No lo dudes. Me lo ha dado a entender. Si te niegas a obedecerle, lo hará. Cree que otras personas de otras bandas te suplirían, incluso pagándolas menos que a ti. Ya sabes lo que ocurre entre nosotros. Mientras cumplimos, todo va bien. Si dejamos de hacerlo..., liquidados y a otra cosa.

—¡Pero yo no voy a estarme cruzada de brazos esperando el tiro en la nuca! —exclamó la joven pálida de rabia, llenando de ginebra su copa y bebiendo un largo trago—. ¡Y no traeré por ahora piedras, porque no quiero que me metan entre rejas, o algo peor!

—Tienes razón, querida. —Van Damm acercó su sillón al de la muchacha en un gesto confidencial, lleno de afecto—. Mira. Yo he pensado una cosa, y quiero que la sepas. Grahame nos está robando inicuamente, ya lo ves. Trabajamos para él y se lleva el cincuenta por ciento de las ganancias. No hace nada, sino mandar absurdamente. Y cuando crea que puede prescindir de nosotros, lo va a intentar, matándonos. ¿Vamos a poner el cuello como corderitos, Claire? Por mi parte, no, y mil veces no.

—Ni por la mía tampoco, Franz. ¿Qué se te ocurre para evitar todo eso?

—Muy sencillo. Anticipamos a su maniobra. —Van Damm la miraba fijamente, pero se tranquilizó al ver que Claire no expresaba la menor emoción.

—¿Liquidarlo? —inquirió ella con voz impersonal, como si estuviera tratando de la venta de una partida de piedras preciosas—. ¿Es eso lo que me propones?

—Sí. Porque si nosotros no nos adelantamos, lo hará él, y sobre todo con respecto a ti. Te considera una rebelde, cree que te da demasiado, y como además le has dicho que tienes otras personas a

quienes ofrecer tus servicios, juzga que debe liquidarte. Y yo sé que después la tomaría conmigo, y cualquier día me asesinarían. Hay que liquidarlo, Claire, antes de que él lo haga con nosotros.

—Si nos quedamos los dos, tendremos el cincuenta por ciento cada uno... —murmuró la muchacha, entornando los ojos, pensativa—. Es lo justo. ¿Por qué tener que dejar que nos robe, sin exponer nada?

—¡Naturalmente, nena! —Van Damm trataba de ocultar la radiante alegría que sentía—. Iríamos a medias, puesto que ambos nos exponemos. Y evitamos al mismo tiempo que ese canalla...

—Comprendo —interrumpió ella con voz seca—. ¿Cuándo habría que hacer... eso? Ha de ser pronto, tal como están las cosas. Quién sabe si ya está Harris contratando al pistolero para que me liquide...

—No temas. He estado pensando el plan. Esta tarde, como has de ir a su casa para hablarte él, le proponemos dar un paseo por las afueras, para hablar con más libertad. Vamos los tres y... regresamos los dos solos, ¿comprendes? Se quedará en una cuneta.

—Muy bien. —Claire sonrió alegremente, suspirando con fuerza—. Me parece estupendo. ¿Lo harás tú, entonces?

—Los dos, querida. Tú tienes tu pistolita «F. N.» y yo mí «Luger». Harris no es hombre que se asuste, te lo advierto, y hay que ir sobre seguro. Si le permitimos defenderse, la cosa se puede poner fea. Los dos y sobre seguro.

—Bien. Ahora queda otro problema, Franz. El seguir nosotros el negocio. Ya sabes que hace falta mucho dinero. Hay que pagar en Holanda al contado las piedras. Yo no tengo sino unos miles, y me parece que tú...

—Eso está previsto, hermosa mía. —Van Damm la cogió una mano, y ella no hizo por retirarla, sino que sonrió agradablemente—. Harris guarda en su caja fuerte mucho dinero. Tal vez doscientos mil dólares. No quiere meterlo en el Banco, por temor a la investigación sobre impuestos. Tiene allí también bastantes piedras. Nosotros nos lo apropiamos, porque al fin y al cabo es dinero nuestro, que él nos lo ha robado.

—Eres estupendo, Franz. —Claire apretó la mano de él con suavidad, mirándole fascinadoramente—. En todo de acuerdo. Harris se la ha buscado, por idiota. Ahora seremos los dos, muy

unidos y leales.

—Ya sabes, Claire, que yo, con respecto a ti... —Se levantó él del sillón, pálido de emoción, intentando cogerla la otra mano para atraerla hacia su pecho, pero la joven, suavemente se escurrió sonriente.

—De eso trataremos después más adelante Franz. Me has hecho un gran favor, lo reconozco, y te mereces..., bueno, lo que pretendes. Pero ahora debemos hacer algo más práctico, más urgente. Tenemos que enriquecernos asegurar nuestra situación, por si las cosas se ponen feas y hay que dejarlo.

—Conformes. Tienes razón. —Van Damm cogió su sombrero flexible y se lo puso. Estaba muy contento, y sus ademanes así lo revelaban—. Me voy. Ya sabes, entonces. Cuando intente hablarte esta tarde, le diremos que es mejor hacerlo fuera de casa, y que el lugar indicado es lejos, en el campo. Tú quieres tomar el aire, por ejemplo...

—Descuida. Si él está en la creencia de que nos va a sorprender, eso es lo mejor para nuestros planes —afirmó la joven—. Un beso en la frente, Franz, como signo de buena amistad e inteligencia.

El holandés, haciendo un gesto cómico, la besó en la frente, conteniendo el impulso de hacerlo en los rojos y bellos labios de la muchacha.

—Vas hacia las cinco, ¿eh? —advirtió él, ya en la puerta del piso—. Y disimula, ríe. Seguramente te dirá que accede a que no traigas nada en los próximos viajes; que te va a regalar un abrigo de visón, un coche...

—Sí, sí. Un poco de miel en los labios para que me confíe —rezongó ella, sonriendo aviesamente—. No me supongas tan idiota que me lo crea. Adiós.

Claire regresó a su gabinete, abrió un armario lujoso y sacó de un cajoncito una pistola «F. N.», belga, de pequeño calibre, niquelada. La contempló, arrugado el ceño, unos instantes, y luego sonrió fríamente. Sacó el cargador, lo examinó y luego hizo funcionar el arma para ver si estaba bien engrasada. El percutor sonó normalmente, así como el mecanismo de retroceso para hacer entrar el proyectil en la recámara.

Cogió otro cargador más y todo lo metió en un bolso grande de piel de cocodrilo, donde el bulto no se notaba.

Se sentó en su sillón y marcó en el teléfono una llamada. A la agencia local, en Broadway, de la Atlantic.

—Buenas tardes, jefe —dijo con voz suave, afectuosa, cuando Liezer, el director, se puso al habla—. ¿Me necesita esta tarde?

—¡Hola!, señorita Ketcham —repuso el director, alegremente—. No, no. No hace falta que venga por aquí. Diviértase lo más que pueda.

—Gracias, señor. Oiga, ¿no han vuelto por ahí los del F. B. I.?

—preguntó ella, riendo—. Creo que voy a llegar a soñar con ellos...

—¡Ah, no! No han venido. Ni es fácil que vengan ya. Supongo que fué una especie de inspección para saber el personal que viaja en los aviones como empleados de las compañías. ¡Hay tanto miedo a las infiltraciones de ciertas gentes!

—Eso creo yo también. Oiga, señor director: creo que me dijo usted el nombre del agente especial del

F. B. I.,

que le visitó, y que era un muchacho apuesto, no mal parecido... —musitó la joven con voz suave, encantadora, insinuante.

—¿Yo? ¡Ah ladina! —rió el director alegremente—. No le dije el nombre, porque no... —hizo una pausa—. Espere... Lo leí en el carnet que me enseñó, ahora lo recuerdo. Espere... Era un tal Arvel... Arvel no sé qué. Bueno, eso es el nombre, me figuro. Espere...

—Espero, jefe. No es por nada, ¿sabe? Es que me gustaría conocer a un agente especial de esos de los que dicen que si son guapos, interesantes... —contestó la joven con voz mimosa—. Pero déjelo, no se moleste.

—Espere, niña. Era Arvel, seguro, pero el apellido... —se hizo un silencio mientras Claire anotaba aquel nombre en un papel que cogió de la mesita. ¡Sí!... Worthen, Worthen, eso es. Arvel Worthen. Yo tengo buena memoria y no podía fallarme. Bueno, ¿y qué va a hacer con él?

—¡Oh, nada seguramente! Era curiosidad, simplemente. Por si volviera a hacer preguntas tontas, ver entonces a un inspector del F. B. I.,

que me presentaron cierta vez, y pedirle que nos deje en paz. Bueno, y conocer a ese muchacho, lo confieso.

—Muy bien. Pero quiero que tenga en cuenta que ese agente me pidió, muy en serio, que me abstuviese de comunicar a ustedes, los del vuelo, que el

F. B. I.,

había hecho averiguaciones respecto a dicho personal. No desearía verme mezclado en complicaciones, siendo extranjero como soy — advirtió el director—. Por lo tanto, sea discreta, por favor.

—Descuide, jefe. Posiblemente, no haga nada de lo que le he dicho. Y si realmente pudiera haber complicaciones, desisto de ocuparme de ese asunto. Será lo más prudente. Gracias, jefe, y a sus órdenes.

Colgó el aparato y apuntó el apellido de aquel agente del

F. B. I.,

que había metido la nariz en la agencia de la Atlantic.

Cuando lo hubo hecho, sonrió misteriosamente, guardando el papel en su bolso. Fué después a su alcoba y se vistió, poniéndose un traje sastre color marrón claro, una blusa de nylon blanca y zapatos de ante, de «*sport*» del mismo color que el traje. Se retocó los labios; los ojos, grandes, hermosos, verdes, y se miró, satisfecha, al espejo.

Era la hora de ir a casa de Harris Grahame. No se sentía excesivamente nerviosa ni inquieta. Claire era una mujer positivista en grado sumo, materialista, y por tanto, sin escrúpulos de ninguna clase. Tenía veintitrés años, pero por su experiencia en una vida azarosa, aventurera, podía dar ciento y raya a muchas mujeres de mucha mayor edad. Como meta de sus ambiciones era la de ser millonaria lo antes posible y tener su coche de lujo, su casa particular, vestir a la última moda francesa y poder satisfacer todos sus caprichos, sin intervenir para nada el amor, a ser posible, que tanto ata y a veces tanto fastidia.

Salió a la calle y fué a la esquina del parque, donde había un punto de taxis. Pensó que, una vez muerto Harris, podría ya tener un coche, aunque no fuera precisamente un «Cadillac», un «Lincoln», un «Jaguar» o un «Amstrong Siddeley», aquellos coches ingleses fantásticos, propios para millonarios, reyes y príncipes indios. Cuando matara, con la ayuda de Franz, a Harris, inmediatamente percibiría el cincuenta por ciento de los beneficios de los contrabandos. Algo estupendo...

Subió al coche de alquiler y le dio al mecánico la dirección, siempre una manzana antes de llegar a casa de Harris, en Greenwich Village. Se arrellanó en el asiento y se dispuso a esperar pacientemente la media hora que duraría el viaje. Mientras tanto, pensaría y soñaría.

Ahora su sueño iba a ser una realidad, una dichosa realidad. Embolsarse la mitad de lo que el bandolero Harris se guardaba sin exponerse lo más mínimo. Miles y miles de dólares al mes, porque ahora ella, trabajando para sí mismo, traería más piedras preciosas de Holanda, y más hermosas y grandes, regateando fieramente para conseguir las más baratas. Ahora iba a ser millonaria en poco tiempo. Harris casi lo era, y había empezado el «negocio» no hacía un año.

El coche se detuvo casi bruscamente donde ella indicó, sacándola de sus pensamientos color de rosa. No se había ocupado de Harris, en aquel lapso de tiempo, ni un minuto siquiera. Lo daba ya por muerto, y de los muertos, sobre todo si han sido odiados en vida, no hay por qué ocuparse.

—Estamos, Marilyn —dijo el chófer, volviéndose y mirándola con descaro. Claire sonrió, porque, en efecto, su rostro tenía un notable parecido con el de la célebre «estar» del cine, y muchos ya se lo habían dicho así. Le pagó, añadiendo una buena gratificación, halagada su vanidad, y se bajó, comenzando a andar con su espacial cadencia, un tanto llamativa, por la acera. El taxi pasó de largo, y entonces ella apresuró la marcha.

Abrió, la puerta Franz, que la miró, sonriente, con un gesto astuto de comprensión y complicidad.

—Está muy contento —advirtió, quedamente—. Cree que su plan le va a salir de primera y que estamos en el limbo... Ponle buena cara, que no desconfíe, y no haga caso de sus ofrecimientos.

—Descuida. Ese tipo no verá amanecer más —replicó ella, haciendo un gesto de terrible crueldad, que contrastaba singularmente con su belleza.

Pasó al gabinete, donde Harris estaba, como siempre, sentado en su amplio sillón, con un habano en la boca, y cerca, al alcance de la mano, una mesita con tres botellas de licores, sifones y trozos de hielo en un cacharro de plata.

—Hola, comodón —dijo la joven, sonriendo y echándole un beso

con la punta de los dedos, mientras se quitaba los guantes y dejaba su bolso sobre una silla, en un rincón—. No sé cómo no pesas doscientas libras, dada la vida que te das...

—Porque sueño noche y día contigo y me desespero al ver que no me quieres nada, encanto —contestó alegremente Harris, mirándola atentamente—. Estás..., bueno, me callo, porque no acabaría nunca de expresarlo.

—Gracias, jefe. Así te ahorras muchas tonterías. Si me das una copita de ese chartreuse amarillo, que tanto me gusta, te lo agradeceré. Sin hielo, que lo estropeas. En Europa saben beber mejor que nosotros. Aquí echamos hielo al coñac, que debe beberse a la temperatura de la mano. Gracias, Harris —tomó la copa y bebió un trago, paladeándolo largamente—. Bueno, ¿y qué hay, querido?

—Franz se sentó en una silla, un poco detrás de su jefe, en su actitud de subordinado de siempre. Hizo un gesto de inteligencia a Claire, que apenas si le miró. Harris bebía «*whisky*» con hielo, pensativo.

—Bueno, nena, quiero decirte que estoy bastante arrepentido, lo confieso, por haberte dicho esta mañana algo desagradable, que no te mereces... —comenzó Grahame, sonriendo.

—¿Algo nada más? —contestó ella, haciendo un mohín despectivo—. En fin, dejémoslo, puesto que dices que lo sientes. No discutamos más sobre eso. En cuanto a lo otro que hemos de hablar, ¿por qué no lo hacemos fuera de aquí, de esta casa? Estoy mareada, después de dieciséis horas de avión, con un vaivén atroz, y quisiera tomar un poco el aire libre. ¿Nos llevas en tu coche por ahí, por el campo, querido?

—¡Ah, bueno! —exclamó Grahame, pensativo—. Sí, si es cosa de un par de horas, porque tengo otras cosas que hacer. ¿Adónde vamos?

—Podríamos ir a la playa de Long Island, donde habrá poca gente hoy, como día de trabajo —sugirió Van Damm en tono mesurado—. Hay allí varios bares buenos donde tomar un trago y estar tranquilos y hablar sin miedo a los oídos extraños.

—De acuerdo —asintió Harris, levantándose del sillón—. También yo creo que me hace falta un poco de aire libre y ejercicio. Todo esto del

F. B. I.,

me tiene muy preocupado... Voy a vestirme.

Salió del gabinete con aire contento, silbando una melodía que había escuchado en un club nocturno de la calle Cuarenta y Dos. Claire y Franz se miraron y sonrieron.

Hablaron después, en tono ameno, lo suficientemente alto para que Harris lo oyera, de las vicisitudes del servicio a bordo de los aviones de pasajeros, de lo aburrido que llegaban a ser cuando se hacían los mismos recorridos mucho tiempo seguido, sobre todo de noche, y de otras cosas y temas sin importancia.

—Vamos —dijo Harris, quince minutos después, llevando al brazo un ligero abrigo de entretiempo—. No sé si será poco el tiempo de que disponemos para ir tan lejos —miró su reloj de oro, de pulsera, haciendo un gesto— de duda. —Vamos, nena— la cogió de un brazo, y ella, sonriendo con agrado, no se lo impidió. Van Damm, detrás, sonreía también.

—Hay tiempo —contestó la joven—. Como no será mucho de lo que hemos de tratar, porque me parece que estás en vena de ser complaciente, podremos volver pronto.

—Estoy dispuesto a ser otro contigo, encanto —dijo quedamente Harris, cuando bajaban por la escalera—. Aprovechate de ello para sacarme todo lo que quieras. Yo solamente te pediré una cosa, si es preciso, de rodillas.

—No seas bobo —replicó ella, riendo—. Te daré lo que te mereces, descuida, y teniendo en cuenta nuestros respectivos sentimientos.



ANTES, AHORA Y SIEMPRE TRIUNFA EL

F. B. I.

UNICA COLECCION EN EL MUNDO
QUE REFLEJA LA AZAROSA VIDA DE LOS FA-
MOSOS AGENTES NORTEAMERICANOS
¡COLECCION TRADUCIDA A OTROS IDIOMAS!

CAPÍTULO IV



RUZÓ el coche por el puente que unía Long Beach a tierra firme por Seagirt Boulevard, entrando después por la carretera que recorre toda la estrecha isla hasta Point Lookout, donde estaba el gran faro. El mar estaba algo picado, con un movido oleaje que se estrellaba contra las rocas que había algo lejos de la misma playa, de fina arena amarilla, desierta.

—Esto es delicioso, no digas —exclamó Claire, aspirando a pleno pulmón la brisa cargada de yodo, que llegaba en rachas, a veces, fuertes—. Para aquí, querido —dijo a Grahame, que conducía el coche—. Vamos a andar un poco, no seas apático, hombre...

Harris detuvo el vehículo cuando lo sacó de la ancha carretera, entrándolo en una especie de dunas. Se puso el gabán con un gesto de encogimiento friolero.

—Precioso, pero hace frío, me parece. Bueno, es que ya me he

acostumbrado a no salir de la ciudad...

—Y a estar siempre metido en locales con aire viciado, con calefacción —terminó la muchacha, respirando fuertemente—. No hace nada de frío. Estamos en la primavera, y por eso la brisa es más fresca. Pero muy tonificante. ¿No sientes más deseos de vivir aquí, al aire libre? ¿O estás ya cansado de la vida, querido?

—Parece que sí, por la cara que pone —dijo Van Damm un poco detrás de la pareja—. ¡Mira, Claire, allí! —señaló el oleaje, a lo lejos, donde avanzaban las altas olas espumosas como en batallones en formación, para lanzarse con gran estruendo sobre las rocas y la dilatada playa.

—¿Qué? —preguntó ella volviendo la cabeza para mirarle. Van Damm la hizo señas de que se alejara de Harris, que estaba cargando su pipa, teniendo en la mano una bolsa de tabaco—. ¿Una ballena? —Y dio varios pasos atrás para colocarse al lado del holandés, que inmediatamente sacó una pistola azulada del bolsillo de la trinchera que llevaba puesta.

—¿Qué dices? —preguntó Harris cuando tuvo la pipa en la beca, volviéndose hacia Van Damm y Claire.

Quedó rígido, inmóvil, lívido, mirándolos fijamente. Franz y la muchacha le estaban apuntando, a seis yardas de distancia, con sus pistolas. Estaban también pálidos, y en sus ojos había una expresión terrible de deseos de matar; una sentencia de muerte inapelable, fría bien pensada y madurada.

—¡Una encerrona! —exclamó Harris con voz balbuciente entre temerosa y colérica. Y con un gesto rápido apartó un lado del gabán que llevaba puesto para sacar a su vez una pistola que siempre llevaba en la cintura—. ¡Canallas!...

La «Luger» de Van Damm sonó secamente dos veces sin levantar ecos. El fragor de las olas al azotar la playa hizo inaudible casi el ruido de las detonaciones. Harris se inclinó llevándose las manos al pecho. Pero se rehízo irguiéndose.

Otra detonación, más débil, de la «F. N.» de Claire, sonó inmediatamente. La muchacha se aproximó a Grahame llena de fiereza, cruel como una pantera, contraído el rostro por un gesto de decisión espantosa, y volvió a disparar sobre su jefe.

—¡Quita! —rugió Van Damm, apuntando a Harris—. ¡Quítate de en medio!

Grahame cayó hacia atrás, sobre la arena. Claire se apartó, y Franz avanzó, apuntando al caído. No lo hizo. La última bala de Claire había perforado la frente de Harris un poco por encima del comienzo de la nariz.

—No hace falta más —murmuró la joven, roncamente, observando cómo Van Damm, inclinado, examinaba a Grahame y le tomaba el pulso—. ¡Vámonos de aquí cuanto antes! ¡Puede venir alguien!

—Liquidado —farfulló Van Damm, levantándose y limpiándose las rodillas de arena—. Pero espera un minuto...

Registró el cadáver de Harris, quitándole la cartera, dos pañuelos que llevaba, un llavero, la pistola, y un cargador, y varias cosas más.

—¡Vamos, Franz, vámonos! —gritó la joven, angustiada, mirando a su alrededor.

Y corrió hacia el coche, abriendo la portezuela con violencia y sentándose ante el volante. Puso en marcha el motor, y arrancó, colocando el vehículo en la carretera:

—¡Anda, Franz, de una vez!

El holandés corrió hacia el coche y subió, jadeante, muy pálido, llevando en las manos los objetos que había quitado al que fuera su jefe.

—En marcha, querida. Ha sido fácil, ¿eh? —dijo, con voz que intentó fuera tranquila, humorística, esbozando una sonrisa—. Ahora todo está solucionado. ¡Cuidado no aceleres de esa manera, o la Policía nos va a detener!

Claire llevaba el coche velozmente, y no aminoró la marcha, a pesar de la recomendación de su cómplice en el asesinato. Ahora su bello rostro expresaba el miedo, la angustia y un decaimiento grande. —¿Estaba muerto... del todo, Franz?— preguntó, roncamente, sin mirar a Van Damm—. Si quedara con vida y la Policía le interrogara...

—No temas. La última bala que le disparaste fué el golpe de gracia —contestó Franz, sonriendo—. Me diste miedo, palabra, al verte ir contra él con aquella crueldad... No podía pensar que tú hicieras algo semejante. ¿Has matado a alguien antes de ahora? Parece como si tuvieras cierta experiencia...

—¡Calla! —gritó la joven, lívida, cambiando la marcha con

bruscos movimientos—. ¡Enciende un cigarrillo y dámelo!

Van Damm obedeció, mirando de reojo a la joven, que había disminuido la velocidad del coche al entrar en tierra firme, cruzando el puente.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Claire, con voz seca, que a Franz le pareció excesivamente autoritaria—. El cadáver será hallado y la Policía no tardará en identificarlo, saber quién es y dónde vivía...

—Bueno, muy bien. Nosotros no sabemos qué le ha ocurrido al pobre Harris. Vivía solo, y yo, aunque secretario suyo en sus negocios de representaciones, no estaba del todo al tanto de sus salidas y entradas. Cuanto menos se hable, mejor —contestó Van Damm, en tono tranquilizador—. Deja eso en mis manos.

—Claro que sí. Yo no quiero que la Policía me interrogue. No era más que una amiga suya, que le veía de cuando en cuando. ¿Y del dinero? Iremos ahora a recogerlo, y las piedras. La Policía hará registros allí...

—De acuerdo. Vamos a dejar allí solamente los papeles relacionados con las representaciones que él tenía, y que eran la tapadera para ocultar sus otros asuntos de contrabando. Haremos un registro a fondo, para no dejar nada que pueda comprometer. Hemos de tener sangre fría, querida mía. El que un hombre aparezca al lado de una carretera, asesinado, no tiene mucho de particular, sobre todo en este país de la civilización.

—Otra cosa —dijo ella, conduciendo con más tranquilidad, el cigarrillo en la boca—. Vamos en su coche... La Policía preguntará, ya sabes, y llegará a saber que esta tarde...

—Si empiezas a pensar más de lo debido en cosas nimias, te volverás loca, Claire —contestó, ásperamente, Van Damm—. Yo diré a la Policía que esta tarde iba a salir Harris con unos señores, clientes suyos o amigos, lo ignoro, y que se marchó. Yo saqué su coche...

Van Damm dudó, pensativo.

—Sacaste el coche, ¿para qué? —murmuró ella, mirándole con desconfianza—. Como no tengas bien pensada la coartada, te pescan, Franz. Lo peor son las contradicciones, el no poder probar lo que se dice.

—Bueno, para salir contigo. Somos amigos, y nada tiene de

particular que sea así. Tu testimonio valdrá, y con eso la coartada será perfecta —contestó Van Damm—. ¿No te parece bien?

—Me desagrada que me metas en eso, Franz. ¿No podrías inventar otra cosa para esa coartada? El coche se encierra en el garaje cercano a dónde vive Harris, ¿no? Pues déjalo aparcado en cualquier lugar marcado.

—Y nos quedamos sin él —farfulló Van Damm, descontento—. O por lo menos me costaría mucho trabajo recuperarlo de manos de la Policía. Vale por lo menos mil quinientos, por muy bajo, este coche, para dejarlo tirado.

—Yo creo que será lo mejor, Franz, dejarlo en un «*parking*», y así lo tienes tú necesidad de explicar si lo usaste esta tarde y para qué —contestó, tozudamente, la muchacha—. Vamos a entrar en Manhattan. ¿Qué hacemos?

—No lo sé, ¡diablos!... La Policía me va a preguntar, de todas maneras, qué hice esta tarde, sin coche o con él. He de presentar una coartada, y para eso necesito otra persona, por lo menos, que la apoye.

—Yo misma —replicó Claire, con decisión—. Estuviste en mi casa toda la tarde. Somos amigos, y todo eso. Pero lo que no quiero es meterme en que fuimos los dos en este coche, porque la Policía piensa mal siempre.

—Está bien. Si tú apoyas mi declaración, eso es diferente. —Van Damm sonrió, agradecido—. Entonces vamos a dejar el coche en cualquier zona de aparcamiento, lejos de Greenwich Village. Es lástima tener que perderlo; pero ya ganaremos para otro. Conduce hacia el Hospital Bellevue. Hay allí un «*parking*» muy grande, con cientos de coches, y lo dejaremos sin peligro.

—Después iremos a casa de Harris para registrar y coger lo que nos interesa —dijo la muchacha—. El dinero, los brillantes...

—Sí. Ya sé lo que debemos coger y dejar, descuida. Hay que tener cuidado al hacerlo, porque la Policía me llamará y he de informar sobre todo. Harris no tenía mucho dinero en cuentas corrientes, por no exponerse a que investigasen sus fondos para exigirle impuestos. De todas maneras, yo sé falsificar su firma —rió bajito, con expresión de astucia.

—No lo dudo. También tú eres de cuidado... —murmuró la muchacha, sonriendo maliciosamente—. Pero no pretenderás

falsificar un cheque y cobrar el saldo del Banco cuando él ha sido asesinado, y encontrarán su cuerpo enseguida... Te pondrías al descubierto, supongo. Mejor será que no lo intentes.

Llegaban ya al este de la ciudad, y Claire tomó la dirección del Bellevue Hospital. Cuando detuvo el coche, entre una triple fila de coches allí aparcados, Van Damm la contuvo al ir a apearse ella.

—Espera, nena. Hay que quitar nuestras huellas antes. Saca un paño de gamuza que hay ahí dentro del bolso de esa portezuela, y limpia bien todo el tablero ese. Aunque llevas guantes, no importa. Frota los pedales del freno y el acelerador. Los pies también dejan huellas. Tira la colilla del cigarrillo que has fumado. Yo voy a hacer un paquete con lo que le quité a Harris. Aquí hay periódicos atrasados.

Sacó del bolso de la portezuela del lado derecho los papeles, haciendo un paquete con todo.

—Listo ya —dijo la joven, mirando lo que había hecho—. Atrás no hemos estado —miró también el asiento posterior, inspeccionándolo—. ¿Vamos?

—Vamos. ¡Qué lástima de coche! —Dio un golpecito amistoso en el volante, apenado, cómicamente—. En fin, nos compraremos uno cada uno, y en paz.

—Yo quiero un coche europeo —advirtió Claire, cuando estuvieron alejados de los vehículos allí aparcados—. Un Jaguar, un Armstrong... Los coches americanos son chillones, ordinarios, propios de nuevos ricos...

—Lo que vas a ser tú, precisamente —interrumpió Van Damm, humorísticamente—. Bueno, perdona. Tú eres una mujer exquisita, delicada, que se desmaya en cuanto ve que se derrama una gota de sangre...

Claire le miró ferozmente, apretadas las mandíbulas.

—Te aconsejo, Franz —dijo, con voz sibilante, cargada de amenazas—, que no tomes la costumbre de recordarme lo que he hecho, lo que hemos hecho, porque no fuiste tú espectador, precisamente. Si lo haces como amenaza... Como chantaje, mejor dicho...

—Ni pensarlo, hermosa —contestó Van Damm, sonriendo con ironía—. Ha sido una broma, y nada más. Los dos estamos metidos en el asunto hasta el cuello, y lo que debemos hacer es seguir

siempre juntos, amparándonos mutuamente.

Tomaron un taxi en la misma calle, pero después de recorrer a pie dos manzanas, y el coche comenzó su recorrido desde el este de la ciudad al oeste, en Greenwich Village, el pintoresco barrio bohemio y típico.

—Tenemos la suerte de que aquí no hay ningún fisgón conserje de día —murmuró, quedamente, Van Damm, al entrar en el ascensor—. Y los vecinos son muy pocos. Apenas si los conozco, ni ellos a mí. Vamos a poder hacer las cosas bien y sin precipitaciones. Soy metódico, hermosa, ya lo sabes.

Cuando Claire y Van Damm entraban en el domicilio que fuera de Harris Grahame, es decir, casi una hora después de haberlo asesinado, un individuo que vivía en una villa situada a media milla escasa del lugar del suceso, iba paseando tranquilamente por la carretera tomando el sol y la fresca brisa. Delante de él correteaba un perro, husmeándolo todo, ladrando alegremente a su amo para que éste cogiera una piedra y la arrojara lejos, yendo a cogerla él.

El individuo, la pipa en la boca, marchaba despacio, mirando hacia el mar, unas veces, y otras a su perro, con cierta impaciencia, porque eran muchas las veces que el can le pedía el mismo juego de la piedra.

Le oyó, de repente, ladrar furiosamente, tras lanzar un aullido que a Peter Ewen, el paseante, le sonó mal, como cuando ventean la muerte ciertos animales, entre ellos los perros. «Hunter», como su nombre indicaba, era un can de caza, un hermoso «setter», color rojizo, inteligente, leal y juguetón, porque solamente tenía año y medio de edad.

Silbó Ewen al perro, haciendo ademán de inclinarse para coger una piedra y arrojarla para que cesara en sus ladridos y aullidos quejumbrosos. Pero «Hunter», mirando a cierto lugar, entre las dunas y matorrales, ladraba más y más, impaciente. Era a algo que estaba en la arena, pensó el paseante.

—¡Deja eso, y calla, maldito! —chilló Ewen, impaciente, deteniéndose—. ¡Ven aquí, «Hunter»!

El can se apartó, como obedeciendo, la cola baja, pero luego volvió al mismo lugar que tanto le excitaba, y ladró con más fuerza, mirando a su amo y moviendo la cola. Esto, repetido varias veces, intrigó a Ewen.

—¡Vamos, no seas idiota! —gritó, amenazándole con la mano—. ¿Qué es lo que te pone así?

Avanzó hacia donde «Hunter» estaba, ladrando y aullando. El perro ladró más fuerte e inquieto, animando a su amo a que fuera allí, entre la arena y los matorrales.

Ewen quedó rígido, la pipa humeante en la boca, pero inclinada hacia abajo, como si se le fuera a caer al suelo, contemplando el cadáver de Grahame. Su respiración se cortó durante unos segundos, paralizada por el asombro y el horror, el perro le miraba atentamente, moviendo el rabo, cual si esperase ser felicitado por su hallazgo.

—¡Dios, está muerto! —exclamó el paseante. Se lo indicaba así el hecho de que varias moscardas zumbaban sobre la cara ensangrentada de Grahame.

Se inclinó y, tras vacilar un poco, tomó el pulso en la muñeca derecha del cadáver. Se levantó, pálido, mirando a su alrededor.

—¡Vamos, «Hunter»! ¡Hay que avisar a la Policía! —exclamó, recobrando un tanto la serenidad—. Si esto no es un asesinato es que yo no me llamo Ewen. ¡Cuatro balazos que le han metido!

Salieron el hombre y el perro a la carretera, corriendo, Y no aflojaron la marcha, pues Ewen era joven y ágil, hecho al deporte. En cuanto al perro, creyendo que seguía el juego, se adelantaba y ladraba pidiendo le echasen piedras que coger y llevarle.

Media milla más allá, en las cercanías de la población de Long Beach, estaba parado un coche patrulla policíaco de vigilancia de carreteras. El conductor y su acompañante vieron llegar corriendo, manoteando, a Ewen y a su perro. Conocían al vecino, que vivía en una villa por allí cerca, y por ello se asombraron al verlo tan excitado.

—¡Oigan, amigos! —exclamó Ewen, jadeante, cuando llegó al coche—. ¡He encontrado una cosa mala! ¡Hay un hombre muerto, asesinado, allá abajo!

Pocas palabras más, y todos subieron al coche, que partió a toda velocidad hacia el lugar donde yacía el cadáver de Grahame. Los dos agentes procedieron con cautela para no borrar posibles huellas. Vieron al muerto y comprobaron, a su vez, que lo estaba sin lugar a dudas.

—Dilo en Jefatura —ordenó el agente Muir a su compañero. Y

de esta manera, empleando el teléfono inalámbrico, cinco minutos después, en Centre Street, la sede de la Policía Metropolitana neoyorquina, enviaba media docena de coches con personal investigador, y se daban las órdenes oportunas para sucesivas averiguaciones respecto al muerto, las causas de su asesinato y forma en que sucedió.

Cuando llegó el teniente de la Brigada de Homicidios McCormick y vio el cadáver, sucedió algo inaudito, que hizo que sus subordinados le miraran admirativamente.

—¡Por Dios! —exclamó, inclinándose para que la luz de la linterna eléctrica de un agente enfocara bien el rostro de Grahame. Era ya de noche, y los de las huellas habían, trabajado aprisa, ante la carencia de claridad. ¡Ésta sí que es buena! ¡Se le ha escapado la presa al

F. B. I.

y miren dónde y en qué forma aparece!

—¿Qué quiere decir? —preguntó el forense, Forrestal, mirando al teniente con curiosidad.

—Este individuo es un tal Grahame, sujeto a vigilancia por el

F. B. I.,

y antes por nosotros, porque nos olía que se dedicaba a negocios de contrabando. Piedras preciosas seguramente —aclaró el teniente de paisano, las manos sobre las caderas, observando el rostro del cadáver atentamente—. Sargento Blund, haga el favor de comunicar con la División y decirles que..., eso, que tenemos a su disposición uno de sus vigilados, pero que no va a despegar los labios. Que venga el agente especial Worthen, que lleva el asunto, según me dijo.

Funcionó el teléfono inalámbrico, movilizando ahora al

F. B. I.,

la formidable organización federal para la represión del crimen, el espionaje, los contrabandos diversos y tantas otras cosas atentatorias al bien común.

Tres cuartos de hora después, un coche se detenía ante los de la Policía, y de él bajaba un hombre solamente, en contraste con las espectaculares movilizaciones de la Policía.

—Hola, Worthen —dijo el teniente McCormick, tendiendo la mano al agente especial, un gigante de movimientos ágiles, que

llevaba una cartera de mano—. Le tenemos reservado un cadáver. Un conocido suyo. ¿No es Grahame? Mire a ver...

El agente especial avanzó y miró el cadáver a la luz de varias linternas eléctricas de mano de los agentes. Se levantó, quitándose de las rodillas un poco de arena.

—Sí, es él —contestó secamente—. Asesinado, ¿no?

—Sin lugar a dudas —afirmó el forense, Forrestal—. Cuatro balazos desde muy corta distancia, sobre todo el de la frente. Los cuatro mortales. En el pecho, la garganta y la frente. Creo que con pistolas de diferentes calibres, pero eso lo veremos en la autopsia. Bueno, ¿hay algo que impida el que este cuerpo sea llevado a la Morgue?

—Usted dirá Worthen. Mis muchachos han sacado huellas de neumáticos de un coche y algunas de pies, pero al hundirse en la arena, aparecen deformadas y poco claras.

—Un momento, señor Worthen —intervino Turpin, especialista en huellas, mostrando su cartera de mano—. Aquí tengo fotografías de esas huellas, que le daré luego, pero estoy por decir que entre ellas hay de zapatos de mujer. Tamaño más reducido, agujero del tacón en la arena, ya sabe... Me parece que, con el muerto, había otro hombre y la mujer. Ya lo verán ustedes.

—Gracias por todo, amigos —respondió el agente especial—. Aquí no queda, por mi parte, y después de haber husmeado ustedes —sonrió amistosamente—, nada que hacer, al menos hasta mañana por la mañana. ¿Vamos, McCormick?

—Vamos. Sargento, que metan el cadáver en la ambulancia, y a la Morgue. Nosotros dejamos en manos de Worthen el asunto, puesto que era de ustedes. Un hombre que no hablará, muchacho... Lástima, ¿verdad?

—Lástima, sí —contestó el agente especial, yendo hacia el coche—. Todavía estaba el asunto en sus inicios, pero ahora se pondrá peor. Más hay otras pistas y otros tipos... McCormick, gracias por todo —le tendió la mano, que el teniente, riendo, le ofreció cerrada, temeroso de que, como ya sabía muy bien, el joven agente especial medio se la descoyuntara en el apretón.

—Suerte, muchacho —respondió el teniente, con afecto—. Estamos para ayudarnos, ¡qué diablos! Mañana recibirá usted todos los datos adquiridos. Y si los necesita esta noche, se le envían.

—Mañana por la mañana será mejor. He de informar al inspector y que resuelva ante esta complicación. Grahame era un hombre muy misterioso, pero su asesinato es más misterioso todavía. Cosa de rivalidades entre los «gañgs», seguramente. Buenas noches.

De esta forma, el agente especial Worthen se encontró, efectivamente, con una complicación inesperada al hallar asesinado a un hombre por el que el

F. B. I.,

se había interesado, más y más como sospechoso de contrabandear piedras preciosas, aunque ocultaba esta actividad con la apariencia de ser un honrado representante de artículos eléctricos, coches y otras cosas.

El agente especial Arvel Worthen tenía 33 años de edad, y llevaba en el

F. B. I.,

cuatro años. Abogado, licenciado en Ciencias Económicas, contable, excombatiente en Europa y Asia, su ingreso en la entidad dependiente del Ministerio de Justicia fué relativamente fácil, dados sus méritos. Por otra parte, era un gigante, ducho en atletismo, boxeo, judo, lucha libre, automovilismo, aviación y paracaidismo.

Aunque muy alto, era esbelto su cuerpo ágil cómo el de una pantera, desprovisto de grasa. Era moreno, con el pelo negro y los ojos grandes, inteligentes, de mirada amable, alegre, como lo era su rostro algo anguloso, apacible, de labios finos, casi siempre esbozando una sonrisa afable.

El inspector jefe de la División neoyorquina, una de las más importantes del país, le había encomendado, en principio, se ocupase de aquel asunto, un tanto confuso, de la entrada de piedras preciosas, que se acusaba, desde hacía meses, en Nueva York especialmente.

Y Arvel Worthen, con su sonrisa de muchacho bueno, su mirada serena, alegre, que ocultaba una inteligencia y perspicacia singulares, fué explorando el camino a las averiguaciones y deducciones que le permitirían descubrir que, en efecto, las gemas entraban sin pasar por la Aduana, sin ser registradas en ciertos comercios del ramo. Había, pues, contrabando activo, y bastante importante.

Worthen llevaba las cosas con meticulosidad y paciencia. Cada paso que daba, no era para desandarlos nunca.

Pensaba que era mucho mejor llegar a su tiempo a la total averiguación, lentamente, que caer en un fracaso por precipitación o por establecer una serie de falsas averiguaciones que le abocaran a encararse, con todas las de perder, por falta de pruebas, a los astutos mercachifles y contrabandistas de piedras preciosas, que le pondrían en ridículo, personalmente, y ante sus jefes. El

F. B. I.,

no podía fracasar cuando actuaba, porque si actuaba era porque algo real existía.

Gardiner estaba de guardia aquella noche cuando Worthen fué a darle cuenta del asunto del hallazgo de Grahame, muerto, en Long Beach. Gardiner era el inspector jefe de la División de Nueva York. No había cumplido los cincuenta años, y casi desde la fundación del F. B. I.,

figuraba en sus filas, procedente de la Policía Metropolitana y como abogado criminalista.

Alto, membrudo, de rostro rojizo, rubio igualmente rojizo el pelo, de ojos penetrantes en su mirada, su actuación era una garantía siempre de eficiencia. Muy ducho en el conocimiento de los bajos fondos de las ciudades principales de la Unión, de la especial, psicología de los maleantes y «gangsters», en sus múltiples actividades era sereno, reflexivo, y sus hombres habían de serlo también, bajo su mando inteligente y ponderado.

Sentados ante la mesa de despacho de Gardiner, el agente especial informó someramente de aquel hallazgo macabro, hecho por la Metropolitana.

—Esta muerte de Grahame viene a confirmar mi hipótesis —dijo el joven agente— de que el individuo se movía en un ambiente poco honorable.

—Indudablemente —aseguró Gardiner, chupando de la pipa que tenía en la boca—. La lástima es que se nos ha marchado de esta manera. Pero sus asesinos quedarán, y ellos han de explicar muchas cosas. No se desanime por eso, Worthen. Quizá nosotros hubiéramos tenido que matarlo, de haber llegado a acusarlo formalmente. Esas gentes no levantan las manos tan fácilmente cuando se ven acorraladas.

—¿Le parece que esta misma noche, ahora, vaya al domicilio de Grahame y haga un registro, por si de él se pueden adquirir datos interesantes? Creo que ahora hay que proceder con rapidez.

—Hágalo, muchacho. Me parece muy bien esa idea. Hay que procurar coger la punta de la madeja y no soltarla hasta llegar al otro extremo. Le ayudarán...

—Perdone, señor, pero me gustaría seguir adelante yo solo, en tanto esto sea posible. Han matado a Grahame con mucho sigilo, y también debemos emplearlo nosotros. Si le parece bien... —dijo el joven, consultando con un gesto a su jefe.

—Bueno, Worthen —sonrió Gardiner, cambiando la pipa de lugar entre los labios gruesos—. Quiere llevarse todo el mérito del éxito que se obtenga, ¿eh? Me gusta que mis muchachos puedan valerse por sí mismos, en tanto no se comprometan excesivamente ni fracasen por excesivo amor propio. Siga, pues, el camino emprendido, pero pida ayuda si hace falta.

—No dude que así lo haré, jefe. No lo hago por atribuirme tal mérito, puesto que en el F. B. I., no triunfa un hombre, ni dos, sino el mismo

F. B. I.

Lo digo porque la rapidez en la actuación no permitiría, quizá, poner en antecedentes a otros camaradas.



ANTES, AHORA Y SIEMPRE TRIUNFA EL

F. B. I.

UNICA COLECCION EN EL MUNDO
QUE REFLEJA LA AZAROSA VIDA DE LOS FA-
MOSOS AGENTES NORTEAMERICANOS
¡COLECCION TRADUCIDA A OTROS IDIOMAS!

CAPÍTULO V



ACÍ las once y media, el agente especial Worthen detenía el coche ante la casa donde vivía, hasta abandonar este mundo a manos de sus secuaces, Harris Grahame.

Le abrió el portal el conserje de noche, que le miró curiosamente, un poco asombrado ante la imponente figura que tenía delante.

—¿En qué piso vive el señor Harris Grahame? —preguntó el agente federal, mostrándole la insignia del F. B. I.

—¡Ah! —El conserje o sereno se inmutó visiblemente al ver con quién tenía que habérselas—. Perfectamente, señor. Pues en el

tercero. Le pondré el ascensor. Debo advertirle que no está en, su piso. Y vive solo, de manera que nadie le va a abrir...

—Usted mismo, amigo —repuso sonriendo Worthen—. ¿No tiene doble llave de los pisos, o las dejan los inquilinos cuando salen de noche?

—Como tener, sí, la tengo —objetó el conserje, vacilante—. Pero debe suponer lo que sucederá cuando se entere el señor Grahame que usted ha entrado en su casa durante su ausencia. ¿Un registro, acaso?

—Supongamos que sí. —Worthen hizo que su sonrisa fuera más apacible, cual si no diera importancia a lo que decía—. En cuanto a Grahame, le aseguro formalmente que jamás pondrá aquí los pies. Está en la Morgue, si sabe lo que es eso. Deme la llave, por favor.

—¿Y? —exclamó el conserje, ya entrado en años, fiel cumplidor de su deber—. ¿En la Morgue, dice? ¿Muerto? ¡Dios!...

—Asesinado. Mañana por la mañana lo dirán, seguramente, los diarios, y por eso le anticipo la noticia. Ha sido asesinado. ¿Le sorprende mucho esa clase de muerte para el señor Grahame? Con franqueza...

—¡Vaya, que una muerte así siempre sobrecoge, señor! —exclamó el viejo conserje, estremeciéndose—. Sin embargo, en el señor Grahame... No sé, pero me era profundamente antipático, y que me perdone Dios si ahora parece que quiero echarle cieno encima, cuando debiera pedir que lo perdonase quien todo lo puede. Era un hombre... atrabiliario, si me entiende.

—Sí. No le gustaba nada, y se concibe. Siga, amigo —animó el agente especial—. Lo que me diga va a un pozo, no lo dude.

—Poco he de decir ya. No me gusta criticar a un muerto, la verdad. Pero era un juerguista, borrachín, tenía tantas amigas como días tiene el año, daba escándalos en su casa... Yo le dije al dueño de esta casa, más de una vez, que los demás vecinos estaban molestos con él y que debía echarlo, pero no se me hizo caso.

—Un pecador comparece ante Dios, amigo —murmuró el agente especial en tono serio—, y ahora no le valdrá ser un pillito astuto. Bien, voy a hacer un pequeño registro. Ya sabe que los del F. B. I.,

estamos facultados para esto sin previa orden judicial. ¿Tiene inconveniente en darme la llave del piso?

—Ninguna, señor. Creo lo que me dice, porque ya he oído decir eso de ustedes. Suba y haga lo que le parezca. Pero conviene que después comuniquen al dueño lo sucedido, para que no me chille.

Worthen, con la llave en su poder, subió al piso que ocupara el difunto Grahame y abrió la puerta. En la cartera de mano que llevaba iba un estuche para forzar cerraduras, en el caso de no encontrar las llaves de muebles a mano.

Encendió las luces de las habitaciones, examinando en conjunto el mobiliaje y adornos que Grahame, con relativo buen gusto, había diseminado por las habitaciones. El agente especial pensó que el asesinado dispuso de bastante dinero para rodearse de aquél lujó y comodidades. También la casa y el distrito, Greenwich Village, abonaban que el alquiler sería elevado. En fin, un hombre adinerado, tal vez con suerte, tal vez gracias a sus sucios negocios.

Entró en el despacho. En un rincón, sobre una especie de tarima había una caja de caudales, pintada de negro brillante. Worthen la examinó y vio que el dial de la combinación estaba en punto muerto; sin conocer la clave no podría abrirla. Pero eso lo haría un perito de la División al día siguiente.

Los cajones de la mesa de despacho estaban cerrados con llave, pero sin ella a la vista. El agente federal sacó las llaves maestras del estuche que llevaba y probó tres. A la cuarta, el cajón central se abrió sin estropear la cerradura. Poco después, todos estaban abiertos.

Había carpetas con correspondencia comercial, de casas que al parecer tenían como representante a Grahame. De artículos eléctricos, de una marca de coches de tercera categoría, de una fábrica de goma de mascar y de otros artículos diversos. Pudo conjeturar que aquellas representaciones tenían poca importancia. Los pedidos cursados por Grahame a sus casas representadas lo acreditaron así, al examinarlos con cierto detenimiento. Allí no había negocio que diera las comisiones legales para sostener el tren de vida y la casa del individuo aquel. Había, por lo tanto, otro asunto, el principal, que le había redondeado la fortuna que debía tener.

Metódicamente, Worthen fué registrando los cajones. Halló en uno de ellos, al final, entre papeles empolvados, como ocultándolo, un estuche de madera, que abrió, lleno de curiosidad.

Contenía quilateros. Una placa de metal con ciertos agujeros, por donde se pasan los brillantes y diamantes, y en razón a su tamaño se saca la categoría de dichas piedras preciosas, según que los agujeros sean mayores o menores. También el estuche contenía una tabla de quilates, varias potentes lupas para examinar las facetas de las piedras y una balanza diminuta para pesar éstas, así como una especie de compás, de patas curvadas, para medir las indicadas piedras.

Este hallazgo hizo sonreír ampliamente a Worthen. Grahame se ocupaba de piedras preciosas, por lo visto. Sin embargo, en las correspondencias que vio no había nada relacionado con representaciones de ningún joyero o tratante al por mayor de piedras preciosas. Lo del contrabando, pues, se confirmaba.

La sospecha de que Harris pudiera ser un contrabandista nació de un confidente, que había visto a Grahame en un bar hablando con cierto individuo, sospechoso también de dedicarse a vender piedras preciosas por su cuenta, de origen misterioso.

El

F. B. I.,

después, extendió la vigilancia sobre Grahame, puesto que el otro individuo era muy conocido como un pobre diablo que igual vendía joyas roñadas, piedras sueltas, de contrabando, drogas y cuanto pudiera producirle una ganancia modesta.

Guardó en su cartera de mano el estuche de madera y siguió examinando papeles, libros de contabilidad, dietarios. En uno de éstos encontró algunas partidas de gastos, de bastante importancia, a nombre de C.

K. Entregas

en dinero de dos mil, tres mil, cuatro mil dólares por mes, aproximadamente. También halló otras partidas a nombre de F., de mayor importancia, relativamente. Grahame, a la vista de estos dietarios, gastaba fuertes sumas en aquellas dos personas: C. K., y F.

En el libro de cuentas corrientes con Bancos, halló un movimiento bastante importante de fondos, especialmente en el National City of New York, donde el saldo, sacado hacia un mes por Grahame, arrojaba más de ochenta mil dólares, sin que las partidas de extracción fueran importantes.

El agente federal sacó el total de los fondos de Grahame en

dichos establecimientos bancarios y silbó de asombro al ver que daban más de doscientos mil dólares. No era posible que semejante fortuna la obtuviera Harris con aquellas representaciones de tan poca importancia, que, a no dudar, eran la tapadera bajo las que ocultaba, con apariencias de decencia, el negocio básico y estupendo del contrabando de brillantes.

Todo lo apiló sobre la mesa, para que al siguiente día, con más calma, lo examinaran los peritos de la División, extendiendo las averiguaciones en los Bancos y casas representados por Grahame.

Vio un indicador de teléfonos para uso personal, y lo examinó con atención. Estaba por orden alfabético y halló bastantes nombres, números de teléfonos y direcciones. Aquel indicador tenía mucha importancia, y por eso Grahame lo había tenido guardado en un cajón, en el central, bajo llave.

Vio un nombre escrito, y de nuevo silbó al leerlo. Solamente decía «Claire», y el número del teléfono. Estaba también «Franz». Worthen ya sabía que el tal «Franz» era el segundo, secretario o socio de Harris. Un holandés. Y después más nombres, sin, apellidos muchos de ellos, y otros con iniciales. Pero como en todos se indicaba el número del teléfono, para el

F. B. I.,

sería sumamente sencillo sacar el nombre, apellido y dirección de todos los enumerados en la confidencial lista.

Abandonó la mesa de despacho y verificó una inspección ocular de otros muebles. Grahame gastaba mucho en trajes, gabanes, trincheras, corbatas, zapatos y ropa interior. Todo ello caro, de buen gusto, lujoso.

También guardaba un gran surtido de licores y vinos. Tenía varias pitilleras de oro y plata, con piedras preciosas algunas, y cajas de habanos, cigarrillos de todas las marcas nacionales y extranjeras, tabaco de pipa. Worthen hacía deducciones mentales, bastante ahombrado, para sacar la conclusión de que Grahame ganaba un dineral y gastaba mucho.

Terminó el registro dos horas después de haber entrado allí. Quedaba por ver el interior de la caja de caudales, de buena marca. Era dudoso que en ella guardara Harris las piedras preciosas, si es que no se trataba de un tonto, y, desde luego, no había demostrado serlo, a juzgar por la forma de crearse una fortuna bastante grande.

Miró detrás de los diversos cuadros, de buenas firmas, por si tras ellos había otras cajas fuertes ocultas en la pared, o detrás de los lienzos. Hizo otras investigaciones en la cocina en el vertedero de basuras para ser quemadas, en los colchones de las dos alcobas, en el interior de jarrones, ánforas y portátiles para luz así como en los sillones, juzgando por las costuras del tapizado si había partes movibles o escondites.

Decidió abandonar el piso. A la siguiente mañana, sus camaradas peritos en huellas y registros cribarían a fondo todo cuanto allí se hallaba. Nada quedaría por averiguar.

Bajó al portal. En conserje de noche estaba adormilado, en su cabina, y despertó cuando Worthen le dio un golpecito amistoso en un hombro.

—¡Ah señor! —exclamó, sonriendo—. Esta casa es muy tranquila por la noche. Casi nadie entra ni sale, y menos a estas horas, más de la una. Uno puede echar buenos sueñecitos. Bien, ¿y qué ha visto? Si puede saberse...

—¡Bah! Lo que suele haber en casa de un hombre que tiene bastante dinero —respondió el agente federal en tono evasivo—. No estaba allí el asesino de Grahame, desde luego. Me marchó ya. Y me llevo la llave del piso, para que mañana por la mañana vengan otros agentes a examinar todo de nuevo.

—No sé si eso... —murmuró el sereno, pensativo—. Ignoro si tenía parientes el señor Grahame, y si vienen y quieren entrar...

—No podrán, desde luego. Antes hay que inventariar muebles y cosas, examinar todo. Tenga en cuenta que se trata del domicilio de un asesinado, y por lo que encontremos allá arriba podríamos quizá descubrir a quienes lo mataron. No puede entrar nadie, sino nosotros, ¿comprendido?

—Está bien, señor. Si alguien lo pretende, que vaya a entenderse con ustedes. Mejor para mí, en medio de todo —murmuró el conserje.

Ya en la calle, desierta, silenciosa, Worthen entró en el coche y puso en marcha el motor. Sabía la dirección de Franz Van Damm y la de Claire Ketcham. Y la de algunas amigas de Grahame. Pero ahora le atraían más Van Damm y Claire, la azafata de la Atlantic Air Lines. El primero, por ser secretario, socio o lo que fuera de Grahame. Y ella..., no sabía bien por qué, pero en buena lógica

había que presumir era la que podría trasladar, en el avión en el que servía como azafata, las piedras preciosas adquiridas en Holanda. Por eso verificó aquella visita al director de la sucursal u oficina de la compañía aérea días antes.

Arrancó el coche, camino del lejano Brooklyn, en Killary Street. Era la una y media pasadas de la madrugada, hora por demás intempestiva para visitar a una muchacha en su casa, pero también, con toda seguridad, para encontrarla allí, si es que no estaba bailando en algún club de noche.

Hacia las dos, detuvo el coche Worthen ante el edificio de departamentos donde tenía el suyo Claire Ketcham. Afortunadamente, había conserje nocturno, que le abrió la puerta sin demostrar asombro ni deseos de saber por qué iba a aquellas horas a visitar a una inquilina. Tal vez la vecindad del inmueble pertenecía a esa clase de gentes que viven de noche y duermen de día.

—¿No ha salido esta noche la señorita Ketcham? —preguntó el agente especial al conserje, cuando le hubo franqueado la entrada al portal.

—Esta noche no, señor —contestó en tono soñoliento el hombre—. Su departamento es el número seis, en el piso cuarto. Suba en el ascensor.

Worthen subió y se detuvo ante la puerta marcada con el número seis. Antes de oprimir el botón del timbre, tocó con la mano izquierda el bulto que hacia su revólver «Magnum» en la funda, bajo la axila. Podía estar ella sola, pero también acompañada, y era prudente ir prevenido.

Oprimió el botón del timbre. Su reloj pulsera marcaba las dos y ocho minutos de la madrugada. Sonrió al pensar que la azafata no mostraría mucho agrado al verlo, saber lo que era y lo que deseaba. Pero había un hombre muerto, que, aunque un granuja, no podía quedar impune el hecho de haber sido asesinado.

Volvió a llamar, ahora más prolongadamente, en vista de que la primera vez lo hizo discretamente y quizá la azafata no lo oyó.

En la rendija de la puerta, abajo, se hizo de repente una claridad. Sonó el chancleteo de unas zapatillas llevadas por una persona medio dormida que arrastraba los pies. En el pequeño orificio de la mirilla, que se abrió, brilló también un poco de luz.

—¿Quién es y qué desea? —preguntó una voz femenina, medio bostezando.

—Deseo hablar con usted, señorita Ketcham, si es usted, y la pido perdón por venir a hacerlo a esta hora —contestó afablemente Worthen.

—¿Y quién es usted, y perdone que se lo pregunte? —respondió la joven con voz seca.

—Me llamo Arvel Worthen, agente especial del
F. B. I.

—explicó, pacientemente, el agente federal—. Es algo urgente, y por eso la molesto.

—¡Vaya! Que yo sepa, señor Tal, yo no tengo nada que explicar al
F. B. I.,

y por lo tanto, como soy una señorita que vive sola, mejor será que espere a que sea de día, y entonces hablaremos. Puede sentarse en la escalera si lo desea...

—Muchas gracias, señorita Ketcham, pero por si lo ignora, estoy facultado para echar la puerta abajo sin mandamiento judicial, si se niega a franquearme la entrada. Acreditaré debidamente que soy del

F. B. I.

¿Desea que sea testigo el conserje de cuánto digo, mostrándole mi carnet y la insignia? —Worthen puso delante del orificio, un poco alejado, su carnet, de forma que mostrase el escudo y la designación del cuerpo—. ¿Lo puede leer?

—¡Está bien!...—sonó un cerrojo de cadena al ser quitado, y luego el pestillo. La puerta se abrió y el agente federal se encontró ante una muchacha muy bella, de rubio pelo, ahora echado sobre los hombros, alta, esbelta, cubierto el cuerpo con una ligera bata color salmón.

—Su documentación, haga el favor —exigió en tono agrio, la azafata—. ¡No pase, o chillo y levanto a los cuarenta vecinos que hay en la casa!

—Es muy justo, señorita Ketcham. —Worthen la entregó el carnet y la insignia. Claire le miraba con cierto asombro y admiración. Constató el rostro que tenía delante con el del retrato que llevaba el carnet y se lo devolvió con una sonrisa extrañamente

agradable, coqueta.

—Bueno, puede preguntar —dijo Claire, sin retirarse para que él entrara—. ¿O es que va a registrar mi piso? Temo de con la cabeza en el techo.

—No será para tanto —respondió suavemente Worthen, que también miraba un tanto admirativamente a la muchacha—. Yo diría que es usted la doble de...

—Sí, de Marilyn Monroe —terminó ella, riendo—. Muchos me lo han dicho. Bueno, comience... La verdad, es que eligen ustedes unas horas para hacer preguntas raras... ¿Le interesa mi vida privada? ¿En qué sentido?

—Me interesa no molestarla excesivamente, señorita Ketcham —se volvió cuando una puerta, muy cerca, se abrió y salió al pasillo un hombre, en pijama, seguido de una mujer, ambos con cara de disgusto.

—Vamos, jovencitos —murmuró el hombre en tono regañón, de mal talante—. Dejad dormir en paz. Usted, adentro o a la calle... —señaló con un dedo al agente especial, que sonrió festivamente.

—Bueno, pase usted —replicó Claire, despectivamente—. Y ustedes, cuando llegan más tarde que ahora, borrachitos, gritando o zurrándose, ¿no se acuerdan de que también molestan? Valiente gentuza...

Dio un portazo cuando el agente federal entró, mirando a su alrededor con curiosidad.

—Pase usted, amigo —la sonrisa de Claire se hizo nuevamente amistosa, coqueta, insinuante, mostrando la blanca y bella dentadura—. Tiene cara de sueño, pobre... Venga a mi gabinete y le daré una taza de buen café, cargado, y una copa de «*whisky*». ¿Y por qué es usted agente del

F. B. I.,

señor Worthen, con ese tipazo, esa estatura y esa carita de niño bueno? —rió alegremente, cogiéndole de un brazo para guiarlo por el pasillo—. En Hollywood haría su suerte... ¿Lo ha intentado?

—Muy amable, señorita Ketcham —contestó Worthen, intentando suavemente desasirse de la mano de la joven, pero no consiguió otra cosa que hacer la presión más fuerte alrededor de su brazo derecho—. En fin, otra vez la explicaré por qué soy del

F. B. I.

Ahora no quiero privarla mucho rato de su descanso.

Llegaron al gabinete, cuyas luces encendió la joven. Miró fijamente al agente federal, que a su vez la observaba sonriente, sin decidirse a sentarse en un sillón de los dos que había allí.

—Voy a hacerle la taza de café. Mire, en aquel mueble bar encontrará botellas y copas. Sírvaselo usted mismo —dijo Claire, con admirable serenidad—, y ¿cuántos pies y pulgadas tiene usted de estatura? Seis y...

—Haga el favor de sentarse y escucharme, señorita Ketcham —contestó, con firmeza, Worthen, sentándose a su vez—. No quiero café, ni «*whisky*», sino hacerle unas preguntas y marcharme cuanto antes.

—¿Qué tendrá que ver eso para que tome usted algo que le reanime...? —murmuró la joven, yendo al mueble bar y sacando una botella de «*whisky*» escocés, legítimo, y dos copas—. Vamos, bebamos a nuestra salud y buena amistad.



No existe publicación ilustrada más popular que

AVENTURAS DEL F. B. I.

Y tampoco logran igualar el interés de

JEQUE BLANCO

Únicamente puede comparárseles con ella, otra nueva creación de EDITORIAL ROLLAN

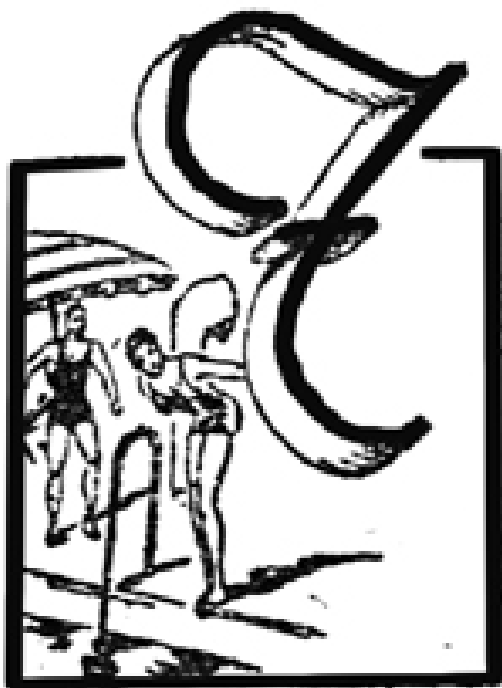
MENDOZA COLT

El famoso aventurero de sangre hispana, que recorre el salvaje y peligroso Far-West para cumplir una misión justiciera.

¡TODOS LOS JOVENES COLECCIONARAN

MENDOZA COLT!

CAPÍTULO VI



—¿TENÍA usted amistad o algún vínculo con el señor Grahame? —preguntó el agente federal, cuando, casi a la fuerza, hubo de beber la copa de «*whisky*» que Claire le ofreció—. Ya sabe usted, el señor Grahame, de Greenwich Village...

—¿Con Harris Grahame? —preguntó ella, poniendo cara de asombro y curiosidad—. Bueno, claro, es amigo mío. Solamente amigo, señor agente —sonrió picarescamente, colocando el bonito mentón sobre la palma de la mano izquierda, inclinando el busto ostentosamente—. ¿Qué hay con eso?

—¿Sabe usted qué clase de actividades tiene el señor Grahame? —Siguió Worthen, que tenía sobre una rodilla una libreta y en la

mano una estilográfica—. ¿Es hombre adinerado?

—¡Y para esto me ha despertado usted, muchacho! —exclamó la joven, aparentando enfado y mirando al agente federal fijamente, la sonrisa insinuante en los rojos labios sensuales—. Pues Grahame, según creo, tiene muchas actividades, que le dan múltiples ganancias. Y no creo que sea un hombre «malo» —rió con sorna—. Es decir, de los que se ponen fuera de la Ley. Tiene una suerte loca, y ve los negocios a cien millas...

—Sé que tiene representaciones, en efecto, pero son poco importantes, y no parece que le hayan dado muchos ingresos —refutó Worthen, con tranquilidad—. ¿Lo veía usted con frecuencia, señorita Ketcham?

—Mire, yo soy azafata de una Compañía aérea, entre Europa y la Unión, y estoy más tiempo metida en los aparatos que en tierra. Un mal oficio, señor agente —contestó la joven, frunciendo el ceño—. Pero hay que ganarse la vida honradamente. Eso ante todo. Me gusta divertirme, pero soy formal, honorable. En cuanto a ver a Grahame, pues... Una, dos veces al mes. También Harris es alegre, diablos...

—¿Le ha visto usted hoy, señorita Ketcham? —preguntó Worthen, aceptando un cigarrillo holandés de la joven y colocándoselo entre los labios.

—¿Hoy? Pues, no, señor agente. Le llamé por teléfono, porque hoy he llegado de Holanda. Pero me dijo que esta tarde tenía algo importante que hacer, y mañana saldríamos juntos. Grahame tiene cada día una chica con la que salir. Es muy alegre, muy generoso, juvenil... —sonrió ella con malicia—. Tal vez haya salido con alguna chica, aunque no puedo asegurarlo.

Worthen movió la cabeza, pensativo, mientras apuntaba en su bloc de notas.

—¿Sabe usted si Grahame tenía enemigos? —preguntó después, levantando la cabeza para mirar fijamente a la muchacha, que fumaba nerviosamente, sin dejar de observar, a su vez, al agente federal.

—¡Oh, sobre eso no puedo decirle nada! —exclamó Claire, tras pensar un instante—. Sé que tiene muchos amigos, y, sobre todo, amistades femeninas, pero ignoro si tiene enemigos. Yo creo que todo hombre muy activo, que se mueve en un ambiente social

donde hay que asistir a comidas, cenas, espectáculos, con muchas personas, puede tener enemigos. No olvidemos las rivalidades consiguientes, porque Harris era enamorado... Tiene mucho dinero y puede comprar, ya sabe, lo que quiera.

—De acuerdo. Una pregunta más, señorita Ketcham —dijo el agente federal, sonriendo levemente—. No dudo de su palabra, pero me gustaría que me dijera dónde ha estado esta tarde. Estoy haciendo una información un poco delicada, y me es obligado hacer esta pregunta.

—Nada más fácil de contestar, muchacho. —Claire se levantó de su sillón y, contoneándose, fué a sentarse preciosamente encima del brazo derecho del sillón donde descansaba Worthen.

El joven agente levantó la cabeza, sorprendido, mirándola. Ella le pasó suavemente una mano por la cabellera, negra, ligeramente ondulada:

—Eso no me ofende. ¿Le molesta que me haya sentado aquí, Arvel?

—Bueno... —El agente federal sonrió forzadamente—. No es lo corriente tal cosa... Parece que no me toma en serio, ¿eh?

—¿En serio? Mucho, mucho... —rió la joven, mirándole alegremente a la cara, inclinándose sobre él—. Bueno, le diré que esta tarde, toda la tarde, he estado aquí, en este gabinete, con un hombre amigo mío.

—Ya... —Worthen se levantó cuando Claire le ponía una mano en un hombro y se inclinaba más sobre él—. ¿Con quién, señorita Ketcham? —preguntó, mientras se sentaba en el sillón que ella dejara vacío—. ¿Cómo se llama?

—¡Oiga! ¡Esto ya va poniéndose pesado! —exclamó la joven, brillando sus hermosos ojos azules coléricamente—. ¡Es usted muy poco atento y parece que desconfía de mí por algo! ¿Qué es lo que pasa?

—Después se lo diré —contestó Worthen, con frialdad—. No olvide, que soy un agente del

F. B. I.,

y que estoy en acto de servicio. Y que cuánto me diga será la verdad estricta, o de lo contrario, sufrirá las consecuencias. ¿Con quién estuvo aquí toda la tarde? ¿Cómo se llama? ¿Quién es?

—He dicho la verdad, y seguiré diciéndola. No tengo interés en

ocultarla, señor agente —respondió Claire, desdeñosamente—. Esta tarde estuvo conmigo un individuo llamado Franz Van Damm, que es holandés y trabaja a las órdenes de Grahame. Somos amigos, y nada tiene de particular que nos veamos, digo yo... ¿Se llama eso coartada en el lenguaje de ustedes?

—Gracias. Parece, en efecto, una coartada. Muy bien preparada —murmuró Worthen, apuntando en su bloc—. ¿No ha hablado usted con Grahame ni con Van Damm esta noche?

—Van Damm se marchó de aquí hacia las ocho y media. No tenía por qué llamarlo para nada. Y tratar de hablar con Grahame, cuando sale a algo que no quiere decir lo que es, es inútil. No lo habría encontrado. ¿Quiere decirme, por fin, qué es lo que le ha traído a usted aquí y por qué tantas preguntas raras? ¿Qué pasa?

—Harris Grahame ha sido asesinado esta tarde, en Long Beach, señorita Ketcham —respondió Worthen, mirándola fijamente—. A balazos...

Claire, lanzando un ahogado grito de asombro y espanto, se levantó del sillón. No estaba pálida, porque realmente no se sentía emocionada ni sorprendida dolorosamente. El grito podía lanzarlo, y en un tono casi angustioso, como excelente farsante que era, así como abrir mucho los ojos y la boca, imitando perfectamente la sorpresa y el horror.

—¡Asesinado Harris! —exclamó, con voz trémula, juntando las manos y mirando incrédulamente al agente federal—. ¡Eso es horrible! —Se levantó del sillón, y quedó en pie, las manos sobre las caderas, pensativa—. Y, sin embargo, señor agente —se volvió hacia Worthen, que la observaba con gran atención—. Grahame, ya se lo dije, podía tener malos enemigos, ya lo creo. Hombres celosos, porque él se enamoraba de aquellas que estaban en relaciones con otros hombres, y se las birlaba. Podía comprar, hacer malas jugarretas... ¿No lo cree usted así?

Worthen se encogió de hombros. Estaba constatando, al mismo tiempo que la gran hermosura de aquella mujer, su indudable inteligencia, su serenidad absoluta, con un dominio de nervios admirable. Consideraba que una criatura como aquélla, tan bella y tan inteligente, sería grande desgracia que viviera al margen de la Ley. Y que hasta pudiera ser peligrosa.

—¿Sabe usted si Grahame, señorita Ketcham, obtenía ingresos

por otros conductos que no fueran los de sus representaciones, por otra parte tan poco importantes? —preguntó, volviéndose hacia ella, pues Claire había vuelto a sentarse, silenciosa, como si estuviera sumamente afectada.

—¡Yo qué sé! —exclamó la joven, haciendo un gesto de aburrimiento—. ¿Cree usted que él me contaba lo que hacía, lo que ganaba, cómo lo ganaba? Éramos amigos, y en un sentido diferente a como me parece está pensando usted. Me invitaba a cenar, a bailar... Me ha regalado algunas chucherías, en fin. No soy yo de las que complicaban su vida, por mi oficio, ya se lo he dicho, y porque mi moral no es ésa.

Worthen se levantó del sillón, cerrando su bloc de notas con un gesto decidido. Miró a la joven cara a cara, muy serio, pero sereno.

—Creo que no me ha dicho usted toda la verdad, señorita Ketcham, a pesar de que se lo pedí, por su propio bien, ante todo. Lo siento, créame. Tengo pruebas para demostrar que Grahame se dedicaba al contrabando de piedras preciosas, procedentes de Holanda. ¿Quién se las traía?

Claire sí palideció ahora de veras. Sus ojos verdes parecieron perder brillo, y la respiración se le hizo anhelante, como trabajosa. Se llevó las manos al pecho, quizá para contener los latidos del alborotado corazón.

—¡No me diga! —murmuró, en tono entrecortado, intentando sonreír con expresión irónica—. Es lo último que yo hubiera creído en Harris. Que se dedicara a traficar en brillantes traídos de Holanda... Usted no tiene idea de lo difícil que es traer una sola piedra de allá. Lo sé yo muy bien, porque voy a Holanda dos veces por semana, y lo he observado. Y parece que usted quiere enredarme en esa tonta sospecha, ¿no? Dice que no he sido sincera... ¿Cree que yo...? —rió fuertemente, moviendo la cabeza, como si el agente federal hubiera dicho una tontería, muy grande.

—Está bien, señorita Ketcham. Yo no he dicho que usted haya traído brillantes de Holanda para entregárselos a Grahame, Eso no puedo probarlo... por ahora. Pero es indudable que Grahame traficaba con eso. Lo demás, vendrá por añadidura, no lo dude.

—Que venga es lo que deseo. Que sea la verdad —respondió duramente la muchacha, las manos sobre las caderas, en actitud desafiante—. Mientras tanto, muchacho, le voy a decir —puso una

mano sobre un hombro de Worthen, en actitud entre protectora y compasiva— que considero canallesco el que insinúe tal cosa de mí. Ahora, si ha terminado, haga el favor de marcharse, porque tengo sueño, y ya está bien de preguntar bobadas.

—Lo siento, señorita Ketcham —respondió Worthen, sonriendo, mientras salía del gabinete, seguido de Claire—. Lo siento de veras. ¿Cuándo sale usted de nuevo para Holanda?

—El sábado. Pasado mañana —repuso ella, ya en el vestíbulo, mirándole con simpatía—. Si es que me dejan ustedes, claro. ¿Ha preguntado a los oficiales de Aduanas si es posible introducir cantidad de brillantes, así como así, como usted parece indicar? Yo puedo decirle que eso es imposible, a no ser que se hagan milagros. Hoy mismo, mis compañeros de tripulación fueron registrados personalmente, cacheados, con minuciosidad...

—Usted, no, me parece —contestó Worthen, sonriendo maliciosamente—. Ni lo ha sido desde hace muchos meses. Cierto que enseña su maletín, pero nadie lo mira. Será por la simpatía que usted siembra por todas partes.

El nuevo golpe lo acusó Claire, volviendo a palidecer. Abrió la puerta, apretadas las mandíbulas, sin encontrar una respuesta a quien parecía, lo reconocía ahora, mucho más enterado de ciertas cosas de lo que ella hubiera supuesto.

Worthen iba a coger su sombrero del perchero, cuando vio el quepis azul claro, perteneciente al uniforme de azafata de la muchacha. Lo cogió y lo miró, siempre con una sonrisa afable, pero irónica también. Examinó el forro detenidamente, con una tranquilidad que crispó los nervios de Claire, que le miraba con rencor creciente.

—Muy bonito, ¿verdad? —dijo el agente federal—. ¿Quiere ponérselo, por favor? Me parece que le debe estar algo grande, a no ser que lo rellene con algo, claro...

—¡Es usted pesado como un viaje de aquí a Holanda, caballero! —rezongó Claire mostrando los dientes como perro enfurecido—. ¿Quiere dejar las bromas idiotas y marcharse? ¿Cree que me asusta?

—Nada de eso. Usted es de las que no se asustan por nada, nena —contestó Worthen, mordazmente—. Eso es lo peor, ya ve. No darse cuenta del peligro, porque cree uno ser más listo que los demás. Buenas noches.

La muchacha dio un tremendo portazo cuando el agente federal salió.

—¡Maldito polizante! —exclamó en alta voz, aunque contenida—. ¿Cómo es posible que lo sepa casi todo? ¡Hasta que traigo las piedras dentro del quepis! Pero... —Avanzó por el pasillo aprisa, refregándose nerviosamente las manos, lívido su rostro y angustiada la mirada por el terror—. No. No puede saber que las traigo en el quepis. De ser así me habrían cogido con las piedras sobre la cabeza en vez de dejarme pasar... ¡Eso lo ha dicho para meterme miedo, para que, cuando me vuelva a interrogar, cante todo como una diva de ópera! ¡Maldito entremetido!

En el gabinete, marcó a toda prisa un número en el teléfono, en los labios un cigarrillo humeante. Mientras el aparato daba la señal de estar llamando, con la mano diestra llenó una copa de «*whisky*», y la bebió de un solo trago. El aparato seguía llamando monótonamente...

—¿Quién? —preguntó, al fin, una voz huraña, soñolienta, con acento extranjero, holandés.

—Despierta, Franz. Soy Claire. ¡Despierta de una vez! —La voz de la azafata era precipitada, angustiada, con trémolos producidos por el pánico.

—¡Ah, ya! —contestó Franz Van Damm, bostezando—. ¡Qué horas!...

—Sí. Son más de las tres de la madrugada. Tú, durmiendo, mientras yo he estado aguantando a un impertinente y malintencionado agente del F. B. I.

—¿Cómo? —inquirió Van Damm, con voz alarmada, despierto ya del todo—. ¿Ya han ido a verte, dices? ¿Y del F. B. I.?

—Del

F. B. I.

¿No te acuerdas que te dije que un agente había ido a nuestra agencia a pedir informes míos y de mis camaradas de vuelo? Pues el mismo agente me ha tenido aquí más de una hora haciendo preguntas cada vez más certeras. ¡Maldito sea, con su cara de niño bonito y bueno!

—Pero la coartada, nena... ¿Es que has soltado prenda? —La voz del holandés se hizo ronca, amenazadora.

—¡No solté nada, no temas! Pero es que él parece saberlo todo, que no es lo mismo —exclamó Claire, nerviosamente—. ¡Sabe que Harris se dedicaba al contrabando nuestro, que a mí no me registran en la Aduana de Idlewild, que puedo haber traído las piedras en el quepis! Lo ha estado mirando como si fuera un bicho raro, diciendo que me venía un poco grande e insinuando que si lo rellenaba yo con algo... ¡Es mucho peor lo que ha insinuado que si me hubiera dicho lo que realmente sabe!

—Bueno, bueno. Veo que estás bajo una crisis de pánico, querida —murmuró Franz, amistosamente—. Ten en cuenta que es lo más elemental en un policía, cuando está interrogando, tratar de dar la impresión de que lo sabe todo y que es inútil tratar de engañarlo. Quieren sacar verdad de la mentira... Insinúan, avanzan y retroceden, tanteando el que uno crea estar perdido y declare... Animo, nena. Si no lo decimos, no lo sabrán, tenlo por seguro.

—Claro que no, Franz —contestó ella, un tanto más tranquila—. Ha debido estar en casa de Harris antes de venir aquí. Ha visto algo relacionado con las piedras...

—¡Maldita sea! ¡El estuche con los útiles para pesar y medir las piedras! —exclamó Franz, roncamente—. ¡No me acordé de llevármelo de la mesa de despacho de Harris! ¡Tanta prisa teníamos en salir corriendo!

—¡Pues no te digo que ese chico tiene más vista que un águila! —chilló Claire, nuevamente alarmada, llenando con la diestra la copa de «*whisky*»—. ¡Franz, estoy segura de que ahora va a verte a ti!

—¿Lo ha dicho así? —preguntó el holandés, con voz alterada—. Bueno, pues que venga. ¿Le dijiste que hemos estado toda la tarde juntos en tu casa? ¿Que no sabíamos adónde iba Harris?

—¡Sí, sí! Yo sugerí que tal vez con chicas, ¿sabes? Eso me servirá de escape, tal vez, por si yo dejé huellas mías, de zapatos... ¡Franz, tengo la impresión de que ese hombre nos pilla sin remedio! ¡Sabe mucho más de lo que parece! Yo creí que intervendría la Policía, pero no el

F. B. I.

—¡No seas idiota, mujer! —exclamó Franz, coléricamente—. Tan serena como eres para matar, y ahora pareces una niña boba, asustada por nada...

—¡Franz, si va a verte, mávalo! —gritó, roncamente, Claire—. ¿Me entiendes, Franz? ¡Mávalo, o nos descubre y nos lleva a la silla!

—¡Calla, Claire, que te va a oír toda la vecindad! —exclamó Franz, con la voz descompuesta, chillando a su vez—. ¡Ya le despistaré, descuida! ¿No has soltado tú nada, absolutamente nada, que nos comprometa? ¿Seguro, nena? Si lo has hecho, dímelo para...

—¡Mávalo, Franz, y así nos quitamos de encima a un perro que nos rastrea y dará con la pista! —gritó la joven—. ¡Hazlo, hazme caso! ¡Debí haberlo matado yo, idiota de mí!

—¡Hum! —Van Damm vacilaba—. Mira, yo veré lo que realmente sabe, ¿entiendes? Y si sabe mucho y veo que nos va a pescar, ¡lo mato!

—¡No, no, Franz! ¡No le dejes ver que tienes esa intención, porque es un gigante, un hombre estupendo, pero con más fuerza que un elefante! Lleva una pistola bajo la axila, te lo advierto, y no debe ser de los que se dejan matar así como así. ¡Mávalo, sin dejarle tiempo para nada! Tú vives en el hotel, en el campo, y nadie oirá los disparos...

—¡Está bien, nena! —Van Damm tenía la voz ahogada y respiraba mal—. Descuida, que ya no me pillas de sorpresa cuando se presente, si es que viene. Lo que hace falta es que sea ahora, y solo. Bueno, queridita mía, ya te diré lo que haya. Ya sabes cuánto te quiero...

—Si le matas, Franz, cuenta con que nos casamos cuando tú lo digas. —Claire puso un acento mimoso, lleno de temor y angustia—. Sólo te tengo a ti, cariño. ¿No sería espantoso que nos separaran ahora, que vamos a ser felices? ¿Sabes lo que te quiero? ¿Ni te lo figuras siquiera? ¡Franz, haz eso, y te colmaré de amor y felicidad, te lo juro!

—¡Claire mía, por ti haré lo que quieras, lo que sea! —Van Damm hablaba aún más ronco, poseído de una alegría infernal—. Pero cuelga ya. Confía en mí. Te llamaré cuando todo haya acabado...

—Sí, cuando esté ese hombre maldito muerto, sin constituir para nosotros una horrenda pesadilla. ¡Te envío mil besos, Franz de mi alma! ¡Mátale, o nos lleva a la ruina! ¡Adiós!

Worthen iba en su coche hacia Flushing Bay, al norte de

Brooklyn, cerca del aeropuerto de La Guardia, en una ensenada cara al mar, en Grand Parkway, donde estaba situada su pequeña villa, en la que vivía solo. Solamente durante el día iba una mujer a hacer la limpieza y preparar la comida, si él decidía no hacerlo en Manhattan. La villa estaba rodeada de un pequeño jardín, aislada, por cuanto que las dos situadas a cada lado distaban un centenar de yardas.

Estaba cansado el agente federal después de aquel interrogatorio con Claire Ketcham, tan aburrido y que, no obstante, había requerido toda su atención. Otro sentimiento ocupaba su cerebro y aumentaba su cansancio y decaimiento. Le había impresionado la belleza de Claire, y por primera vez sentíase como compadecido de una persona a la que suponía, casi sin vacilar, delincuente peligroso. Era su belleza, en general, su aire engañoso de mujer que podría hacer feliz a un hombre...

Worthen nunca había estado enamorado de veras. Sus no numerosos devaneos, allá por la veintena de años, no habían dejado en su corazón ninguna huella dolorosa ni en extremo afectiva.

Por eso, el joven agente federal estaba a merced de la aparición de la gran pasión que, tarde o temprano, habría de sufrir con su temperamento sensible, tierno y afectuoso, que alguna mujer supiera inspirarle. Todo parecía indicar que la gran pasión, el amor verdadero, estaba llamando con recios aldabonazos en su corazón. Y qué mujer se lo inspiraba...

Detuvo el coche casi repentinamente. Recordó que había dejado a Claire sola en su casa. En el gabinete había un aparato telefónico... Lo había visto. Y aunque no lo hubiera visto, era seguro que ella, en aquel departamento moderno, tendría teléfono. Y cuando él se marchó, pudo ponerse en comunicación con Franz Van Damm, el compinche de Grahame. Ella dijo que estuvo con él aquella tarde.

La coartada, seguramente concertada entre ambos para apoyarse mutuamente. Por tanto, ir a visitar ahora a Van Damm sería como encontrarlo preparado, avisado, puesto al corriente por ella de todo cuanto habían hablado. Si es que no se había fugado...

Meditó unos momentos, frunciendo el ceño, comprendiendo lo desventajoso de su situación si iba a ver a Van Damm, que le esperaría tranquilo, quizá, con abundantes razonamientos que

esgrimir para probar una coartada ya establecida y reforzada con lo que Claire dijo al ser interrogada.

Pero era indispensable ver a aquel hombre, que gozara de la confianza de Grahame, al parecer. Un empleado de Harris, según ella. Por lo tanto, un cómplice. Y Claire tuvo amistad con Grahame, pero también con Van Damm. Habían pasado aquella tarde juntos, cuando Harris fué asesinado.

Coincidencia un tanto extraña. Ellos dos juntos cuando Harris caía bajo las balas... de dos pistolas: una de gran calibre y la otra de pequeño. Y aquellas huellas de zapatos de mujer de alto tacón...

¿Celos de Van Damm, que le impulsan a matar a su jefe? ¿Acuerdo entre el holandés y ella para eliminar a un tercero en el negocio de las piedras?

Embragó y puso de nuevo en marcha el coche. Van Damm era un tipo peligroso. No se le podía dejar de ver inmediatamente, si es que no había huido. Y si lo hizo, él mismo se declaraba culpable del asesinato de Grahame.

El largo camino parecía no tener fin, dada la impaciencia del agente federal. Si el holandés hubiera sido el único culpable, y no ella, Claire... Pero las dos pistolas, una grande y la otra pequeña, disparadas sobre Grahame. ¿Y si hubiera sido una de aquellas mujeres, amigas de Harris, con otro individuo que no fuera Van Damm?

Día vista, al fin, a la carretera que conducía a Flushing Bay. Pasó ante el aeropuerto de La Guardia, cuyos edificios aparecían muy iluminados. Siguió adelante y torció al entrar en Grand Parkway. Una neblina gris envolvía la bahía, y el sordo rumor del oleaje del mar, rompiendo sobre la playa y las rocas, le hizo estremecer. Era un lugar siniestro aquél, a aquella hora, con la luz muy amortiguada, difusa con el celaje de la bruma.

Vio las villas, con sus jardines, al borde de la carretera, y otras calles pintorescas, con otras edificaciones similares. Una luz roja bailaba entre la bruma; un barco que iba a entrar en East River, camino de Nueva York City. Hacía sonar la ronca sirena de cuando en cuando, avisando su presencia.

Frenó el coche bastante al divisar una villa al borde de la carretera. Tenía un jardín no grande, con algunos árboles copudos. La cerca era de madera, baja, de color blanco. Un brinco, y se

saltaría fácilmente. El edificio, de dos plantas, era pequeño, de moderna construcción, con amplias terrazas y ventanas en las fachadas.

Se bajó del coche. Instintivamente tocó con la diestra el bulto del «Magnums» en la axila. Se acercó a la baja cancela, de madera, sostenida en dos pilarotes de piedra que teman encima dos faroles, ahora apagados, de hierro. Era la villa número 246 de Grana Parkway. Donde vivía Van Damm.

Vio, en uno de los pilarotes o columnas de piedra, una placa de metal, sobre la que estaba el botón de un timbre eléctrico. Miró la hora en su reloj de pulsera. Eran las cuatro menos cinco. Dentro de una hora, o antes, comenzaría a amanecer, a ser de día.

Con la luz diurna, bajo los rayos del sol, aquel lugar sería pintoresco, bello. Ahora, bajo la bruma, se presentaba arisco, misterioso, sobrecogedor. El fragor del oleaje del mar, muy cercano, aumentaba aquella sensación dramática.

Oprimió el botón del timbre. Y sacó el «Magnum» de la funda, le quitó el seguro y lo metió en el bolsillo de la derecha de su trinchera. Era un hombre el que iba a tener delante, no una mujer, aunque no sabía quién de los dos era más peligroso. Claire le hizo temblar, vacilar, con sus miradas, su suave mano acariciadora, su belleza...

~~~~~

Evocativo es el título de nuestra Serie

## **WINCHESTER**

porque recuerda la época turbulenta de la historia del Far-West. En estas novelas se plasman argumentos interesantes y de ritmo dinámico protagonizados por hombres que sabían enfrentarse a la muerte con una sonrisa y un gesto de desafío.

## **WINCHESTER**

es el prototipo de las mejores novelas de *cowboys*.

## CAPÍTULO VII



EPITIÓ la llamada en el botón cuando pasó medio minuto sin que ninguna luz iluminase ventana alguna ni la puerta del porche se abriese. ¿Se habría marchado ya Van Damm, avisado por Claire? La verdad es que debió impedir que se comunicaran por teléfono mientras él llegaba.

Debió llevársela detenida a la División, aunque después la soltaran al ser de día, a falta de pruebas acusatorias contra ella. Pero la dejó allí sola, en tanto él luchaba en la duda de que fuera culpable, queriendo imponerse a idea de que no merecía ser detenida, de que no era cómplice.

Al fin, una ventana del piso bajo se iluminó débilmente. A través de los visillos, apartado un poco uno de ellos, una cabeza se dibujó borrosamente, oteando lo que había afuera. La bruma gris todo lo hacía gris, como fantasmal, algodonoso. El mar, incansable, batía la

costa con sus filas de olas espumosas, produciendo un fragor poderoso, ronco.

Worthen volvió a oprimir el botón, por si Van Damm no le veía, aunque seguía mirando al exterior. Menos mal que no había huido... Si era hombre listo, hizo quizá lo mejor para él. Quedarse y dar sus razones exculpatorias, de acuerdo con lo que Claire dijo. Probar la coartada, en fin.

La puerta del porche, de dos hojas, chirrió agudamente al ser abierta una de sus hojas. Se hizo más claridad, procedente del vestíbulo, y el agente federal vio la silueta de un hombre alto, envuelto al parecer en un batín, que miraba, inmóvil, las manos en los bolsillos de la prenda casera.

—¿Quién es? —preguntó, con voz ronca, imperiosa, sin bajar los cuatro escalones de acceso al porche.

—¿El señor Van Damm? —preguntó Worthen, oprimiendo la culata de su «Magnum» con la diestra, dentro del bolsillo de la trinchera—. ¿Es usted?

—Soy yo, en efecto. Y usted, ¿qué desea de mí? —preguntó el holandés, inmóvil, apartándose de la luz que salía del vestíbulo.

—Soy el agente de

F. B. I.

Arvel Worthen, y deseo hablar con usted —contestó el joven—. Haga el favor de permitirme la entrada. Le mostraré mi documentación.

—¿Agente del

F. B. I.?

¿Qué diablos tengo yo...? —rezongó Franz, con voz arisca, sin moverse de donde estaba—. ¿Viene usted solo?

—Vengo solo, sí. He de hablar con usted urgentemente. Es algo...

—Oiga, ni la hora ni el lugar, cómo ve usted, tan solitario y asequible a ciertos hechos nada agradables, me inclinan a recibirlo ahora —contestó Van Damm, con voz enérgica—. Le ruego vuelva cuando sea de día. Le esperaré, descuide, aunque no comprendo su presencia aquí.

—Señor Van Damm, he de hablar con usted ahora mismo. Soy agente del

F. B. I.,

puedo demostrárselo. Comprenda que si hubiera deseado matarlo, sorprenderlo para robar en su casa, todo eso estaría ya hecho o casi hecho al tenerlo delante de mí. Abra esta cancela o salto por encima. Podemos entrar en un domicilio sin autorización judicial. Como extranjero, tal vez no lo sepa. ¿Me abre?

—Voy —respondió Van Damm, las manos en los bolsillos del batín. Y bajó lentamente la pequeña escalinata del porche al jardín, cubierto de gravilla, que rechinó bajo los pies del holandés—. Voy...

Pero antes de llegar a la cancela, como a unas ocho yardas, sacó velozmente su pistola «Luger» de un bolsillo y disparó sobre la silueta de Worthen, junto a una de las columnas de piedra.

El agente federal vio dos cosas extrañas que le hicieron echarse a un lado, tras la columna, con la rapidez del rayo: primera, que Van Damm sacaba bruscamente la mano del bolsillo de la derecha de su batín; segunda, que la mano tenía un objeto, y que al apuntarlo con él levantaba el brazo, al nivel casi de la cara. Es decir, que el holandés no disparaba al estilo «gángster», y también de la Policía o del F. B. I... habituados a hacerlo con el codo apoyado en la cintura, apuntando en esta posición.

La bala, silbando siniestramente, se estrelló contra la columna de piedra y argamasa, y rebotó, emitiendo un sonido agudo, para perderse lejos. Van Damm había fallado la puntería.

Worthen sacó el «Magnum» a su vez. Van Damm corría por el jardín, hacia la parte trasera, desconcertado por su fracaso inicial.

—¡Alto o disparo, Van Damm! —gritó el agente federal, saltando de un brinco la cerca, revólver en mano—. ¡Quieto y levante las manos!

Desde la esquina del edificio, Franz disparó de nuevo y emprendió la huida, sin cuidarse de averiguar si esta vez había hecho blanco. Los pasos veloces de Worthen sobre los guijos, le indicaron que había fallado de nuevo. Un pavor indescriptible le invadió. Había confiado en que el primer disparo no fallaría, pues tiraba bastante bien con su «Luger». Mas la neblina, que restaba mucha luz, la imprecisión causada por la tensión de los nervios espantosa, esperando la llegada del agente federal, y el verlo, al fin, intimándole a que le abriera la puerta, fueron las causas determinantes de su fracaso. Estaba perdido si no escapaba, si no

atinaba a matar a aquel hombre, el gigante que parecía inmortal.

Corrió por la fachada norte, por detrás, buscando los arbustos, la oscuridad producida por la neblina. Saltaría la cerca baja de madera y correría hasta la playa, donde la bruma era aún más espesa. Si él lo seguía, quizá lograra tenerlo de nuevo cerca y agotar el cargador entero sobre él.

El sonido seco, como restallido de látigo, del «Magnum» de Worthen le hizo saltar despavorido, buscando la forma de eludirlo. La bala silbó a dos pulgadas de su cabeza, acreditando la buena puntería del agente federal.

—¡Alto, o tiro a matar! —gritó Worthen, tras él con sus enormes zancadas—. ¡Alto y levante las manos!

Van Damm estaba al lado de la valla de madera. Allí había plantas altas, con hojas y ramas densas. Un magnolio pequeño, que despedía un aroma pesado de sus blancas flores. Se ocultó tras él y disparó de nuevo sobre el bulto que avanzaba a paso de carga.

Worthen parecía adivinar el peligro, pensó Van Damm con rabia inmensa. Saltaba en el preciso momento en que lo apuntaba y se desviaba con agilidad de gato. Esto no era sino la práctica de la lucha callejera aprendida en Quántico por los agentes del

F. B. I.,

cosa que ignoraba el holandés, maravillado por la conducta de Worthen.

Falló, y entonces se lanzó sobre la valla, saltándola ágilmente. Daba a una calle recta, como todas las de la barriada, con sus jardines y villas, todo ello bajo la neblina gris, que era empujada por la brisa del mar y tornaba y retornaba. Se lanzó a la carrera por una de las aceras de cemento. No miró atrás, pero oyó los pasos de su seguidor a unas treinta yardas.

Aquella calle era paralela a Grand Parkway, aunque mucho más estrecha, y era cortada por otras en sentido vertical, que desembocaban en Grand Parkway. Tomó una de estas vías, y en la esquina volvió la cabeza.

El bulto alto y estrecho que era Worthen envuelto en la neblina, corría por la acera opuesta, precavido precisamente contra los malos encuentros tras las esquinas oscuras, ahora con las vallas y muros de los jardines. La iluminación de la calle era casi nula, y solamente los focos brillaban de una manera opaca, sin esparcir

claridad.

Disparó de nuevo sobre el agente federal cuando se acercó más. Ya temía fallar la puntería, y por lo menos quería evitar que se le acercase mucho su enemigo, que disparaba magistralmente y podía matarlo si lo deseaba.

El no oír los pasos de Van Damm puso en guardia a Worthen, y de dos brincos cruzó de nuevo la calzada. La bala que le dirigió el holandés se estrelló sobre un muro, a dos yardas de distancia, atrás.

Van Damm gritó de rabia, y reanudó la loca carrera hacia la playa. Era inútil disparar contra quien parecía tener un sexto sentido que le advertía cuando se le disparaba, pensó empavorecido. Y como era joven, fuerte y ágil, confió su salvación a las largas piernas, a la niebla, al conocimiento que tenía de aquellos lugares.

—¡Alto, Van Damm, o tiro a matar! —gritó nuevamente Worthen, tras él, a cosa de veinte yardas. Había ganado terreno, y lo alcanzaría si no llegaba antes a la oscura playa—. ¡Alto le digo!

Cruzó el holandés la ancha calzada, de cuatro pistas, de Grand Parkway, más iluminada, aunque la neblina solamente dejaba pasar un halo blanquecino alrededor de los focos de luz, en lo alto de las columnas.

No hizo caso de la orden, varias veces repetida ya. Consideró que el agente federal, realmente, no quería matarlo, sino apresarle, y eso le dio confianza para proseguir en la huida.

Transpuso la calzada, la acera, brincó sobre la cuneta y bajó a todo galope, vacilando por el impulso dado, por un terraplén cubierto de césped. Se escurrió y rodó, pero se rehízo y siguió bajando como alma que lleva el diablo.

Al final, tras una pequeña zona arenosa, comenzaba la playa. ¡La playa era su salvación! Larga por allí, ancha en más de cien yardas, la marea era baja, y podría correr hasta perderse de vista, entre la bruma. A la izquierda había un acantilado que se cortaba de repente sin llegar a ser batido por las olas si había marea baja.

Corrió con menos velocidad, porque la arena lo frenaba. Si lograba llegar al resbalaje, donde las olas vertían ya con más suavidad, el piso sería más duro, más firme, y podría correr hacia el acantilado, subir a él por un sitio de él conocido... y perder de vista al odiado gigante. Después, la huida, Aunque hacerlo en batín, sin

un centavo en el bolsillo, con el  
F. B. I.,  
siguiéndole... ¿Cómo huir así?

Corría desesperadamente sobre la blanda arena, pugnando por llegar al resbalaje. Más atrás, aún más cerca, Worthen le seguía, pisando con fuerza, respirando como un monstruo que se le echara encima.

Se volvió un instante para disparar sobre él. Vio su silueta imprecisa, que se inclinaba hacia el suelo. La bala silbó..., y Worthen siguió corriendo. Era imposible contener a aquel hombre a tiros...

El fragor del oleaje, más cercano, se impuso al rumor de los pasos sobre la arena de ambos hombres. Van Damm ya no sabía si su seguidor le iba a los alcances o quedaba rezagado. Y se cansaba de correr por la blanda arena, que le restaba velocidad e ímpetu. Allá, muy cerca ya, estaba la zona más dura, donde las olas llegaban casi en sus idas y venidas.

Muy cerca... Una carrera más, y llegaría.

Pero, aunque no los oyó, sonaron dos disparos a sus espaldas. Worthen tiraba sobre él, en vista de que el holandés no se detenía, pese a sus conminaciones para que lo hiciera. Podría haber tirado a matar sobre él desde que Van Damm disparara con la misma intención la primera vez.

Si no oyó las secas detonaciones por el ruido del oleaje, sí sintió Franz un golpe en la espalda, en el lado izquierdo, a la altura de los pulmones. E inmediatamente un golpe de tos le sobrecogió, paralizándole la agitada respiración. Se detuvo, gimiendo, llevándose ambas manos al pecho, soltando la «Luger». Cayó de rodillas, lívido de dolor y pánico. Algo silbaba agudamente dentro de él, en el pecho.

—¡Déjese llevar, Van Damm! —Worthen estaba ya a su lado, en una mano el revólver, que guardó en un bolsillo, y en el otro la cartera de mano, que no dejó en el coche por un descuido—. ¿Se siente mal? ¿Dónde le di? ¡Por Dios, usted se lo ha buscado por no hacerme caso!

Lo cogió en brazos el agente federal como si fuese una criatura, pese a que Franz era alto, musculoso, ancho. Estaba desmayado, y Worthen se lo echó sobre un hombro, emprendiendo seguidamente

la carrera hacia la villa del holandés. Quedaba atrás un reguero de sangre.

Jadeando, el gigante recorrió la extensa faja de playa, subió el talud y atravesó la carretera de Grand Parkway, todo ello corriendo, como si llevara encima un tesoro que pudiera perderse o destruir en un plazo de pocos minutos. Para él, la vida de Van Damm era preciosa. No tiró sobre él a matar, sino a las piernas. El primer disparo que le hizo fallo, y el segundo, en vez de hacer blanco donde apuntó, le dio en la espada porque Van Damm se inclinó mucho al encontrar una hoya y pisar en falso.

Penetró en el jardín de la villa, lo atravesó a la carrera, oyendo un estremecedor ronquido que salía de la garganta o del pecho del holandés, y que era de muy mal presagio. Se le iba a morir el prisionero...

Estaba la puerta de entrada, por el porche, abierta. La empujó el agente federal violentamente para que pudiera entrar con su carga, y siguió adelante. Entraron en el vestíbulo, iluminado por una araña de varias luces. Afuera, la neblina se iba esfumando poco a poco, porque ya comenzaba a amanecer. Unos pájaros, en el jardín, se movían en los árboles, donde habían pasado la noche, y piaban alegremente.

Tendió a Van Damm en un sofá de cuero, ancho, con almohadones. Le quitó delicadamente el batín, quedando el herido en pijama. Después le observó con ansiedad. No estaba muerto. Respiraba estertorosamente y la lividez de su rostro se hacía cerúlea en la nariz y en el resto de la cara. Estaba agonizando...

Le tomó el pulso. Era debilísimo. En el pecho tenía el orificio de salida del proyectil del «Magnum», de gran calibre, bajo la tetilla izquierda.

—Van Damm... —murmuró el agente federal, pegando sus labios al oído del holandés—. Van Damm, por favor. ¿Puede hablar?

Franz abrió los ojos con gran trabajo. Miró a Worthen con extrañeza. Tal vez no recordaba lo sucedido hacía pocos minutos. Abrió la boca, anhelante, pero no salió ningún sonido de ella.

—Escuche, Van Damm —dijo Worthen con ansiedad, incorporándose—. Escuche... Si no puede hablar, haga un gesto afirmativo o negativo a lo que le voy a preguntar. ¿Me entiende?

¿Me oye?

—Sí... —murmuró débilmente Van Damm, cuya mirada se hacía estrábica. Su respiración se espaciaba más cada vez y era anhelante, angustiosa.

—¿Estaba mezclada Claire Ketcham en lo del contrabando de piedras de usted y de Grahame? ¡La verdad, Van Damm, la verdad! —inquirió el agente especial, mirando fijamente el rostro contraído del holandés, cuya palidez se iba haciendo mayor a cada instante.

—No... —balbució Van Damm, inclinando la cabeza pesadamente sobre el pecho—. No... —repitió con más fuerza, mirando a su vez a Worthen.

—¿No fué ella, con usted, quien asesinó a Grahame, Van Damm? —preguntó el agente federal—. Si no puede hablar, haga un gesto que...

—No... Ni yo... tampoco —murmuró Van Damm—. Ella..., ella le ha dicho la... verdad.

Worthen tenía entre sus manos las del holandés y sintió de repente que se las apretaba con fuerza, mientras la respiración se le cortaba. La presión también cesó, se estremeció y quedó inmóvil, mientras un hilillo de sangre negruzca se deslizaba por las comisuras de los labios.

Worthen le echó sobre el diván, mirándole con una extraña mezcla de compasión y alegría. Van Damm estaba muerto, pero antes de morir le había quitado de encima un peso inmenso, una tristeza demoledora. Aquel hombre, en el umbral de la muerte, había dicho que ella, Claire, era inocente. Y un hombre, cuando va a emprender el camino hacia la eternidad, no suele mentir, aunque antes siempre lo haya hecho. Esto es lo que casi siempre sucedía. ¿Por qué ahora iba a ser diferente?

Echó sobre el cuerpo muerto una especie de tapiz que había en el suelo. Se pasó una mano por la sudorosa frente.

Ahora el cansancio era mayor, pero una alegría imposible de contener, rayana en delirante, le hacía olvidar aquel cansancio, las horas de angustia pasadas, la persecución de Van Damm, el tiro desgraciado que le disparó, pero merced al cual sabía algo de tanta transcendencia para él como que Claire era inocente. Tal vez una muchacha algo... ligera, amiga de diversiones, ambiciosa, pero honrada, no metida en asuntos fuera de la Ley.

Respiró hondamente, mirando a su alrededor, intentando apartar su imaginación de aquella muchacha, tan bella, tan encantadora, que era inocente de todo cuanto de malo pensara él. Ahora tenía que seguir investigando, como era su deber.

Si Van Damm no mató a Grahame, ni Claire, ¿quiénes lo hicieron? Porque fueron un hombre y una mujer... ¡Ah! Tal vez los competidores de Grahame. Entre «gangsters», muchas veces se solventaban las diferencias, las rivalidades, a tiros. Eso podía ser.

Tenía que verificar un registro en aquella casa. Si Van Damm no mató a Grahame, en cambio no había casi posibilidad de negar que era su compinche en el contrabando de piedras preciosas. Aquella villa, en la que vivía el holandés, valía buenos miles de dólares, y no era de alquiler, según la información que recogió el

F. B. I.

Mucho dinero, tanto por parte de Grahame como de Van Damm, sin explicación razonable acerca de su procedencia.

Además, Franz, hacía cinco minutos, no negó que él fuera cómplice de Grahame, y sí que lo hubiera matado. Dijo la verdad, y nada más.

Ya la luz del nuevo día, que no vio llegar Van Damm, penetraba por las ventanas que abrió el agente federal conforme iba registrando habitaciones. En un cajoncito secreto de un buró antiguo holandés halló una caja de laca, china, y en ella un par de docenas de gruesos brillantes sueltos. Y debajo de la caja, un sobre grande con más de ochenta mil dólares en billetes de Banco.

Además, sortijas con brillantes, esmeraldas, zafiros, perlas buenas, grandes. Una fortuna considerable en manos de un hombre que fingía ser el dependiente de un modesto representante de casas de tercera categoría...

Gracias a las llaves de propiedad de Van Damm, que le permitieron abrir los muebles fácilmente, el registro fue rápido y somero. Encontrado lo que consideró era la base del delito, su permanencia allí no tenía objeto ya. El inspector jefe ya enviaría personal que investigase a fondo todo. Quedaba el problema de que Grahame estaba muerto y también Van Damm. Los dos complicados principales, fuera de la circulación. Pero estarían los intermediarios, los vendedores al detalle de las piedras, la red de delincuentes que debía de ser descubierta y aniquilada.

Bajó a la planta baja, y en aquel momento sonó un aparato telefónico situado sobre una mesita, cerca del diván donde estaba el cadáver de Van Damm. Worthen, extrañado, lo miró y fué a él.

—Hable... —dijo con voz un poco ronca, producida por el mucho fumar, la emoción, el cansancio—. Hable...

Nadie contestaba, y sin embargo no estaba interrumpida la comunicación. El agente federal esperaba. Elevó la voz para repetir:

—¿Quién? Hable, hable...

Sonó el chasquido de haberse cortado la conexión. Quien llamara no quería, tal vez, delatarse al oír una voz que no era la de Van Damm. Worthen pensó, sintiendo un extraño dolor interior, en si quien llamó sería Claire Ketcham. También pensó antes, cuando iba hacia el lugar donde ahora estaba, en que ella advertiría a Van Damm del peligro que le acechaba.

Pero no podía ser esto. Claire era inocente. No tenía nada que ver con los rufianes Grahame y el holandés en cuanto al asunto del contrabando de piedras. Lo había dicho el mismo Van Damm cuando le faltaban dos minutos para morir. Cuando ya no merece la pena mentir por salvarse, ni acusar a nadie para salvarse, porque no hay tiempo para recrearse en el daño causado, ni verlo siquiera. No podía ser Claire. Ella era inocente.

Cerró la puerta de entrada del edificio con la llave de Van Damm. En el jardín, ahora bajo los rayos de un sol que empezaba a calentar, con los pájaros cantando en las ramas de los árboles o saltando entre los macizos de flores, abiertas y perfumando el ambiente, se sintió mejor... y más contento. El mar, muy azul, seguía enviando pausadamente sus oleadas espumosas, que morían con suavidad en la playa dorada.

Entró en su coche y bostezó ruidosamente, inclinándose sobre el volante como si fuera a descabezar un sueño, tal era su cansancio físico y mental. Aquella noche no la olvidaría fácilmente. Había conocido a una criatura espléndida de belleza, a la que creyó una delincuente de lo más vulgar y hasta una asesina.

Una pesadilla truculenta de la que salía felizmente, restableciendo las cosas en su natural estado. Claire no era ni delincuente ni mucho menos una asesina. Era una deliciosa muchacha, a la que iba a pedir perdón por haber pensado así de ella.

Esta idea le hizo sonreír alegremente, y las fuerzas le volvieron. Puso en marcha el motor y arrancó velozmente por Grand Parkway, rumbo al Sur, hacia el domicilio de Claire. Miró la hora en el reloj del coche y vio que eran las seis y cuarto de la madrugada. Mientras llegaba, y tardaría tres cuartos de hora, disminuyendo la velocidad, serían las siete.

Mala hora para despertar a Claire, cuando la había estado molestando unas horas antes durante tanto tiempo, intentando asustarla, sonsacarla confesiones de cosas que la pobre no había hecho...

Un poco después de las siete se detuvo en un bar que vio abierto, ya cerca del domicilio de Claire. Se bajó del coche, entró en el establecimiento, pidió una taza de café con leche, tostadas, con mantequilla y desayunó con apetito, deseoso de introducir algo caliente en el estómago. Esto le llevó media hora, pues fumó y esperó, adrede, a que pasara más tiempo. Tal vez la muchacha, asustada justamente, no hubiera podido ni conciliar el sueño. Es muy poco agradable el que a uno le visite a las tres de la madrugada un agente del

F. B. I.,

para exponer sus sospechas de que es el visitado un delincuente y seguramente un asesino, y luego se marche amenazando con volver para llevarlo a la cárcel tan pronto reúna un par de pruebas. Un martirio que solamente comprenderá bien quien es inocente de semejante inculpación y teme se cometa una injusticia horrenda.

Pasó a una cabina telefónica y marcó el número de la División, con el despacho del inspector jefe, que todavía estaría en su puesto, hasta pasadas las ocho.

—¡Hable! —rezongó la cansada voz de Gardiner, el inspector jefe de la División.

—Worthen, jefe —dijo el agente federal con voz también cansada, pero un tanto alegre—. Hay novedades, señor...

—¿Dónde ha estado toda la noche, muchacho? Esperaba alguna llamada suya, alguna información de lo que va haciendo... —Gardiner mostraba un poco de severidad—. Bueno, ¿qué es lo que hay? Novedades...

—He estado en el domicilio de Claire Ketcham, la azafata —y refirió sucintamente su entrevista con ella y el interrogatorio a que

la sometió, y su registro anterior en casa de Grahame.

—Sí, eso ya lo sé, porque han estado allí tres de mis muchachos husmeando, y han sacado la conclusión de que el tal Grahame era un perfecto sinvergüenza, un contrabandista, como suponíamos, de piedras preciosas. Bueno, siga, Worthen. De la chica, ¿qué?

—Al principio creí habérmelas con una cómplice, y hasta la encargada de traer las piedras de Holanda, dada su profesión para poderlo hacer con relativa facilidad. No pude obtener ninguna prueba concluyente derivada de sus palabras...

—Lista que es la niña, Worthen. Es una preciosidad, según he podido ver en una fotografía que guardaba Grahame de ella. No me extraña que usted se haya sentido —rió el inspector— con cierta inclinación... Bien, ¿y después? Ya la cocinaremos bien para que parlotee a gusto, descuide.

—Después, jefe —siguió Worthen, con voz un tanto seca, arisca—. Después fui a ver a Van Damm. Ya sabe, el segundo de Grahame. Ocurrió algo lamentable, jefe —y refirió lo ocurrido con el holandés.

—¡Vaya por Dios, Worthen, y cómo siento que ese hombre haya muerto! —farfulló Gardiner, sin ocultar su disgusto—. Ya que Grahame no puede hablar, esperaba que lo hiciera ese tipo holandés. En fin, comprendo que la cosa fué accidental. Nuestra consigna en tales casos es tirar a matar si se nos intenta matar, qué diablos. No le reprocho eso, pero es una contrariedad grande, comprenda. ¿Y no pudo usted hablar con él algo, sacarle una confesión, unos datos interesantes?

—Vivió contados minutos, señor —contestó Worthen, disgustado—. Le pregunté si realmente era culpable Claire Ketcham, si estaba metida en el contrabando, y me contestó que no repetidas veces. Que ella nada tenía que ver con el asunto ese. Y, por tanto, tampoco intervino en la muerte de Grahame. También me dijo que él no lo había asesinado. Creo que su declaración es sincera, señor. No negó haber sido socio de Grahame.

—¡Vaya! Esa confesión es bastante... no sé cómo decirle, Worthen pero me hubiera gustado constatarla con pruebas. En fin, cuando venga esta tarde, porque ahora se irá a descansar, hablaremos del asunto. No sé si ordenar que Claire sea detenida; más que nada por motivos de seguridad, no sea que levante el

vuelo, ya que suele hacerlo tan repetidamente por su oficio —rió de buen humor.

—No espero que haga eso, señor. Si es inocente, nada tiene que temer. Para acusarla habría que demostrar su culpabilidad, naturalmente, y creo que...

—¡Bien, bien, muchacho! Los del

F. B. I.,

somos buenos chicos al cumplir nuestras misiones, pero ¡ay!, que también somos hombres. Váyase a dormir y ya hablaremos. Hasta esta tarde a las seis, Worthen.

—Señor... —dijo el agente federal. Pero ya había colgado Gardiner, y también lo hizo él.

Quería haberle dicho que iba ahora a ver a Claire, por si lo aprobaba, pero desistió de volver a llamarlo. En medio de todo, se alegraba de no haberlo hecho. Aquella entrevista con Claire iba a tener un carácter mucho más particular que oficial.

Salió a la calle y entró en el coche. Ahora se encontraba más fuerte, después del ligero desayuno y tras haber informado a Gardiner de todo lo sucedido. Ciertamente que había matado a Van Damm, pero aquella muerte fué accidental, persiguiéndole, y aun en caso de haber tirado a matar sobre él, estaba autorizado para hacerlo, en legítima defensa.

## EDITORIAL ROLLAN

## LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

**Public:**

F. B. I. — WINCHESTER — EXTRA-OESTE  
NOVELISTAS DE HOY — VALIENTES  
AVENTURAS del F. B. I. — JEQUE BLANCO  
MENDOZA COLT — RECORTABLES  
WALT DISNEY.

## CAPÍTULO VIII



—ERO se acordó de que tenía encima la llave de la villa de Van Damm y de que su dueño estaba allí, muerto, cubierto con un tapiz. Había que llevar la llave inmediatamente a la División para que marcharan al que fué domicilio del holandés el forense y otros funcionarios del F. B. I.

Regresó lo más aprisa que pudo a la División, en Manhattan, y la entregó al inspector entrante, de día, Cowles. Tras una breve información verbal, salió de nuevo a la calle, entró en su coche y partió hacia Brooklyn.

Eran las nueve, poco más o menos, cuando se bajó del vehículo

ante la casa de departamentos de Killary Street, donde vivía Claire Ketcham.

Entró en el portal y tomó el ascensor poseído de una creciente emoción. Nada más agradable para él que ir a ofrecer a aquella muchacha el testimonio de su pesar por haber pensado tan mal de ella.

Ya ante la puerta del departamento de Claire, cerró los ojos para pensar bien lo que la iba a decir. El agente del

F. B. I.,

se imponía, de momento, al enamorado, al hombre sensible, bondadoso, que creía debía dar una satisfacción a aquella espléndida mujer, a la que insultó con sus sospechas y amenazó gravemente.

No había duda, pensó, que era inocente, pero esta inocencia había que probarla cumplidamente, pese a cuanto dijo Van Damm en descargo suyo. Menos entusiasmo juvenil, generoso, y más ponderación en lo que era un deber ineludible: hallar la verdad, pese a todo.

Oprimió el botón del timbre una sola vez, y no muy fuerte. Temía despertarla si estaba dormida, después de aquella horrible noche. ¡Pobre muchacha! Sí era inocente, y eso era indudable, la ofrecería...

Oyó unas leves, muy leves pisadas, en el vestíbulo. Como era de día, no vio ninguna luz a través del circulito de la mirilla, sobre la puerta. Worthen se sintió observado y sonrió con ternura. Claire tendría miedo, cosa justificada. Otra vez el duro agente del

F. B. I.,

con sus sospechas, sus suspicacias, sus preguntas... ¡Pobre muchacha!

—Abra, por favor, Claire... —murmuró Worthen, acercando su rostro a la mirilla—. Por favor —su voz se hizo, sin desearlo, suplicante, tierna.

La puerta se abrió inmediatamente. Claire, peinada, pálida, con ojeras grandes, pero aún más bella que horas antes, se apartó para que él pasara. En sus grandes ojos había ansiedad, temor, curiosidad, y Worthen lo notó, con lo que su corazón se inundó de ternura. Llevaba ella la misma bata color salmón.

—Pase, señor —murmuró débilmente, mientras le observaba

fijamente a la cara—. Pase —brotaron unas lágrimas de sus ojos—. Ha vuelto usted...

—Sí, señorita Ketcham —repuso él, con voz un poco trémula, esbozando una sonrisa alegre—. ¿Puedo pasar? La entretendré muy poco. Debe disculparme...

La mirada crítica de Claire, aguda, inteligente, acechadora, no se apartaba del rostro del federal, que mostraba turbación, disgusto..., y algo más que ella leyó instantáneamente, con la perspicacia que las mujeres saben ver siempre cuando un hombre está enamorado de ellas.

—Pase, pase —ella le cogió de un brazo, invitándole a seguir adelante—. Yo... —vaciló, bajando la cabeza—. Creía que ya estaba usted convencido de que sus apreciaciones eran infundadas. De que no soy lo que usted creía. Tiene cara de cansado, de no haber dormido. ¿Me permitirá que le ofrezca una taza de café caliente con unas tostadas?

—Gracias, Claire —respondió él, poniendo una mano sobre la de ella, que le cogía del brazo, como si fueran novios y estuvieran paseando—. Perdone, señorita Ketcham. He desayunado ya, muchas gracias.

Estaban en el gabinete. Worthen la miró fijamente, se desasíó de la mano de ella y colocó las dos suyas, de repente, sobre los hombros de la muchacha, que se estremeció, mientras sus ojos brillaban con un fulgor triunfante, muy abiertos.

—Claire —inquirió él, con voz ronca, apretando los delicados hombros de ella y atrayéndola hacia su pecho—. Claire, quiero que me diga la verdad, toda la verdad... ¿Tenía usted algo que ver con Grahame en ese sucio asunto del contrabando de piedras? ¡Sea sincera, por favor!

Claire le miraba fijamente, abiertos los labios temblorosos y mostrando la blanquísima dentadura. Lentamente subió los brazos y rodeó el cuello de Worthen, empinándose sobre los escarpines, pues, aunque era alta, no llegaba su cabeza al mentón del agente federal.

—Señor agente federal —contestó trémulamente, tímida, los ojos llenos de lágrimas—. Míreme, míreme bien... ¿Cree que yo puedo ser una mujer así, tal como usted supone? Su oficio es saber ver la inocencia y la culpabilidad, lo bueno y lo malo. ¿Cree,

entonces, que yo...?

Worthen, confuso, pálido, pasó su diestra por la grácil cintura de la joven y la condujo lentamente al diván, donde ambos se sentaron. Ella le miraba obstinadamente al rostro, ahora entornados los párpados, la respiración anhelante. Había visto ya en aquel hombre su lado flaco. El corazón entregado plenamente, ansioso de ser correspondido en su amor ciego.

—Verá, Claire —murmuró él, intentando sobreponerse, no dejar traslucir excesivamente su emoción y alegría—. Nuestro deber es a veces duro de cumplir. Hay una regla que debe siempre aceptarse porque es humana, justa. El que representa a la Ley debe dar por sentado que toda persona es inocente mientras no se demuestre lo contrario...

—Y usted, ¿no vio mi inocencia, Arvel? —preguntó la joven, con acento dolorido, cogiendo las manos de él entre las suyas, suaves, acariciadoras, y entrelazando los dedos mimosamente—. Lo comprendo, en cierto modo, no crea. Por ser azafata de una compañía que lleva sus aviones entre Holanda y Nueva York... Por tener alguna amistad con Grahame, que no niego, porque en medio de todo yo estaba equivocada con respecto a él...

—Hemos encontrado un retrato de usted en su casa, Claire —interrumpió Worthen, con cierta severidad.

—¿Sí? Tal vez. Creo recordar que fue una vez cuando fuimos a la playa. ¿No estoy en traje de baño? Será ésa. ¿Tiene eso mucha importancia para usted, Arvel? —Claire sonrió, mientras le miraba con ternura.

—No tiene..., no tiene importancia, claro —murmuró Worthen, sonriendo precariamente—. Esto... También tenía usted amistad con Van Damm, ¿eh?

—Sí. Ya se lo dije antes, recuérdelo. Alguna vez fué Franz a la agencia nuestra, ya sabe, a adquirir billetes, a pedir informes, y me lo encontré. Hicimos amistad, no estrecha, y me presentó a Grahame. Pero amigos de veras, nunca lo he sido de esos hombres. Pregúnteselo a Van Damm...

—No será ya posible —respondió, gravemente, Worthen, acariciando las manos de la joven, baja la cabeza—. Ha muerto...

—¿Ha muerto? —exclamó la joven, y en sus inmensos ojos brilló durante dos segundos una llama de alegría—. Pero... ¿Asesinado

por los que mataron a Grahame?

—No. Fui a visitarlo en su villa cuando salí de aquí —explicó el agente, federal, vacilante—. Me recibió a tiros, lo perseguí... No quise matarlo, palabra, pero había bruma en la playa, era imposible fijar la puntería bien. Le tiré a las piernas, se hundió un poco en una hoya, y la bala le atravesó un pulmón. Nuestro oficio, Claire, es a veces muy desagradable, muy cruel...

—¡Dios mío, si ese hombre lo hubiese matado a usted! —gimió Claire, apretando fuertemente entre sus manos las del agente federal—. ¿Es que Van Damm era culpable de verdad? ¿No pudo usted interrogarle?

—Solamente unas palabras—. Worthen sonrió con satisfacción, mirando a la joven intensamente. —Me habló de usted. Siempre he creído que un hombre, a la hora de morir, es cuando se muestra más sincero...

—Indudablemente, Arvel —afirmó ella con calor, apoyándose ligeramente en el agente federal—. Mire, Van Damm se estimaba, a su manera. Sabía muy bien que yo soy formal, aunque tenga un carácter alegre, pues soy joven, comprenda... ¿Qué le dijo de mi Franz? Si es que no se trata de un secreto, claro...

—No lo es. Me aseguró varias veces que usted no estaba metida en este asunto del contrabando de piedras, aunque él sí. Yo le pregunté también si usted —vaciló él, bajando la cabeza—, si usted tuvo algo que ver con la muerte de Grahame. Es que como habíamos encontrado huellas de zapatos de mujer...

—¡Dios mío, gracias porque ese hombre haya sido sincero! —exclamó Claire, sollozando—. ¡Gracias a usted, Arvel, querido, por habérmelo dicho! ¡Deje que le bese las manos! —Se las cogió, llorando, y pugnó por hacerlo, pero Worthen, muy emocionado, tragando saliva, se lo impidió.

—Esto es lo que he venido a decirle, Claire —murmuró Worthen, conmovidamente—. Es un testimonio que se habrá de tener en cuenta, porque, se lo advierto, habrá que interrogarla para que aporte lo que sepa respecto a Van Damm y Grahame, y también como una justificación que resalte su inocencia. Pero no tema...

—No temo ya —contestó ella, sonriendo disimuladamente con ironía—. Sabía que la verdad se impondría, y solamente temía las molestias, el que se me impidiera trabajar o me despidieran al

verme mezclada en tan sucio asunto. Usted me ayudará cuanto pueda, ¿verdad?

—Desde luego. Ya veo que ha sido usted ajena a estos líos, y repetiré lo que me dijo Van Damm —afirmó Worthen con calor—. Usted debe hacer memoria para reunir los antecedentes necesarios para acreditar su honorabilidad. Certificados de los sitios donde haya usted prestado sus servicios, testimonios de amistades serias... Nosotros nos damos cuenta muy pronto de cuándo una persona es honrada y cuándo no.

—Ya lo veo —contestó la muchacha, y otra sonrisa de burla hubo de ocultar para que Worthen no la viera.

Pero el agente federal estaba sumido en una especie de nirvana de felicidad y era por ello, incapaz de observar nada que le hiciera sospechar mal ni de ver en aquella mujer otra cosa que una pobre infeliz, que se veía metida en un desagradable asunto a causa de ciertas «amistades». Pero que saldría con bien del trance.

—Bien, Claire —se levantó Worthen del diván—. He de marcharme a dormir. Desde ayer noche, a las diez, no sé lo que es descansar. Ya vio usted algo...

—¡Pobre mío! —murmuró ella, conmovida y mirándole con ternura—. Vaya a dormir. Nos veremos hoy, ¿verdad? Le necesito, y no sabe de qué manera, Arvel. Por mí, estoy tranquila, porque sé que se hará justicia. Es por otra cosa por lo que le necesito —sonrió, maliciosamente, cogiéndole ambas manos y colocándolas sobre una de sus suaves mejillas—. Jamás he tenido un amigo como usted. Tan bueno, tan noble, tan simpático y agradable... Oiga —cambió de tono, y le miró con inquietud—, una pregunta: ¿Podría, mañana, volver a mi trabajo? Salimos para Amsterdam en el avión de las diez de la noche. Ya sabe que soy azafata, y no puedo faltar. No hay suplentes...

—Espero que sí, querida —murmuró, con absoluta convicción, Worthen—. Yo haré lo que pueda, no obstante. ¿Cuándo volverá usted?

—El martes por la mañana. Bien, en sus manos dejo el asunto. Váyase a dormir. Esta tarde podríamos vemos, si le es posible. Sé de un restaurante, barato, y podríamos cenar juntos, si es que... —sonrió, tímidamente—. ¿Tiene usted novia? No es casado, porque no veo su anillo.

—De acuerdo. La llamaré por teléfono. —Worthen estrechó sus manos, tímidamente, rehuyendo la ardiente mirada de ella—. Hasta luego.

—Adiós, querido. Es usted todo un caballero —susurró ella, siguiéndole por el pasillo—. Y tengo una deuda grande, muy grande, con usted. Ya hablaremos de ello.

Worthen, silbando bajito, alegremente, bajó la escalera, como si ya hubiera descansado doce horas seguidas sin despertar, y soñando con aquella mujer deliciosa, Claro que tenía que hablar con ella. Y de cosas muy hermosas, por cierto. De matrimonio, por ejemplo...

Ocupó el agente federal su coche, ante la puerta del edificio, y partió hacia su domicilio, en Manhattan, en W. 40th Street, casi frente al túnel de Lincoln. Partió enseguida, y cuando hubo desaparecido por la inmediata esquina, los agentes especiales del F. B. I.

Sandys y Hume, veteranos, entrados ya en la cuarentena y con bastantes años de servicio en el organismo de investigación federal, salieron del portal de una casa situada casi en frente de donde vivía Claire. Cruzaron la calzada rápidamente y entraron en el edificio.

—Es desagradable esta orden —farfulló Sandys, mientras avanzaban por el portal hacia el ascensor—. El bueno de Worthen parece haberse dejado impresionar por esa chica, y el jefe quiere ver lo que hay de cierto.

—Está bien visto —respondió Hume, con voz de disgusto—. Los informes de la Interpol son bien claros y precisos, y lo que hemos visto, también. Esperemos que a nosotros no nos fascine también la niña...

Llamaron a la puerta del departamento de Claire. Ambos hombres oyeron cómo la muchacha se acercaba a la puerta, cantando alegremente una canción de última moda, quizá oída en un club de noche. Pero calló súbitamente cuando, antes de abrir, miró por el ojo de la mirilla.

—¿Quiénes son ustedes? ¿A quién buscan? —preguntó en tono arisco.

—Queremos ver a la señorita Claire Ketcham. Somos agentes del F. B. I.,

como podrá ver si nos abre —respondió, amablemente. Sandys.

—Es una gestión de trámite, señorita Ketcham —aclaró Hume.

Abrió la puerta Claire, sin demostrar alarma. Entendía que iban a hacerla algunas preguntas, de trámite para dejar ya aclarada su situación. Ya se lo previno Worthen, el buen chico. El idiota de Worthen...

—Pasen, hagan el favor —dijo, sonriendo con deferencia. Seguía en su bata color salmón, tan atractiva, tan bella, porque ahora su encanto estaba realzado por la tranquilidad de espíritu, creyéndose a salvo de toda sospecha por parte del temible

F. B. I.

En el gabinete, los dos agentes se sentaron, mirándola fijamente. Cambiaron un gesto admirativo, que ella sorprendió, ruborizándose. Otros dos buenos chicos, como Worthen, a quienes se iba a meter en un bolsillo.

—Bien, señorita Ketcham comenzó Sandys, abriendo su cartera de mano y sacando unos papeles, que examinó rápidamente. —Unas preguntas solamente. Hemos de advertirle que lo que nos diga formará parte de una declaración oficial, que luego firmará usted. El perjurio, lo advertimos también, es un delito grave...

—Comprendo —respondió la muchacha, sonriendo fascinadoramente, llena de confianza—. No tengo interés alguno en ocultar nada, porque, ya lo sabe el señor Worthen, que acaba de marcharse de aquí, como no tengo de qué temer y mi conciencia está muy tranquila... Pregunte, señor.

—De acuerdo. ¿Estaba usted en Londres el día catorce de noviembre de hace dos años; es decir, el mil novecientos cincuenta y cuatro?

—Espere... —Claire sentada en un sillón frente a los agentes federales, entornó los ojos, haciendo como que pensaba.

Un escalofrío le había recorrido la espalda al hacerle aquella pregunta Sandys. Su optimismo quedó rebajado instantáneamente en un ochenta por ciento.

—Es posible que sí, porque entonces yo estaba en la...

—En la England Air Lines, de azafata —dijo Hume, sonriendo—. ¿No es así, señorita Ketcham?

—¡Es cierto! —respondió la joven, riendo falsamente, mientras sentía la extraña impresión de que su corazón se paralizaba—. Allí estaba. Pero el servicio era muy duro...

—Sí. Usted tenía amistad con un tal Moisés Grafenthal, un

hebreo, traficante legal en piedras preciosas. Bueno, no tan legal. Era hombre listo —dijo Sandys, gravemente—, que, bajo la etiqueta de traficante legal, ocultaba el contrabando en ese artículo. Hacía algunas operaciones correctas, pero las más eran fraudulentas, clandestinas. Alguien le entregaba la mercancía...

—Una azafata que iba a Holanda dos veces por semana —aclaró de nuevo Hume, impasible—. Una azafata de esa compañía que hemos mencionado. ¿Sabía usted algo de este asunto, señorita Ketcham?

—¡Cómo iba a saber! —exclamó Claire, con voz indignada, levantándose y yendo, como si paseara, hacia la mesita donde estaba su bolso de cocodrilo, que había dejado allí cuando regresó del asesinato de Grahame.

Lo cogió, observándolo y acariciando la piel:

—Yo me marché de aquella compañía porque era mucho trabajo, mal pagado... No por otra causa.

—Bien. La noche indicada del catorce de noviembre, ¿estuvo usted en casa del judío Grafenthal? —preguntó Sandys, observando a la muchacha fijamente.

—En casa de Grafenthal... —Claire abría y cerraba su bolso maquinalmente, apoyada en la mesita, los ojos entornados—. Hace mucho tiempo, comprendan; pero juraría que aquella noche no le vi. Estoy segura.

—Entonces usted declara que tenía relaciones con él, ¿verdad? —inquirió Hume, apuntando algo en un bloc de notas—. ¿Qué clase de relaciones, señorita Ketcham?

—Esto... —balbució la muchacha, lívida de terror—. Unas relaciones normales, naturalmente. Me lo presentaron en el Savoy, en una cena. Era un viejo simpático —sonrió, precariamente—, divertido.

—Bien. La noche del catorce de noviembre —dijo Sandys, mirando los papeles, mientras hablaba—. Grafenthal fué asesinado en su domicilio, y le robaron piedras preciosas por valor de ocho mil libras esterlinas. Murió de un tiro, disparado desde muy cerca.

—Y fué una mujer la que lo mató, por más señas —agregó Hume, que parecía tener asignado el papel de remachar contundentemente lo que decía su camarada—. Dejó sus huellas digitales impresas en varios sitios.

—Es el informe que hemos recibido de la Interpol, señorita Ketcham —indicó Sandys, mostrándola unos papeles verdes—. ¿Sabe lo que es la Interpol? Se trata de una especie de asociación de los Cuerpos de Policía de muchas naciones, que se pasan informaciones respecto a actividades de delincuentes huidos de un lugar después de cometer un delito.

—Comprendo. ¿Y qué tengo yo que ver con todo eso? ¿Por qué me lo cuentan a mí? —preguntó, orgullosamente, Claire, sin abandonar su bolso—. ¿No sabe que Van Damm confesó, instantes antes de morir, que yo soy inocente...?

—Sí, sí, lo sabemos —interrumpió Hume, plácidamente—. Pero responda a lo que le preguntamos. ¿Estaba usted en casa de Grafenthal la noche en que fué asesinado y robado?

—¡No! Ya veo que ustedes me culpan de esa muerte, y lo niego rotundamente —gritó Claire, excitada—. ¡Es una infamia! Como la que iban a cometer con motivo de la muerte de Grahame. Menos mal que Worthen...

—No se excite, señorita Ketcham —aconsejó Hume, pasando una hoja de su bloc de notas—. Eso se verá tomando sus huellas digitales y comparándolas con las de la mujer que asesinó a Grafenthal. Están en nuestro poder y será muy fácil. Señorita Ketcham, vamos a llevarla a la División para efectuar esta diligencia. Tenemos que verificar aquí un registro...

—Comparar mis huellas, llevarme a la División... —exclamó Claire, mirando a los dos hombres con mal contenida ira—. ¡Pero qué es esto! ¿Con quién creen ustedes que están hablando? Voy a llamar al señor Worthen, que es quien realmente lleva este asunto y sabe perfectamente...

Se dirigió hacia el teléfono con aire resuelto. En sus ojos brillando un fulgor de ira y encono, sin soltar el bolso, por supuesto.

Sandys se levantó y la cogió de un brazo con delicadeza, reteniéndola. Hume también se levantó, dispuesto a ayudar a su camarada.

—Deje en paz a Worthen, señorita Ketcham —dijo Sandys, con firmeza—. Nosotros cumplimos órdenes del inspector jefe de la División, y debemos aconsejarla que no haga las cosas más difíciles. Si usted es inocente, nada mejor que constatarlo, y lo

reconoceremos que así es donde sea preciso. Vaya usted a vestirse mientras hacemos un registro. Déjenos las llaves de los muebles, por favor.

Claire cedió, aparentemente con buena conformidad. Sonrió despectivamente y entregó a Hume un manojo de llaves que había llevado en un bolsillo de su bata.

—Hagan lo que quieran. Voy a vestirme, y estaré a su disposición dentro de cinco minutos. Registren..., y que les aproveche. Worthen es un caballero, y no consideró necesario emplear estos insultos que ustedes...

Salió del gabinete con paso orgulloso, contoneándose, con el bolso en la mano. Sandys guiñó un ojo a Hume, el cual la siguió a cierta distancia. Claire se volvió, airada:

—¿Es que va a presenciar cómo me visto, en mi alcoba, sabueso? —exclamó, furiosamente.

—Descuide, señorita Ketcham, que nadie intenta insultarla ni ofenderla —contestó Hume, con humildad fingida—. Siga, siga, por favor —y se colocó ante la cerrada puerta de la alcoba, vigilando.

En tanto, Sandys abría muebles en el gabinete con celeridad y eficiencia, que denotaban la mucha costumbre de verificar registros.

Claire, dentro de la alcoba, miró a su alrededor con desesperación. Sacó la pistola «F. N.» del bolso y la montó. Su rostro expresaba ahora una determinación firme. Se consideraba descubierta irremisiblemente. En el registro aparecería una fuerte cantidad en dinero que le dio Van Damm, y quince o veinte brillantes gruesos, que representaban una pequeña fortuna, producto del reparto de las que tenía Grahame en su poder.

Abrió el armario con espejo, de tres cuerpos, donde guardaba el dinero, y lo metió en el bolso, aprisa. Luego se puso un traje sastre, de los varios que tenía, y terminó de arreglarse. Todo con gran celeridad, antes de que Sandys pudiera encontrar los brillantes.

La alcoba tenía una puerta de escape al cuarto de baño. Muy despacio, la abrió, y entró allí. Oía los pasos de Hume ante la puerta de la alcoba. Salió a un pasillo muy corto, que iba a la cocina.

En puntillas, conteniendo la respiración, la pistola en la mano, entró en la cocina. Allí había una puerta que comunicaba con un descansillo, del que arrancaba una escalera de hierro para casos de incendio, y que desde la azotea bajaba hasta el suelo del patio.

No sabía si ante la puerta de servicio del edificio habría más agentes del

F. B. I.,

vigilando. Consideró que ante esta eventualidad no podía dar el paso arriesgado de bajar. Optó por subir a la azotea, que comunicaba con otras, de edificios inmediatos, que la permitirían poder bajar por la escalera de servicio de alguno de ellos.

Era la forma de escapar de aquella encerrona del

F. B. I.

Con dinero, después, podría alejarse, esconderse. Incluso Worthen, que estaba loco por ella, sin duda alguna, la ayudaría a escapar. Ella poseía medios irresistibles para que traicionara al

F. B. I.,

y se fuera en su compañía.

Subió la estrecha escalera de hierro a toda prisa. Tenía que arribar a dos pisos más, y luego estaría la azotea. Luego bajaría por otra escalera, y se encontraría en la calle que daba a espaldas de Killary Street.

Al llegar al piso inmediato, bajó la cabeza sintiendo un ruido bajo ella.

¡Sandys y Hume la estaban mirando, con asombro, y comenzaban a subir la escalerilla!

—¡Quieta, señorita Ketcham! —gritó Sandys, con voz imperativa—. ¡No suba más, o tendremos que disparar sobre usted!

—¡Si les dejo,

«G-men»

del diablo! —gritó la joven, esgrimiendo su «F. N.»—. ¿Creíais, idiotas, que a mí me ibais a pescar como si fuera una palomita inocente?

Se detuvo un momento para mirar hacia abajo... Sandys y Hume, pistola en mano, la observaban con inquietud. La escalera era estrecha, de hierro, con una barandilla débil, que se movía al agarrarse a ella. Hacía falta cierta serenidad para subir o bajar por ella velozmente, pues tenía una fuerte inclinación en diagonal.

Como viera que los agentes federales volvían a subir, repuestos de su inquietud, bajó el brazo derecho, y apuntó con la pistola a Sandys, que iba el primero de los dos. Hume vio en aquel lindo rostro una expresión feroz, unos labios apretados, temblorosos,

como igualmente la mandíbula inferior. Iba a disparar aquella criminal, y sería a matar, dada la escasa distancia que mediaba entre ella y sus seguidores.

Con resolución imprimió un fuerte movimiento a la escalera de hierro para evitar que la muchacha pudiera precisar la puntería. Le repugnaba disparar sobre ella. Tal vez pudieran capturarla viva...

El movimiento de la escalera hizo que Claire se bamboleara violentamente. Tenía los pies, calzados con zapatos de altos tacones, muy finos, sobre el escalón, que era una simple barra de hierro de poco grosor. Y para no tirar el bolso ni la pistola, por un instante quedó sin apoyo...

Su cuerpo se fué hacia atrás, en un movimiento contrario al impulso de momento de la escalera, que se bamboleaba. Abrió los brazos, lanzando un espantoso grito de terror, seguido de dos exclamaciones de los agentes. Y abriendo brazos y piernas, como si quisiera asirse, en un esfuerzo desesperado, a la escalera, cayó dando vueltas, con creciente velocidad, hacia el patio, de cemento, seis pisos más abajo.

Cuando los dos agentes, espantados, acudieron a su lado, Claire era una masa sangrienta, muerta, con el rostro espantosamente desfigurado por el choque contra el pavimento del patio.

—Worthen —dijo el inspector jefe, colocando una mano sobre un hombro del agente especial, que estaba en pie ante él, rígido, con el semblante lívido, aunque sereno—, he querido evitarle en cuanto era posible el amargo trago de hacer que detuviera a esa muchacha. Ha visto ya lo que era realmente, ¿verdad? Una asesina, una ladrona...

—Sí, jefe —respondió Worthen, con voz opaca, cansada—. Lo he visto. Los zapatos que usó, con arena de la playa donde fue hallado Grahame. La pistola «F. N.», cuyos proyectiles coincidían con los encontrados a Grahame en su cuerpo. Me engañó Van Damm, señor, al decirme que era inocente.

—También ha visto los informes de la Interpol, acusándola, con pruebas, de ser la asesina y ladrona de Grafenthal. Hemos comparado las huellas, y coinciden. ¿Tiene alguna duda de que era culpable?

—Ninguna, señor. También lo he sido yo, al creer a Van Damm, al dejarme impresionar por ella —murmuró Worthen, apretando las

mandíbulas—. Le pido perdón, jefe.

—Ya le dije que nosotros, los del

F. B. I.,

sabemos cumplir con nuestro deber siempre, pero que también somos hombres, y, por lo tanto, débiles a ciertos sentimientos, asequibles a algunas flaquezas. La bondad no está reñida con nosotros, afortunadamente, ni la compasión ni... el amor. Pero debemos anteponer a todo, muchacho, la reflexión, el sentido del deber, el conocimiento debido a ciertas psicologías humanas, sobre todo las de los delincuentes, con sus astucias, sus mentiras, sus métodos de persuasión sin escrúpulos. Esto es todo, Worthen —le tendió la mano con nobleza, sin severidad, apretándosela fuertemente—. Esto le hará tener más experiencia en adelante. Conocerá bien a ciertas mujeres, que pueden ser tan bellas como criminales. Tiene quince días de permiso para que olvide lo pasado. Descanse, distráigase, olvide. Hasta la vista, Worthen.

Worthen, muy pálido, salió del despacho y recorrió un pasillo. Se encontró con sus camaradas Sandys y Hume, citados por el inspector jefe.

—Hasta dentro de quince días, amigos —dijo Worthen, tendiéndoles la mano con franqueza y sonriendo débilmente—. Os agradezco lo que hicisteis. Uno cree ser muy listo, muy eficiente, pero no lo es tanto como creía. Se cometen errores fatales, tonterías infantiles...

—Todos las hemos cometido, Worthen —repuso Sandys, con voz conmovida—. Lo que hace falta es que esos errores nos sirvan como experiencia. Nuestro oficio ofrece muy pocas alegrías...

—Solamente la de sabernos útiles a una causa grande, noble y justa —afirmó Hume, tendiendo su mano a Worthen—. Parece que es poco, pero nada hay comparado a eso: el servir al bien común. Adiós, camarada.

Worthen siguió por el pasillo adelante. Se abrió una puerta, y en el umbral apareció la silueta alta, esbelta, de Eve Duncan, la secretaria del inspector jefe, que llevaba unos papeles en la mano. Era muy bonita, rubia, de rostro apacible, sereno y de honda simpatía.

—¡Arvel! —dijo, con voz sinceramente alegre, mirándole profundamente con los azules ojos, grandes, de límpida luz—.

Precisamente iba a buscarte para decirte que me han dado quince días de permiso. ¿Te acuerdas de que me prometiste que iríamos a las montañas de los Adirondacks si coincidían nuestros permisos? Será estupendo, Arvel. ¿Nos vamos mañana?

—Esto... —murmuró, débilmente, Worthen, pasándose una mano por la frente—. Yo también tengo permiso, pero...

—Arvel, me lo prometiste —murmuró ella, contristada—. Es primavera, hace un tiempo espléndido allá, me lo han dicho. ¿Es que tienes otro compromiso anterior? ¿Es que no crees que mi compañía te sea grata, o qué?

—Nada de eso, querida —respondió, confuso, Worthen, vacilando, mientras la miraba tristemente—. Lo que temo es que te fastidie yo. Si crees que no será así...

—No lo será, Arvel. Siempre hemos sido muy buenos amigos. Nos conocemos, nos estimamos —refutó ella, sonriendo graciosamente—. Anda, ve a encargar los cuartos del hotel Clarence, no sea que nos quedemos sin sitio para alojarnos. ¡Corre, muchacho, corre!

—¡Ahora mismo! —exclamó Worthen, riendo.

Y se alejó a toda prisa por el pasillo. Eve, sonriendo maliciosamente, volvió a entrar en el despacho del inspector jefe, que la miró con ansiedad.

—Me lo llevo, jefe —dijo ella, con aire de triunfo—. Gracias por su interés...

—Estupendo, muchacha —repuso Gardiner, riendo—. Va usted a ser el antídoto contra el veneno de la mala pasión que le entró. Pero no le diga nunca que le hemos hecho esta jugarreta, ni que usted sabe lo que le ha pasado. Ahora, la ordeno que cuando regresen me diga que se van a casar. Usted le quiere, ¿no?

—Con toda mi alma, jefe —respondió la muchacha, los ojos llenos de lágrimas—. Y ahora que es desgraciado, mucho más.

—Bien. Worthen es un muchacho estupendo. Bueno, leal, quizá excesivamente sensible. Le hará olvidar ese mal trance, no lo dude. Y usted es maravillosa, lo sé muy bien. Si tuviera quince años menos, ya veríamos —rió, burlonamente— si se la llevaba él o yo.

Dieciséis días después, Worthen y Eve entraban en el despacho de Gardiner, que los miró fijamente, perplejo.

—Deseamos decirle, jefe —dijo Worthen, en tono tímido,

cogiendo de una mano a Eve—, que nos vamos a casar, si usted no tiene nada que oponer.

—Si es antes de quince días, tienen un mes de permiso. Si es después, ninguno. Corran a casarse, ¡tontos! ¿Por qué no lo han hecho ya?





COLECCIONES DE  
**EDITORIAL ROLLAN**  
**¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!**

**WINCHESTER**

Audacia, valor, intriga y dinamismo, se condensan en estas nuevas novelas que reflejan la vida turbulenta de cow-boys y gun-men.

Publicación semanal — 6 Ptas.

**EXTRA-OESTE**

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 6 Ptas.

**AVENTURAS DEL F.B.I.**

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F.B.I.

Publicación quincenal 1,50 pts.

**MENDOZA COLT**

Un valiente gun-man de sangre hispana. Aventuras portentosas en el lejano Oeste, descritas en cuadernos de dibujos inimitables.

Publicación quincenal 1,50 pts.

**RECORTABLES  
WALT DISNEY**

a 0,50 y 1 pta.

**FORT WINCHESTER  
CONSTRUCCION  
de DOCE láminas  
a todo color  
15 ptas.**

**F. B. I. ¡ LA COLECCION SIN RIVAL !**

